

Un amor contra las redes



Dulce Martínez

Un AMOR contra las redes
Serie futbolistas enamorados 2

Dulce Martínez

Índice

Contenido

Índice

TEXTOS LEGALES

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

ADELANTO CAPÍTULO PREVIO NOVELA UN TRATO INCÓMODO

TEXTOS LEGALES

Un amor contra las redes.

Dulce Martínez

ASIN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios sin permiso previo y expreso de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual recogida en los artículos 270 y siguientes del Código Penal.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en la presente obra son ficción y cualquier semejanza con personas o hechos reales es pura coincidencia.

Gracias por comprar esta novela. Puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com o de mis redes sociales.

CAPÍTULO 1

Tamborileó los dedos con impaciencia sobre el volante del coche de alquiler una vez más antes de comprobar nuevamente la hora. Su cita se estaba retrasando mucho más de lo que le parecía tolerable esperar, que era nada. Dio una nueva vuelta a la manzana y paró en doble fila sin muchos miramientos para buscar el contacto en el teléfono. Aunque su rostro fuese conocido, Gianluca Galli siempre se había mantenido lo más alejado posible del foco mediático y había tres cosas sobre él que había logrado mantener ocultas como si fuesen sus peores defectos. Y el primero, que era su casi obsesiva puntualidad, estaba chocando con la tardanza de la persona con la que había quedado esa mañana para cerrar una inversión, si todo iba bien. Pero, aunque la operación le interesaba, le iba a costar controlarse y no marcharse de allí.

Tanteó con la mano en el interior del bolsillo de la americana con fastidio cuando escuchó que se abría la puerta del vehículo. Al darse cuenta que no entraba nadie, movió la cabeza, extrañado y con un punto de precaución. Todavía no eran las ocho de la mañana y se le antojaba un mal momento para tener que discutir con algún fanático sueco, aunque hasta ese día sus problemas con los aficionados nunca habían llegado a tanto. Por el rabillo del ojo vio unas bolsas de papel en el asiento trasero a la vez que se cerraba la puerta y se abría la del copiloto.

Una mujer un poco más joven que él entró en el habitáculo sin prestarle atención, acomodando un bolso negro y varias bolsas de tela a sus pies, con el teléfono descansando sobre el tejido vaquero en su muslo. La coleta alta de cabellos castaños caía en completo desorden hasta la mitad de su espalda, en contraste con el negro de la cazadora de piel.

—¡Mira que te gusta tardar, Daryl! ¡Y eso que sabes que es lo que más odio del mundo! Y más hoy —la vio rebuscar en una bolsa y soltar un juramento cuando las gafas de sol blancas cayeron dentro—... Estoy tan de los nervios que se me cae todo, y tú sin aparecer.

Echó la mano al cinturón de seguridad y tras incorporarse un poco, lo sujetó a la vez que comprobaba los mensajes del móvil haciendo un gesto de espanto. Entró en un email en el que rechazaban una de sus propuestas y sacó la lengua con fastidio, dejándose ir contra el reposacabezas.

—Sabes que quiero llegar al estudio de primera para así colarme y si tardas tanto no voy a poder. ¿Por qué te crees que me he vestido así? Si parezco una *groupie* o algo. Y voy fatal de tiempo, porque tengo que encargarme de un montón de cosas de último momento, y a las once tengo que estar de vuelta para una videoconferencia y—se pasó las palmas de las manos por los ojos antes de volver a agacharse para agarrar una de las bolsas—... El imbécil de la bocina ya podía parar de una vez. Venga, dale, que como lleguemos tarde me chivo a mi padre de lo del mes pasado.

Se incorporó de nuevo, dejando la bolsa en el regazo y tecleando con fuerza contra la pantalla del móvil, frunciendo el ceño y elevando la vista hacia el lugar del que venía el sonido cada poco. Se rascó por debajo de la coleta, despeinándose más, sacudiendo la cabeza molesta porque la frecuencia de los pitidos era cada vez mayor.

—Menudo pesado el de adelante —comprobó la hora en el teléfono por tercera vez desde que había entrado en el coche—. En serio, Daryl, ¿quieres arrancar de una vez?

Macey Bruun levantó la vista del teléfono con expresión obstinada, para encontrarse ante

ella a un hombre de cabello oscuro y ligeramente ondulado, tez bronceada que, aún sentado, parecía muy alto, y que la observaba con una ceja levantada. Sus ojos verdes brillaban y, a pesar de su seriedad, parecía entre curioso y divertido.

—Hola —la voz era grave y tenía un ligero acento que con solo una palabra no pudo identificar.

—Hola —parpadeó un par de veces seguidas, como incrédula—. No eres Daryl.

—Creo que Daryl es ese de allí —señaló un poco más adelante, a una furgoneta de color oscuro que tenía una rueda trasera subida a la acera— El coche que te estaba poniendo de los nervios.

En cuanto Galli negó y le respondió, ella se echó las dos manos al rostro y se quedó inmóvil durante unos segundos. Estaba a punto de extender la mano para reconfortarla cuando las carcajadas le llegaron con claridad a través de sus manos.

—Hoy tengo el día cruzado. Me dijo que era grande y negro. El coche —apoyó dos dedos en la frente, sintiendo cómo se le subían los calores al comportarse de una manera un tanto ridícula ante aquel hombre—. Lo siento. Espero que... Perdona.

Juntó las dos manos para dar más énfasis a sus palabras antes de echar mano a las bolsas que había dejado en el suelo y volverse hacia la puerta.

—¡Espera! Tienes que....

—Oye, que ya me he disculpado, ¿vale? Ha sido un fallito. Además, es que está encima de la acera y estoy segura de que le ha cargado el alquiler del coche a la empresa. Como le llegue una multa, me va a caer una bronca —salió a toda prisa del vehículo y le hizo un gesto amplio con el brazo hacia la furgoneta—... No ve nada, pero insiste en que no necesita comprarse gafas. No se entera y no para de pitar —echó un vistazo rápido a la furgoneta y se tomó un segundo para levantarse las gafas de sol por encima de la frente para luego clavar en él sus ojos color miel—... Y nada, ... que un placer, chico guapo —le guiñó un ojo con descaro antes de cerrarse la chaqueta sobre la camiseta rosa de punto—. Hablas poco, pero me has caído bien. Para la próxima, en vez de invadir tu coche, te invito a algo. ¿Hace? Ciao, ciao.

Se despidió sacudiendo la mano con energía antes de cerrar la puerta con la cadera y echar a correr hacia la furgoneta oscura a toda velocidad para desaparecer por la puerta del copiloto. Gianluca Galli la podía ver a través de la luna trasera del otro vehículo gesticulando con grandes aspavientos, señalando hacia atrás, seguro de que estaba refiriéndose a él, mientras la furgoneta arrancaba a toda prisa, golpeando con ganas un pivote que había a un lado de la acera.

La vio alejarse con la ceja levantada, todavía sorprendido por el comportamiento de aquella mujer, hasta que dos golpes secos contra la ventanilla lo sacaron de su ensimismamiento. Inclinado contra la ventanilla y con una expresión aburrida se encontraba el contacto para su posible inversión en una empresa de energías renovables que había despertado su interés, hasta el punto de aprovechar unos días libres antes del comienzo de la temporada para visitar Suecia. El cambio de pasajero en el asiento contiguo le pareció que derivaba a peor, pero con una expresión seria le invitó a entrar y siguió sus indicaciones para llegar a las instalaciones que quería examinar y desechó la imagen de la mujer de su cabeza.

Cuando casi seis horas después aparcaba el vehículo en el garaje del hotel, se dijo que el viaje había valido la pena. Aunque no por aquel hombre insípido y completamente desapasionado que se había limitado a ofrecer datos y a responder preguntas como quien hacía un examen sin interés. Apagó el coche, salió y se estiró con pesadez, sintiendo los músculos entumecidos cuando vio una bolsa de papel de colores chillones a los pies del asiento trasero.

Levantó una ceja y se apresuró a tomarla al recordar el refrescante encuentro que había

tenido aquella mañana. Esa desconocida era todo lo contrario que el hombre que le había acompañado hasta hacía media hora. Una mujer divertida, con encanto y llena de vida. Y quizá la prensa del corazón llevase años denominándole «El Santo» de una manera mordaz y provocativa, pero no lo era. No lo era en absoluto. Consideraba la pasión como uno de sus grandes defectos, ya que había tenido que aprender a controlar sus impulsos hasta mostrar la fachada sobria y contenida que desde hacía unos años lo revestía.

Sin embargo, aquel encuentro de la mañana había tenido un efecto inesperado. Había visto el brillo provocador en aquellos ojos casi dorados que había despertado algo en su interior que tenía ya olvidado. Algo que hacía demasiados años que no se permitía sentir. Porque no era un santo, pero había aprendido a las duras lo que era la penitencia.

Agarró la bolsa de malas maneras, y levantó la puerta del maletero, decidido a abandonarla allí y olvidarse de esa tontería que lo había distraído buena parte de la mañana, cada vez que la conversación con su contacto dejaba de interesarle.

No había nada de pasión en aquel francés de voz engolada que los suecos habían usado como enlace, pero apenas cinco minutos le habían bastado para descubrir que aquella mujer era todo lo contrario. Tiró la bolsa a un lado del maletero, tomó su equipaje de mano y se quedó quieto con la mano en el portón, con la vista clavada en ella. Se mantuvo así casi dos minutos, intentando controlar el mayor de sus defectos hasta que masculló una imprecación para sus adentros y extendió la mano hasta agarrarla.

Dentro de la bolsa había un bikini de color rosa intenso que dejaba poco a la imaginación, un bate de madera de un tamaño reducido y una libreta pequeña, con símbolos orientales en la portada que se apuró a hojear. La mitad de las hojas estaban usadas, llenas de notas, bocetos y acuarelas que reflejaban un estado de ánimo melancólico que le costaba unir a aquella joven. Archeó una ceja, pensando en cómo encajaba todo aquello y tras pasar los dedos sobre un dibujo, cerró con cuidado la libreta y la guardó junto al resto de las cosas. La maldita curiosidad siempre había sido algo que había podido con él, desde niño, y le costaba mucho resistirse a todo aquello que se la despertaba.

Dejó caer la puerta con más fuerza de la necesaria y se dirigió hacia el interior del hotel sacudiendo la cabeza. No había ido a Suecia para eso. Él estaba allí para cerrar negocios y no estaba interesado en descubrir los secretos de una desconocida que se colaba en su coche, por muy atractiva y descarada que le resultase. Tenía ya treinta y dos años y, a diferencia de otros compañeros de profesión, no tenía pensado alargar la suya de manera innecesaria. No sabía cuánto le quedaría como portero del Brent, pero sabía que a ese mismo nivel serían uno o dos años a lo sumo. Y después se retiraría del fútbol para dedicarse a sus nuevos negocios y, si la suerte y Haley, su entrenador, lo permitía, con una Champions con la que cerrar su carrera deportiva.

Desde que comenzó a despuntar, había hecho las cosas bien en todos los extremos. Se había centrado en lo profesional y había rendido más allá de lo que había creído posible al inicio, llevando más de quince años seguidos en primera división como portero titular. Había gestionado sus ingresos con la ayuda de su gestor hasta casi duplicarlos, en vez de despilfarrarlos en lujos innecesarios. Había sabido separar su vida privada de la pública, a excepción de aquel episodio hacía más de ocho años. Se había mantenido apartado de las distracciones y las tonterías personales que acababan por descentrar a más de un gran profesional.

Había, en fin, sido capaz de controlar sus demonios internos de un modo que le hacía sentirse orgulloso y, para su fortuna, aquella chica había sido solo una tentación fugaz a la que no volvería a ver nunca más ya que en menos de veinticuatro horas estaría de regreso a Londres.

Y se olvidaría de ese encuentro casual mucho antes de llegar al siguiente entreno.

Casi una hora después, bajó a la recepción del hotel dejando un aviso, ya que no era capaz de localizar a uno de sus socios, y se dirigió con paso calmado a uno de los bares de la planta baja que contaba con una amplia terraza interior y climatizada. Había tomado una cena rápida en la habitación mientras comprobaba unos datos en el ordenador, pero después de un día tan largo necesitaba estirar las piernas y tomarse una buena cerveza fría mientras veía algo de deporte.

Se encaminó por el pasillo hasta salir a la terraza, pidió y se sentó en una de las mesas para ver en el pasillo que tenía delante cómo la tentación que había conocido aquella misma mañana se paseaba al otro lado del cristal con un albornoz demasiado corto mientras conversaba con un grupo que iba en su misma dirección.

Echó la mano a la jarra, le dio un trago largo que no le supo a nada y pidió que se la cargasen a su habitación mientras la seguía con la mirada. Echó un vistazo a la pantalla del teléfono, comprobó que lo llamaba su socio, pero tocó el botón lateral para quitarle el sonido antes de volver a darle otro trago a la jarra y salir disparado tras ella.

CAPÍTULO 2

Se estiró larga en la tumbona ante la piscina interior y, tras darle a reproducir a una de sus listas de Spotify de música relajante favorita, cerró los párpados para disfrutar de ese momento de tranquilidad, pero no fue capaz. Apenas cerró los ojos sintió un movimiento cercano que le obligó a abrirlos y vio la expresión de piedra del hombre que había conocido esa misma mañana. Era alto, mucho más de lo que le había parecido sentado, y eso era un problema. Se quitó uno de los auriculares y compuso una sonrisa en el rostro antes de dirigirse a él, que se le adelantó con un tono duro.

—¿Eres modelo frustrada? ¿Actriz incipiente? —con sorpresa, se quitó el otro auricular a la vez que negaba sin entenderle— Entonces dime, ¿para qué me has seguido hasta este hotel y te has colado en mi coche?

Su tono de voz había subido más de lo necesario y, al echar una ojeada, se dio cuenta que varios de los presentes estaban observándolos sin ningún disimulo, así que se incorporó rápidamente, chistó pretendiendo que no añadiese ninguna otra barbaridad y lo tomó por el antebrazo para sacarlo a un pequeño jardín exterior que estaba casi a oscuras.

—¿Te has vuelto loco?

—¿A qué te dedicas y qué haces aquí?

Lo miró de arriba abajo y se dio cuenta de que le hablaba absolutamente en serio. Se había cambiado, ya no llevaba el traje formal de por la mañana, sino que ahora vestía más sport, con unos vaqueros ajustados y un jersey de punto de color castaño que le marcaba perfectamente los hombros y los músculos de los brazos, que tenía en jarras ante ella, pero se veía igual de irresistible.

—¿Vas a responder o no?

—Por la mañana no me habías parecido tan controlador, aunque tiene su punto —se revolvió hacia los dos lados y señaló a la terraza del bar que estaba a su derecha—. Si te parece, me esperas allí y te respondo a todo lo que quieras. No tardaré más de diez—echó un vistazo rápido a la pantalla del móvil antes de corregirse a sí misma—...quince minutos.

—Preferiría que me las dieses ya.

—Por si no te has dado cuenta, no voy vestida de manera apropiada para ir a ningún sitio que no fuera en el que estaba —dejó caer la mano libre por un costado para recalcar que únicamente llevaba puesto un minúsculo bikini de color azul cobalto—. Además de que no me siento nada cómoda con todos esos espectadores que tenemos ahí detrás gracias a tus groseras insinuaciones.

Galli volvió la cabeza para encontrarse con que la mitad de los que se encontraban en la piscina cubierta se habían vuelto hacia ellos, como si estuviesen viendo para una pantalla de cine y se apresuró a meter las manos en los bolsillos mientras adoptaba su habitual expresión distante. En cuanto se dio cuenta, la mujer se dirigía hacia la puerta por la que habían salido.

—¿Qué haces?

Inclinó la cabeza con una expresión graciosa en la cara, como si se estuviese dirigiendo a alguien lento de entendederas, antes de dejar salir una risa contagiosa.

—Ya te lo he dicho. A taparme un poco antes de pagarte la copa que te debo —le guiñó

un ojo y luego se giró para abrir la puerta—. Y no te confíes mucho, yo quizá quiera respuestas también.

No habían pasado ni doce minutos cuando entró en el bar y lo vio en una de las mesas del fondo, con el teléfono pegado a la oreja, expresión seria y la vista fija en ella. Sin querer puso los ojos en blanco, acostumbrada a aquel tipo de empresario joven y hecho a sí mismo, pero incapaz de soltar el móvil más de cinco minutos seguidos y con los que tantas veces se había cruzado debido al trabajo. Una pena, aunque en realidad era mejor, se corrigió mentalmente, porque no aguantaba ese comportamiento. Le hizo una seña con la mano y se dirigió a la barra para pedir algo, pero antes de que lo hiciese, él ya estaba a su lado.

—¿Has abandonado tu look de roquera? —notó que paseaba la vista por su vestido castaño de punto entallado y sus tacones a juego y contuvo una sonrisa.

—Solo momentáneamente. ¿Y tú? ¿Tienes tus preguntas?

Le vio componer una expresión irónica antes de mover una banqueta, sentarse y ordenar una bebida. Tomó la copa y se aproximó a él, deteniéndose en el taburete contiguo.

—¿No quieres volver a tu mesa?

—Aquí será mejor —la voz sonó neutra, sin inflexión, casi distante. Dio de hombros, se sentó junto a él y le dio un traguito al combinado para reunir el valor suficiente antes de hablar.

—Estoy dispuesta a responder a lo que sea para demostrarte que soy una persona normal si antes contestas tú a una pregunta.

Galli entrecerró los párpados y agarró el tubo de cerveza con fuerza, indicándole que prosiguiese antes de dar un trago hondo a su bebida, sospechando que lo iba a necesitar para poder tratar con esa mujer.

—¿Por qué has insinuado en la piscina que soy una prostituta si no me conoces de nada?

Se dio un golpe seco en el pecho tras atragantarse con la cerveza y con los ojos llorosos levantó la vista hacia ella, que lo observaba desafiante por encima de su copa.

—¿Cuándo he hecho yo algo así?

—¡Ay que no, dice! ¿Por qué te crees que estaban mirándonos todos? —negó con desaprobación, aunque en sus ojos brillaban— Ya te expliqué por la mañana que había sido un fallito de nada. Me equivoqué de coche. Pasa muchas veces. Y tú diciendo a gritos delante de toda esa gente que me había colado en el coche para hacer sabe dios el qué... Bueno, creo que ellos tenían muy claro a lo que te referías. Solo por eso, deberías ser tú quien pagase esta copa.

Se echó hacia atrás y la contempló con otros ojos. Durante esos años en activo había escuchado a más de un compañero de club y de selección quejarse por comportamientos así. Por jóvenes decididas a conquistarlos que no dudaban en colarse incluso en las habitaciones del hotel con cualquier excusa, como le había sucedido a Andrade y a Jones ya un par de veces. Parpadeó en silencio y la escrutó detenidamente. La mujer que tenía delante de él parecía sincera y no se había arrugado ni una vez por su comportamiento. Durante un momento, había creído que esa serie de coincidencias no era tal y que la joven estaba allí únicamente para hacerse notar, pero o era muy buena actriz o se había equivocado por completo al desconfiar así de ella. Esa mujer tenía un sentido del humor fresco y ácido que lo estaba desarmando y no sabía ignorar.

—No creo que nos mirasen por eso.

—Ah, ¿no? —sintió su mirada pesada sobre ella y tuvo que humedecerse los labios— Seguro que te conocían todos... No eres Rishi Sunak, ¿sabes?

La observó con detenimiento y una expresión de sorpresa que no pudo ocultar. Con gesto molesto, ella movió una mano para quitarle importancia y añadir.

—Es el primer ministro de Inglaterra. No es tan popular como Johnson, pero...

La acalló tomando un mechón de su cabello castaño, que enredó en su grueso dedo índice, sin apenas reflexionar. Hacía muchos años que no se relacionaba con una mujer que no lo conociera y resultaba revitalizante e inesperado.

—Conozco a Sunak. Coincidimos en una cena hace un par de años, antes de que fuese presidente.

—Vale.

La vio entrecerrar los ojos y echar la mano al cuenco para llevarse a la boca una oliva con la vista fijada en la mano que acariciaba su pelo. Carraspeó, soltó el mechón y se separó lo suficiente hasta coger distancia. El bar estaba casi vacío, a excepción de un par de personas en dos de las mesas, y supuso que la mayoría estarían en el restaurante. Paseó la vista por la cristalera, evitando mirarla por unos segundos, sujetándose una mano con la otra.

—Todavía no me has dicho a qué te dedicas —la miró de soslayo, con la vista clavada en sus labios—. Dijiste que me darías respuestas.

—Arte —respondió sucinta, acomodándose el vestido sobre su regazo—. Tengo un contrato por servicios y mi jefe no me pide que me cuele en ningún lado. ¿Sabías que para usar la sauna había que reservar con tres días de antelación?

—No... no he venido por el spa —titubeó un momento y se le escapó—. ¿No quieres saber de qué trabajo?

—No me hace falta, lo sé desde que te vi —lo vio tensarse ligeramente y sonrió con suficiencia—. Es la verdad, no hay más que verte. Empresario joven y forrado, colgado del móvil la mayor parte del día, sin tiempo libre, solo centrado en sus negocios. En fin, una historia aburrida que veo con frecuencia en el trabajo —agitó con coquetería la copa, como dándole la oportunidad de réplica—. ¿Me he equivocado mucho?

—No estoy pegado al móvil todo el día —ella levantó la barbilla, señalando de manera obvia su mano izquierda, en la que sostenía el iPhone con la pantalla iluminada—. Llevo esperando esta llamada todo el día, solo dame un momento.

Lo vio levantarse para alejarse unos metros y se recreó en su figura de espaldas, mientras lo escuchaba hablar unas palabras en italiano. Ese hombre tenía algo. No encajaba con la descripción genérica de guapo, ya que tenía unas facciones muy marcadas y la nariz aguileña, pero había un brillo en su mirada que le resultaba magnético y una elegancia natural que lo hacían verse muy atractivo. Y ese cuerpo. Dos mujeres de una mesa del fondo le echaron un vistazo sin disimulo mientras murmuraban entre ellas, pero no pareció que él lo notase. En el momento en que se giró bruscamente y clavó sus ojos en ella antes de regresar a su lado sintió un calor que le hizo resoplar con discreción a la vez que se llevaba la bebida a la boca.

—¿Ya has solucionado el mundo o se va a caer la Bolsa de algún país?

La miró desde lo alto y con una sonrisa enigmática giró la pantalla hacia ella y apagó el terminal para luego guardarlo en el bolsillo.

—Intentaré no ser aburrido. ¿Has venido aquí por trabajo?

—No, pero no creo que nos vayamos a conocer tanto como para contártelo.

—¿Has venido sola?

—Con Daryl, pero no se nos va a unir. Está —ahogó una risilla tonta, convencida de que no había bebido lo suficiente para contarle que acababa de sorprender a su último ligue saliendo del baño desnudo, intentando taparse con prisas con una toalla. Dio dos pasos hacia ella, hasta rozarle las rodillas con sus muslos y respondió lo primero que le salió—... con un tío. Tenía pinta de que iban a estar ocupados un buen rato. No puedo ser más sutil.

—¿Tienes novio? —negó con más vehemencia de la que la pregunta requería— ¿Y

entonces...?

En cuanto escuchó las primeras notas se dio cuenta. En el hilo musical del bar comenzó a reproducirse una canción que conocía y le hizo arrugar el entrecejo.

—¿Tienes muchas preguntas más? —lo interrumpió, resuelta a salir de allí—Parece que estamos en un *speed dating*. Deberías probarlo.

—Esto no es una cita, no te confundas.

—Pues menos mal, porque sería un error tremendo —le vio alzar la ceja con la mandíbula tensa y supo que lo había dicho en alto. Apretó los labios un par de veces, dudando cómo justificarse sin explicarle el resto de sus motivos para haber ido a Suecia. Él dio un paso más, invadiendo todo su espacio, echando la mano tras ella para tomar su jarra y, quedándose muy quieta para evitar rozarle, le dio una sola de sus razones—. Eres alto. Me ponen los altos.

Lo escuchó atragantarse antes de mirarla con los ojos muy abiertos y un nuevo brillo en la mirada. Macey se incorporó con agilidad de la banqueta, aprovechando el espacio que le había dejado libre, con una sonrisa traviesa en la cara, mientras agarraba con fuerza su bolso de mano.

—¿Nos vamos de aquí? Aún no he cenado y odio esta música.

CAPÍTULO 3

El ruido de la gente sofocaba el de la música de los años setenta que reinaba en el pub de estilo irlandés por el que había optado y que le había dificultado el hacerse entender con el camarero a la hora de pedir. Extendió la tarjeta de débito sin tener claro cuánto estaba pagando en libras esterlinas. El aliento de su acompañante le rozó la oreja, causándole un ligero estremecimiento en la espina dorsal.

—¿Tú estás segura de que esto es mejor que donde estábamos?

Echó un vistazo alrededor a los sofás de madera y polipiel maltratados y que ni las luces mitigadas del garito lograban hacer más presentables, la decoración cutre que parecía sacada de una tienda de liquidación y a los surcos de la madera maltratada de la barra antes de girarse con una patata frita en la mano que le metió de manera apurada en su boca.

—Está claro que sí. La música es mejor. Y no estaríamos aquí si me hubieses llevado hasta un McDonald's —metió otra en la suya antes de tomarlo de la mano para aproximarse a uno de los sofás, pero el hormigueo en los dedos le hizo soltarlo bruscamente. Levantó la vista y al ver su mueca, salió por la tangente —. ¿Quieres de esto? Tiene una pinta espantosa...

En cuanto salieron del bar del hotel comprobaron que el restaurante estaba prácticamente a rebosar y ambos se dirigieron hacia la entrada del hotel sin necesidad de ponerse de acuerdo. Y nada más llegar a la calle, los dos caminaron en silencio hacia donde se veía a algunos jóvenes conversar junto a unas mesas de madera.

El lujo del hotel del que venían contrastaba enormemente con aquel sitio, que necesitaba con urgencia una reforma, pero a Macey no podía darle más igual. Todavía no sabía qué le había pasado durante aquel viaje, pero se sentía más viva que en mucho tiempo. Y, en parte, se debía a aquel hombre de piel cetrina y expresión seria que tenía frente a ella, aunque le resultase extraño.

No se comportaba así con completos desconocidos. De hecho, no se fiaba de las personas que acababa de conocer ni de sus intenciones. Pero había bebido dos combinados de más y desde que el gigante italiano se había plantado delante de ella en la piscina se le habían embotado los sentidos. No había hecho otra cosa que dejarse llevar, y era divertido. Y, pese al semblante serio de él, por el brillo de sus ojos, podía afirmar que no era la única que lo estaba pasando bien.

Volvió a pasar el plato combinado por debajo de su nariz conteniendo la risa. El olor no era muy apetecible, pero tenía hambre y era lo único que había podido conseguir.

—¿Vas a probarlo o no? He pedido Fish and Chips, pero parecen albóndigas raras.

—¿Así es como te diviertes de vacaciones? —ella señaló con vehemencia la comida y supo que hasta que no la probase no le daría una respuesta, así que tras poner los ojos en blanco se metió una de aquellas bolas en la boca y la tragó intentando no saborearla.

—No estoy de vacaciones. Daryl tenía que venir por una —dudó durante unos segundos —... entrevista. Y aproveché para venir a sacarme un problema de encima. Además, nos pagan el hotel —se metió una de las albóndigas sospechosas cuando creyó estar hablando de más y, tras confirmar que no sabían bien, optó por otra patata frita—. No has encendido el móvil.

—Igual te has equivocado con la imagen que te has hecho de mí.

Iba a responder de manera mordaz cuando alguien a su espalda la empujó y dio unos pasitos hasta chocar con el envase contra él, que por un segundo pareció devorarla con la mirada

antes de sujetarla por los dos brazos para ayudarla a separarse. Atontada, no fue capaz de hacer más que extender uno de los brazos para interponer la comida entre los dos. Él se pasó la mano por su cabello oscuro que caía a ambos lados de las sienes, como esperando su respuesta, que no llegó. Se negaba a hacerle ningún tipo de pregunta personal.

—No espero más llamadas.

—La de antes parecía importante —pestañeó rápido, intentando salir de su ensoñación—
... Personal.

Gianluca alternó el peso entre los dos pies, reprimiendo las ganas de volver a tocarla. No pensaba contarle a una desconocida los problemas que estaba teniendo para poder inaugurar un hotel de lujo en la ciudad, pero se daba perfecta cuenta de lo que intentaba preguntarle sin llegar a decirlo.

—Era trabajo, *bella*. Mis socios se encargarán de cualquier contratiempo que surja hasta que regrese —levantó la barbilla a la vez que metía las manos en los bolsillos del pantalón—. Y si quieres saber algo más, tendrás que preguntarlo.

—Yo... yo no —apretó los labios un par de veces, con ganas de tragarse sus principios—
... No me enrollo con alguien que tenga pareja, por muy buena que esté.

—A la primera invito yo —tomó una de las albóndigas de menor tamaño con sus dedos y, tras metérsela en la boca, le acarició los labios con pausa—, que parece que ahora te está costando. Estoy solo. No hay nadie más.

—Ni yo —dudó en contarle los motivos que la habían llevado a Malmö, pero lo descartó rápidamente. Optó por algo que se le antojó más importante—. No me lo había pasado bien en Suecia hasta nuestro encuentro.

—Yo, a esto, no le llamaría diversión.

—¿Todavía...?

—Todavía.

No se había movido del sitio ni había gesticulado siquiera, pero algo en el tono de su voz se tornó más denso, más sugerente y sintió cómo un calor la empezó a invadir por dentro. Sus ojos estaban clavados con firmeza en ella y tuvo la impresión de estar a punto de quemarse tras haber jugado con fuego.

—Joder. Tengo que irme antes de...

Dejó la frase en el aire, pensando que en realidad estaba deseando cometer esa locura. Cuadró los hombros y lo sorteó en su camino hacia la salida. Ya había jugado lo suficiente a la *femme fatal* por un día, pero sabía que no valía para eso. Y menos con un hombre que la atraía tanto que no había parado de comportarse de manera errática hasta ese momento. Se tropezó con un par de personas que se dirigían a la barra sin importarle, y tuvo que contener una risa en el momento en que se le ocurrió pensar qué diría su familia si la hubiesen visto durante ese día. Tuvo claro que su madre diría que todo el dinero gastado en su educación no había servido para nada si supiese las andanzas desde primera hora de la mañana.

Todavía no había alcanzado la acera, pero tenía más que claro que el italiano estaba allí, tras ella. Podía sentirlo, a él y esa intensidad que brotaba de su interior cada vez que la miraba y se preguntó cómo le podía haber parecido serio, frío o inexpresivo en algún momento. No se parecía en nada a ninguno de los clientes a los que lo había equiparado al verlo en el bar del hotel pegado al teléfono. Y se dijo que era una pena porque, hasta el momento, ninguno de aquellos le había producido un terremoto parecido en su interior.

Se detuvo un instante, para sentir el frío aplacándola porque, aunque estuviesen a principios de agosto, el tiempo era más fresco que en Inglaterra. En el momento en que él se

detuvo a su lado, rozándole el brazo con el suyo, echó una vista en redondo, buscando otro local al que dirigirse, casi desesperada, pero no hizo falta.

—¿Qué haces? —le preguntó casi sin expresión, como conteniéndose, a bastante distancia.

—Buscar otro sitio—intentó sonar segura, pero sintió la voz vacilar en el momento en el que se situó frente a él y le quitó la bandeja para dejarla en una de las mesas de la terraza—. Otro que no intente envenenarnos con estas comidas.

—*Bella...*

—No quiero volver a mi habitación —él dio un paso más, hasta casi rozarla. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo envolviéndola, tentándola. Solo con una mirada le provocaba querer flaquear y una parte de ella no estaba ofreciendo mucha resistencia. Le vio sonreír, como si estuviese resultando demasiado obvia y decidió dejarle las cosas claras, como si todavía mantuviese el control—. No es por ti, chico guapo. Estoy segura de que Daryl y el buenorro todavía están dale que te pego y no quiero volver a verlo en bolas.

Los ojos grandes y verdes de él brillaron entre sorprendidos y divertidos.

—Comprendo —respondió con tono serio—. Yo tampoco querría.

Levantó la mano y con el índice se dedicó a recorrerle la mandíbula hasta bajar por su garganta lentamente, casi sin tocarla, como si se fuese a deshacer si lo hiciera. Macey contuvo el aliento durante un segundo, antes de poder volver a hablar.

—Esto es una idea malísima.

Lo pensó en voz alta, pero la expresión de él no cambió, mientras la seguía acariciando de aquella manera que se le antojó tan íntima, aunque estuviesen en medio de la calle con personas entrando y saliendo del pub a su alrededor, sin prestarles la más mínima atención. Se dijo que no debía salir de un lío para meterse en otro cuando, de repente, cayó en la cuenta de que no se conocían de nada. Eran prácticamente dos extraños que no tenían por qué dejar de serlo. Sucediera lo que sucediese. Ni siquiera eran del mismo país. Convencida, decidió volver a tomar las riendas.

—A la porra. Tampoco es que vaya tanto a Italia como para que vuelva a pasar.

Se estiró todo lo que pudo sobre sus puntillas. A pesar de su metro setenta y dos y de los tacones, era lo suficientemente alto como para no alcanzarlo. Echó las manos a los dos lados del cuello y tiró por el jersey hacia abajo con rudeza, hasta lograr tener la boca frente a la suya y, tras mirarse los dos fijamente durante un instante, Macey se cansó de darle tantas vueltas y pasó a la acción. Tomó su boca, la asaltó hasta que él entreabrió los labios y le dejó jugar con su lengua una y otra vez, sintiendo el calor de la sangre bullendo por sus venas a pesar de la temperatura. En el momento en que estuvo segura de que se quedaba sin aire, el italiano llevó la mano a su nuca y tiró de su cabeza hacia arriba, a la vez que la apretaba contra su torso, haciéndole saber que no era la única que se sentía así.

—Nos vamos.

Un nuevo escalofrío le recorrió la espalda, pero asintió completamente segura de lo que quería sin despegar la mirada de él. Cuando lo vio moverse, aprovechó a soltar el aire contenido de a poquitos antes de volverse para regresar al hotel pegada a su lado, en completo silencio, con un volcán bullendo en su interior.

Aunque se veía la fachada del hotel desde la entrada del pub, la distancia se le estaba antojando excesiva al regresar y agarró la cadena del bolsito con ambas manos. No sabía qué hacer con ellas. De reojo vio que él había guardado las suyas en los pantalones y sonrió para sus adentros, segura de que le que sucedía lo mismo.

En cuanto entraron en el ascensor y él presionó el botón de la planta, se interpuso entre la puerta y él con una pose coqueta.

—Normalmente no soy así. Me estás haciendo cometer muchas locuras.

—¿Yo? —asintió sonriendo por su tono sorprendido— Me he limitado a seguirte.

Estaba a punto de replicarle cuando las puertas se abrieron y el italiano, con su mano grande y morena sobre su hombro, la hizo salir al pasillo pegándola contra su costado, a la vez que varios jóvenes los veían sorprendidos antes de entrar en el ascensor, sin que ninguno de los dos prestase atención. A mitad del recorrido, se detuvieron ante una puerta y ella coló la mano por debajo del jersey, acariciando su duro abdomen, escuchándolo mascullar mientras sacaba la tarjeta y abría la puerta sin mucha paciencia.

No pudo fijarse en la habitación. En cuanto entraron, sus manos fuertes y varoniles la recorrieron entera, sin dejar de besarse y volvió a sentir que le faltaba el aire. Ese italiano respondía con precisión a la fama de seductores implacables que precedía a sus compatriotas. Y, por el modo en que la tocaba, sabía exactamente lo que se estaba haciendo, encendiendo todos los resortes escondidos de su cuerpo. Apretó con fuerza los hombros y gimió contra su oreja en el momento en que sus manos se colaron por debajo del vestido de punto y le apretaron la piel desnuda de los muslos.

Él frotó la nariz contra su mejilla y, sin dejar de acariciarla, se separó lo justo como para que sus rostros quedasen frente a frente, a apenas un centímetro, antes de dirigirse a ella con un tono rasposo y cargado de deseo.

—Todavía no me has dicho como te llamas, *carina*. Y me gustaría saberlo antes de seguir.

Tomó aire y lo soltó con intensidad antes de separarse un poco más de él, con las manos todavía agarradas a sus hombros.

—Si esto fuese una *speed dating* no harían falta presentaciones. Te ponen una pegatina aquí —dibujó con uno de sus dedos el contorno sobre el pecho duro de él— nada más que entras en el sitio y... ¿Qué?

—Preferiría no pensar en cuantas citas has tenido en este momento. Yo no tengo encuentros así.

—Pues fui todos los martes durante dos meses el año pasado —lo empujó por los hombros hasta hacer que se tropezase con el borde del colchón y tiró para abajo conteniendo la risa al ver su expresión molesta—. Fue divertido, quizá podrías probar.

Se apuró a dejarle un beso en los labios que volvió a encenderle los ánimos y Galli se dio cuenta que sus ojos brillaban burlones. Por el modo en que lo observaba, supo al instante que le estaba provocando. Y, aun así, cayó. Sus manos se adueñaron de sus caderas, con posesión, atrayéndola hacia sí.

—No creo que vaya a hacer nunca algo así. Me parece una idea horrible.

—Y a mí también, pero Daryl me convenció —le vio arrugar el ceño y su agarre se aflojó por un instante—. Fue solo trabajo. Y me divertí lo justo.

Escuchó su gruñido y se sintió encantada, aunque no tuviese sentido que le molestase algo así. Se inclinó para volver a besarle y cuando entró en su boca, se atrevió a pasar una mano por encima del pantalón, recorriendo su excitación con la palma de la mano, una y otra vez, hasta que escuchó cómo su respiración se volvía más fuerte y se apuraba a quitarle la mano para soltar los botones del pantalón con rapidez, resoplando, antes de reposar la frente sobre su barriga durante un segundo, para volver a explorar bajo el vestido.

Sus manos hábiles la acariciaban con destreza, recorriendo una y otra vez el interior de

sus muslos, sin llegar a donde necesitaba, dejándola con ganas de más. Una de las manos ascendió lo suficiente como para arrancarle un gemido sordo y, antes de que le fallasen las piernas, se sentó sobre él a horcajadas. El italiano volvió a tomar su boca, cada vez de una manera más ruda, más apasionada, al mismo tiempo que colaba un dedo en su interior y Macey sintió que se deshacía entre sus brazos. Movié las caderas contra él de manera acompasada y cuando sintió que ninguno de los dos podría sostener mucho más tiempo ese ritmo, lo tomó con la mano y se incorporó lo suficiente para recibirlo en su interior.

A partir de ahí, todo se descontroló, yendo cada vez más aprisa. Mientras se movía sintió cómo el aire se calentaba más y más a su alrededor, cómo se temblaban las piernas, quedándose sin fuerzas y cómo él le ayudaba a alcanzar la liberación de una manera que la desarmó, cayendo sin fuerzas sobre su torso. Poco después notó que la acomodaba a su lado en la cama y se dejó hacer, descansando la cabeza sobre el brazo de él hasta quedarse dormida.

En medio de la noche la despertó el sonido de su teléfono móvil y rebuscó a tientas por el suelo hasta encontrar su bolsito, tirado bajo sus zapatos. Tras comprobar que tenía varias llamadas de Daryl, le envió un mensaje para que se quedase tranquila, informando que llegaría para desayunar y tomar el avión de vuelta sin problema.

Regresó al colchón sin casi hacer ruido y se acomodó como pudo, intentando no despertar al hombre que le acababa de dar una de las experiencias más gloriosas de su vida. Nada más se recostó, el brazo pesado de él la agarró por la barriga y tiró hasta pegarle la espalda a su abdomen.

—*Sono pazzo di te.*

—Tú también me vuelves loca, chico guapo.

Se volvió para darle un besito antes de volver a dormir, pero ya no pudo quitarle las manos de encima, y apenas volvieron a pegar ojo, dedicando el resto de la noche a darse placer el uno al otro hasta que cayeron rendidos casi cuando comenzaba a amanecer.

CAPÍTULO 4

Tras una ducha vigorizante, tiró la toalla en el carrito y se sentó en el amplio vestuario para esperar por el resto de los compañeros. Él, como de costumbre, había pasado gran parte de la sesión apartado con el entrenador de porteros y los dos compañeros suplentes. Y a ninguno de los otros tres le había pasado desapercibido el gesto de molestia que había mostrado en un par de ocasiones en que los otros compañeros habían disparado a la portería.

El segundo entrenador, Walker, había indicado brevemente que esperasen unos minutos en el vestuario y todos sabían a qué se refería. A ningún jugador se le había escapado que desde el inicio de temporada existían problemas dentro del equipo técnico por el modo en que Haley llevaba las cosas tanto dentro como fuera del campo, y seguramente les querrían informar de alguna novedad al respecto.

El resto de los compañeros todavía se estaban vistiendo, a excepción de Lewis, que entraba de último, con total parsimonia conversando con uno de los técnicos. Maldijo para sus adentros, puesto que saldría con más retraso de lo previsto del entrenamiento ya que había quedado con uno de sus socios de su recién estrenado Hotel The Emerald, en la cafetería, y no llegaría a tiempo.

Rebuscó el teléfono en la bolsa para enviarle un mensaje a su contacto y aprovechó para revisar unos datos de la inauguración que les habían enviado esa mañana y que eran buenos, pero no tanto como a alguno de sus socios les gustaría. El resto de los compañeros se fueron sentando poco a poco en la habitación y no se callaron hasta que entraron los entrenadores, que les comunicaron con rapidez que tres personas del cuerpo técnico habían dejado de trabajar con ellos y que querían presentarles a los reemplazos. Ese tipo de reunión hacía tiempo que había dejado de interesarle, al igual que a la mayoría de los jugadores.

Estaban en un club de fútbol de élite mundial, jugando en la Premier League, y figurando todos los años como uno de los cuatro mejores equipos ingleses del torneo. Solo se rodeaban de especialistas, de los mejores en sus disciplinas, así que estaba seguro que los sustitutos serían igual de competentes que los que acababan de salir. Apretó los párpados con fuerza mientras su entrenador continuaba parloteando con su habitual tono seco.

—Atiende, Galli, que, si esas molestias continúan, serás de los primeros en ponerte en sus manos.

Asintió al místico de manera mecánica mientras escuchaba a dos compañeros cuchichear a su derecha, y abstraído, dejó de hacer caso a lo que les explicaba el entrenador, mientras le daba vueltas las cifras que había visto en el correo electrónico respecto al arranque del hotel. No eran malos datos, aunque las estimaciones que habían realizado eran superiores y Marco le intentaba presionar para que usase su fama para interesar más al gran público, aunque no era algo que estuviese dispuesto a hacer. El The Emerald era un hotel de lujo y tanto él como los demás socios estaban de acuerdo en no convertir la entrada en un punto de encuentro de aficionados del Brent buscando desesperadamente un autógrafo.

El día del estreno, el hotel se había llenado de famosos de diferentes ámbitos, lo que había atraído la atención de los medios que le habían dado más cobertura de la esperada. Y no solo por esa congregación de famosos en un solo sitio. Además, estaba el excesivo interés que la

prensa tenía en ese momento por su compañero de equipo, Maty, unido a su incipiente relación con aquella actriz menuda y prácticamente desconocida que había sabido hacerse un hueco entre la mayoría de los Leones con un par de frases y siendo ella misma desde el primer momento. Arrugó la nariz pensando que tenía una mejor relación con esa joven que con Martínez, aunque apenas la conocía.

—... y ella es Tarryn White, la nueva fisioterapeuta...

De manera inconsciente se estiró, inclinándose hacia adelante hasta estar a punto de incorporarse del banquillo, para verla mejor. No era la primera vez que le sucedía en esos casi dos meses, en donde se había descubierto buscando el rostro de la mujer sin nombre en más de una ocasión. Era delgada y con un brillo de determinación en la mirada, pero hasta ahí llegaban las similitudes. La mujer que les presentaban era baja, con el cabello cobrizo por encima de los hombros y se veía un poco intimidada en esos instantes. No se parecía en nada a ella.

Por el rabillo del ojo pudo ver la expresión sorprendida de Lewis Osgood, sentado junto a Maty, unos metros a su derecha, y se echó hacia atrás con un movimiento brusco de manera instantánea. No entendía por qué se había dejado afectar tanto por aquello. No había sido más que un encuentro, igual que tantos otros que había tenido a lo largo de su vida de soltero, como los que la mayoría de sus compañeros mantenían con frecuencia. Y aquella mujer lo había dejado muy claro con su actitud al no querer siquiera revelarle su nombre.

Había sido una aventura ocasional con una desconocida en un país extranjero. Además, él no quería atarse a ninguna persona en aquel momento. No mientras siguiese en el fútbol en activo. Y tampoco sabía si sería algo que procuraría después, tras su mala experiencia. Y, sin embargo, algo de lo sucedido en Malmö se había quedado bajo su piel.

En cuanto se acabó la reunión se llevó la mano al bolsillo y comprobó que Marco Conti, uno de sus socios, le había enviado un mensaje indicándole que no podía esperarle debido a un imprevisto, pero que se reunirían por la tarde. Todavía no había guardado el teléfono y se había puesto de pie cuando ya tenía a Osgood a su lado, con su característica expresión bromista en la cara.

—Guapa la chica, ¿verdad? —le guiñó un ojo a la par le daba un codazo nada discreto a Maty, que ni reaccionó.

—¿En serio, Lewis? —le respondió con cinismo mientras se incorporaba, sin que el otro se arrugase lo más mínimo.

—Pues sí. Lo decíamos aquí mi amigo Martínez y yo, pero que si te gusta la chavala...

No le dio tiempo a contestarle siquiera. Rob Savidge pasó junto a ellos y le dio un manotazo soltando el brazo con ganas en la espalda del inglés, mirándolo con una seriedad que le borró a Lewis la sonrisa de la cara.

—No empecéis con tonterías de las vuestras. Vosotros dos nunca os tomáis nada en serio. No pienso permitir que molestéis a la nueva como pasó con la anterior. Y menos a costa de Galli, que es uno de los pocos con cabeza que quedan en el equipo.

—Ha sido cosa de este —Maty se le enfrentó en un tono seco similar, cruzándose de brazos—. A mí no me metáis, que ni siquiera es mi tipo.

—Y, además, esta tiene pinta de gastar una mala leche—añadió Jones, que también se les había acercado para recoger su bolsa de mano—... Pero de fútbol sabe más la tuya. Eso seguro.

Viendo cómo se enzarzaban en una discusión absurda, con la nueva masajista observándoles fijamente desde la entrada de los vestuarios, al lado de los dos entrenadores y del nuevo psicólogo deportivo, se separó del grupo dispuesto a marcharse. Sin poder evitarlo, de camino a la salida, echó un vistazo de nuevo hacia atrás, sorprendido con la reacción de Maty ya

que esa chica era casi un calco de Alana, aunque con la mirada más dura. Y el centrocampista no se había fijado en ella más que lo necesario, a pesar de lo que decían las malas lenguas de que su nueva relación era completamente falsa. No había querido prestar atención a los rumores que rodeaba su noviazgo, pero más de uno le había llegado, y ni siquiera la presentación en la inauguración del The Emerald había bastado para sofocarlos, sino que parecía haber espoleado una mayor cobertura de los medios.

Todavía no había llegado a la calle cuando le volvió a sonar el teléfono. Era el mismo socio nuevamente, para emplazarle para esa misma tarde y, por el tono de su voz, supo que algo se traía entre manos. Desde que lo conocía, Marco Conti siempre guardaba algo en la recámara y se temía que iba a volver a insistir en usar sus contactos para lograr más publicidad gratuita para el hotel.

Seis horas después descubrió que no se había equivocado en absoluto respecto a Conti, discutiendo en torno a una bebida caliente en la exclusiva cafetería del Dorchester, un hotel de lujo que le gustaba frecuentar, ya que le permitía gozar de la suficiente discreción debido a su selecta clientela. Sin embargo, en aquel momento, dentro de la tetería, rodeado de personas muy estiradas dispuestas a tomarse el té de las cinco y con la vista puesta en los dos italianos que no paraban de gesticular con los brazos, se sentía completamente fuera de lugar. Y estaba seguro de que Marco lo había llevado allí adrede, para lograr que claudicase lo antes posible y salirse con la suya, como tantas otras veces.

Así que accedió a acompañarlo a una de las exclusivas galerías de arte que poblaban el barrio de Mayfair para poder salir de ese salón cuanto antes, a pesar de que los dos eran muy conscientes de que Gianluca Galli odiaba que lo hiciese participar en algo así.

—No creo que haga ninguna falta esto.

—Créeme que sí. Algunos de los clientes más selectos han dado quejas sobre eso, sobre que la decoración no resulta lo suficientemente —levantó la mano y la movió por el aire, como si buscase la palabra adecuada—... exclusiva. Y debemos dárselo, *caro*.

—¿Quejas? El gerente no me ha dicho nada de eso. Ni a mí, ni a ninguno.

—Si lo prefieres, diremos que lo han insinuado. Y como amante del arte, debo darles la razón. Al The Emerald le falta algo.

Le indicó con la mano que habían llegado a la galería y esperó a que el portero entrase antes de seguirle. Gianluca echó un vistazo rápido a su alrededor y no pudo evitar que se le escapase un suspiro no muy discreto. Marco era un coleccionista ávido de dar un nuevo pelotazo al encontrar un nuevo artista anónimo que destacase, pero él odiaba el arte moderno. Y, por esa vez, su socio parecía haber tenido esto en cuenta a la hora de elegir la exposición. Se volvió perplejo hacia el más bajo, que le dedicó una sonrisa sardónica antes de comenzar a recorrer la galería.

—¿Adónde pensabas que te iba a traer, Galli? También quiero aprovechar, por si encuentro alguna pieza para mi colección privada. En la puerta tenías la misma cara que si te hubiese traído a un estercolero.

—Quizá sea porque la última vez me llevaste a un lugar que lo parecía.

—Era arte con materiales desechados. Un artista emergente. Ya aprendí que no sabes apreciar el arte moderno.

Le dedicó una mirada que dejaba bien a las claras su postura y masculló para sus adentros que llevarlo a un garaje de las afueras de la ciudad lleno de cachivaches que parecían basura y olían como tal, él no podría considerarlo arte, ni aunque se bebiese media botella de coñac. Se ajustó las mangas de su americana de color gris mientras lo seguía, maldiciendo el retraso en el

entrenamiento que lo había arrastrado hasta ese lugar hasta que la vio.

Conti se había detenido delante de un cuadro que le pareció completamente insípido que reflejaba un paisaje nórdico y, al seguir el movimiento de sus manos, se dio cuenta de que estaba allí, al fondo de la galería, luciendo exactamente igual que la recordaba. Vestía una blusa de manga larga de color beige y una falda ajustada desde la cintura hasta las rodillas que la hacía parecer más alta y esbelta. El cabello castaño claro largo recogido a un lado, caía en ondas sobre su hombro izquierdo y sonreía de una manera calculada a las tres personas que tenía ante ella. Se veía como una visión refinada de la chica de Malmö, pero era ella. Y en cuanto movió la cabeza y vio su expresión de sorpresa al verlo allí, supo que finalmente la había encontrado.

—¿Me estás prestando atención? —echó una mano al brazo al que lo había golpeado y lo frotó volviéndose hacia su socio— ¿Qué te parece este cuadro para el hueco que hay a la derecha de la recepción?

—Tienes que estar de broma —espetó entre dientes antes de volver a buscarla con la vista, pero la vio desaparecer junto al resto de sus acompañantes tras una falsa pared—. Y no compres esto. Es una porquería.

Lo dejó con la palabra en la boca y se alejó a grandes zancadas buscando a la mujer, pero al dar la vuelta a la esquina no la encontró. Despotricó contra Conti y sus molestas interrupciones para sus adentros cuando sintió que le tocaban con suavidad en el hombro a la vez que le alcanzó un aroma dulce y floral.

—¿Has venido hasta aquí solo para que te invite a la copa que te debo?

Parecía seria, pero por el modo en que le brillaron los ojos al pronunciar esas palabras, supo que volvía a bromear con él, aunque de una manera más contenida.

—¿Copa?

La vio ladear la cabeza, como si no entendiese algo muy sencillo. En aquel momento se dijo que bastante tenía con concentrarse en algo que no fuese en contenerse al tenerla frente a sí. Después de casi dos meses, le costaba creer que se hubieran vuelto a encontrar debido a otra casualidad. Más de una vez se había sorprendido a sí mismo pensando en cómo sería o si la había idealizado en sus recuerdos, pero la intensidad del momento no le permitía comportarse con la fachada que mostraba habitualmente.

—¿Champán?

Estaba a punto de responderle que sí cuando una de las personas con las que la había visto antes le hizo una seña y ella levantó el índice, como pidiéndole un momento. Se volvió para dirigirse a ellos, a apenas unos metros de distancia. Conti apareció a su lado con una sonrisa ladina y supo que los había visto.

—¿La conoces? ¿Quién es?

—Nadie.

—Si es para evitar competencia, te recuerdo que lo mío con tu prima va muy en serio —lo miró de soslayo esperando a que contestase algo, pero se negó a hacerlo—. No te pasaría nada por abrirte al mundo por una vez, ¿sabes?

—Déjate de tonterías, Marco.

Recibió un nuevo codazo de su socio en las costillas que le hizo fijarse en él. Tenía la comisura de los labios hacia arriba, de manera ligeramente burlona, y se dio cuenta de que la mayor parte de esa conversación la había pasado buscándola con la mirada.

—En serio... Nos conocemos desde hace mucho, Galli. Desde antes de que fueses más alto que yo.

—¿Por qué no vuelves a fijarte en esos cuadros espantosos y te olvidas por un rato de mí?

—Cuanto más te pones así, más claro tengo que te interesa. Y mucho.

Se volvió resoplando, costándole mantener las formas cuando apareció ante ellos con las dos copas de champán y sin sacarle la vista de encima a Conti, observándose los dos mutuamente con una curiosidad que ninguno se molestó en esconder. Estaba a punto de romper el hielo cuando ella se le adelantó con una sonrisa profesional en la cara.

—¿Tú también quieres una copa? ¿O te interesa de verdad el cuadro que examinabas antes? No es de mi competencia, pero voy a comisión.

Hizo una expresión graciosa con la mano a la vez que se llevaba la copa a los labios y Galli la imitó sin pensar, completamente sorprendido. Recordó que ella había mencionado de manera muy escueta que se dedicaba al arte, pero al no precisar más dio por hecho que era artista, no que comerciase con él. Apuró un buen trago recordando en las veces que su socio había intentado arrastrarlo a exposiciones varias a las que se había negado y se atormentó pensando en que quizá pudo encontrarla antes.

—Pues depende del precio. No he visto ninguno que me convenza para mi colección personal y aquí mi socio es un poco...

—¿Inviertes en arte?

—No.

—¡Necesitamos que parezca más chic! ¡Claro que vamos a invertir en arte!

La chica los observó discutir divertida durante unos instantes mientras el portero intentaba acallar al otro italiano con un carraspeo en un tono suficientemente elevado, aunque el otro no parecía darse por enterado.

—Podrías ayudarnos a conseguir que un espacio se vea más exclusivo con algunas obras, ¿a que sí? Tú te llevarías tu comisión y a nosotros también nos subirían los ingresos. Ahora solo hay que convencer al gruñón.

La risa fresca y contagiosa de la mujer le hizo volver la vista hacia ella casi sin darse cuenta. Le vio cómo se reía viendo hacia Conti a la vez que apartaba el cabello que colgaba sobre el hombro izquierdo a un lado.

—Macey...

Su risa se detuvo casi en el acto, volviendo con rapidez la cabeza hacia él y entonces se dio cuenta de que lo había pronunciado en voz alta.

Siguió su vista con la mirada para comprobar que el italiano había visto su nombre en la pegatina que llevaba adherida a la camisa, como les obligaba el propietario de esa galería y soltó una carcajada que intentó contener al momento.

—Te dije que así era más fácil. Luca.

El modo en que pronunció su nombre por primera vez le provocó un escalofrío y le dio un nuevo trago a la copa, intentando disimular su estado. A la mañana siguiente de su encuentro en Malmö, antes de que la mujer abandonase la habitación y él se preparase para mantener una última reunión con la empresa de energías renovables sueca, para después regresar a la isla, había intentado que le indicase su nombre en al menos un par de ocasiones.

Sin embargo, ella había insistido en dejarlo así ya que no iban a mantener el contacto. Y no había cedido ni siquiera cuando él se había adelantado a decirle su nombre. Pero ahora ya lo sabía y se dijo que encajaba perfectamente con ella y con esa personalidad picante y dulce a la vez.

Tras un par de tragos se dio cuenta de que su socio y su chica se alejaban y los siguió por pura inercia, viendo cómo se detenían delante de algunas obras de la galería conversando. A veces se veía risueña y en otras mostraba una faceta que él no conocía, más seria y profesional

ante las constantes preguntas de Conti, a las que prácticamente no prestaba atención.

Al verla así pensó en lo absurdas que resultaban sus sospechas iniciales de que se hubiese colado en su vehículo con un propósito diferente. O las conclusiones precipitadas y completamente equivocadas que había sacado respecto a su profesión, ya que en lo único que podía pensar era que le había engañado al decirle que no trabajaba como actriz o algo similar. Resultaba obvio que se ocupaba como galerista o marchante de arte y que contaba con grandes conocimientos, puesto que su amigo había quedado satisfecho con cada una de las respuestas que le había dado.

—Entonces, si me pasas tus datos, nos ponemos en contacto contigo —Galli encajó un nuevo codazo en las costillas y se removió contra Conti para conseguir que parase—. Para que nos ayudes a elegir algunas obras para nuestro negocio común. O para que me avises de nuevas posibles inversiones. El resto es muy duro de mollera, a veces.

—Tu amigo no se cansa. Tengo que pasarle los datos a los de administración para que gestionen la compra y coordinen la entrega. Encantada, chicos.

—Mejor te esperamos en la cafetería que está en la esquina. Al final no me has invitado a la copa que me debes —ella abrió la boca para contestar, pero esa vez el portero estuvo más ágil—. El champán lo puso la galería, no tú.

—Muy bien. Os veo en quince minutos.

CAPÍTULO 5

A pesar de que no eran más de las doce, Macey se dejó caer extenuada sobre uno de los sillones de la sala de descanso de la galería, sintiendo el agotamiento en todos los músculos de su cuerpo tras cuatro días seguidos en los que el italiano no le había dado tregua. Estiró el brazo tras la espalda hasta que lo estiró por completo a pesar de las molestias y se le escapó una sonrisa culpable al sentirse muy responsable de todo lo que había sucedido, ya que se había comportado como una autentica descarada desde que había salido de la galería. Todavía le sorprendía su comportamiento tan directo en todo momento: desde que se sentó con intención de invitarle a una copa que le había reclamado hasta que reservó una habitación del hotel.

Se pasó la mano con fuerza por el brazo contrario buscando relajar los músculos. Estaba claro que aquel hombre la incitaba a hacer locuras de un modo completamente nuevo para ella. Y eso sin esforzarse demasiado. En un principio, se lo achacó a la emoción del momento, aunque ya no estaba tan segura puesto que le había resultado imposible hacerse a un lado tras ese primer reencuentro.

Recordó cómo, al entrar en la cafetería, encontró a los dos italianos sentados en una de las mesas del fondo y que apenas se sentó al lado del más alto, su amigo se apresuró a marcharse tras un par de frases en italiano que le arrancaron a su ligue un bufido que no supo cómo interpretar. El que había invertido en arte había mascullado entre dientes algo que le sonó como «me debes una, gallo» y en su momento dudó de si a Luca le había molestado el contenido de la frase o el intuir que ella la había entendido. No le dio tiempo a preguntárselo porque, en cuanto se volvió hacia él, le soltó una pregunta a bocajarro mientras sujetaba la bebida entre los dedos.

—¿Y Daryl? ¿No te estará esperando?

—¿Daryl? —reprimió una risa cuando se fijó en sus párpados entornados— Claro que no. Solo acude a las inauguraciones si sabe que viene fijo un famoso. No le gusta el arte ni este tipo de eventos... Además, ha quedado con el buenorro otra vez. Me ha dicho que es tenista o futbolista..., o algo así.

Compuso una expresión graciosa estirando la boca, como si la idea le pareciese un espanto a modo de broma, pero él no sonrió. Dándole vueltas al vaso, se lanzó a preguntar con el mismo tono seco.

—¿Por qué pones esa cara?

—Pues por varios motivos. El primero, nunca he tenido un cliente deportista que entendiese el arte más allá que como inversión. A los que he conocido no les importaba lo que compraban, tan solo que incrementase su valor. Y lo segundo, y en este caso más importante, porque estoy segura que terminará por romperle el corazón. Hace no tanto estuvo con uno que...

Carraspeó, más para sí misma que para su interlocutor, con la mirada perdida, para alejar esos pensamientos y al darse cuenta de cómo la miraba se apresuró a aclararle algo, previo a cambiar de tema.

—Como se entere de que te he contado algo de esto, me la cargo. Tiene muy mala uva —sacudió la cabeza de manera desenfadada antes de guiñarle un ojo con coquetería—. A ver si me entero. ¿A ti te van más las deportistas o las marchantes de arte?

Lo dijo de una manera tan exagerada que logró su objetivo, provocando una carcajada

profunda del italiano que relajó el ambiente de inmediato. A partir de ahí, Macey Bruun charló de manera atolondrada de todo lo que se le venía a la cabeza, como para evitar que la copa llegase a su fin hasta que se dio cuenta de que él la observaba con una expresión seria, casi enfadada y que no había abierto la boca desde hacía más de media hora.

—No recordaba que fueses tan poco hablador.

—No estamos en el sitio adecuado para la conversación que me gustaría mantener, Macey.

Por si no fuese suficiente el tono de urgencia que empleó Luca, sintió cómo una de sus manos fuertes le apretaba en la corva para después subir por su muslo y, casi como un resorte se puso en pie tras soltar veinte libras sobre la mesa.

De reojo vio que ni se había movido, así que se detuvo durante un instante para hacer un movimiento seco con la cabeza a la vez que le decía una sola palabra.

—Vamos.

Se envolvió en un abrigo de color camel y apretando la cadena metálica del bolso yendo a la salida con Luca pegado a su espalda. En cuanto estuvieron en la calle, lo dirigió a tiro fijo hasta que llegaron ante un hotel de aspecto moderno, con una fachada de cristalerías que siempre le había llamado la atención. Antes de dar el último paso y entrar se detuvo y vio que el italiano tenía una ceja alzada.

—Paso por delante prácticamente cada vez que vengo a la galería. ¿No hay ningún edificio que te llame la atención cuando vas al trabajo?

Él negó apretando una sonrisa entre los labios y con una mano la invitó a entrar a la vez que pegaba la otra en su cintura, ignorando al trabajador de la puerta. A pesar de la ropa, el fuego estaba ahí y enderezó la espalda en respuesta. Se dirigieron directamente a la recepción en donde solicitó una de las habitaciones, entregando la tarjeta de crédito y su identificación antes de que le pidiesen más datos. El hombre de recepción los miró con detenimiento por un momento, pasando la mirada de uno a otro durante una centésima de segundo, antes de tomar ambas tarjetas entre sus manos. Cuando vio que el italiano echaba mano a la cartera negó haciéndole un gesto con la mano para que se detuviera.

—Solo tenías que invitar a la copa.

—Ahora que sé que inviertes en arte, debo cuidar a un posible cliente.

En cuanto le devolvió la documentación, ambos dejaron de sonreír y se dirigieron con más urgencia de la adecuada para un lugar de esa categoría, pero a ninguno de los dos les importó. Subieron en silencio en el ascensor de cristal hasta la cuarta planta sin disfrutar de las vistas a sus espaldas. Si alguien hubiese entrado, habría pensado que no iban juntos porque los dos estaban quietos y lo suficientemente separados como para que diese esa impresión.

Sin embargo, en el momento en que introdujo la clave y la puerta de la habitación se abrió, todo cambió. Apenas fue consciente de cruzar el umbral cuando se sintió arrastrada por los fuertes brazos del italiano, que la pegó contra la pared y asaltó su boca de una manera voraz. El espacio desapareció a su alrededor, respondiendo únicamente a cada roce de Luca y provocándolo en busca de más.

Si tras su encuentro en Suecia había creído que no podría tener una experiencia mejor, el aquel hombre de tez bronceada y aspecto serio había desmontado su teoría sin ningún esfuerzo. El modo en que la tocaba llevándola hasta al límite o cómo parecía saber qué necesitaba en cada momento había sido todavía mejor en esa nueva ocasión. Parecía como si se conociesen de antes, de siempre, de mucho más que una aventura en una ciudad extranjera. Era casi como si sus cuerpos se entendiesen a la perfección sin necesidad de usar las palabras.

Y, para su sorpresa, eso mismo había sucedido una y otra vez en cada encuentro, durante los siguientes cuatro días. No se había querido hacer ilusiones, aunque tampoco buscaba nada serio. Y menos tras haber vuelto a salir trasquilada en la anterior aventurilla que había tenido. Pero tuvo que confesarse a sí misma que, a pesar de su actitud resuelta y segura de sí misma, había sentido un poco de vértigo al darle su número por si después no sabía nada más de él.

Apenas había tardado una hora en recibir el primer mensaje y un par de horas más tarde, en cuanto pudo salir a comer, se encontraron en una nueva habitación de un nuevo hotel. A esas alturas, no debían quedar muchos en las cercanías de la galería que les quedasen por conocer.

Se cubrió el rostro con la palma de la mano al sentir el calor en sus mejillas por las imágenes que le acudían a la mente, aunque había una que le gustaba especialmente. Era el recuerdo de Luca riéndose a carcajada limpia mientras ella le contaba una estúpida anécdota de las citas rápidas a las que Daryl la había arrastrado. En el momento, no había podido evitar extender la mano para acariciarle la mejilla y él le había correspondido.

El italiano tenía la costumbre de mostrar una faceta seria y distante, pero no le había costado descubrir la pasión que encerraba dentro. Era reservado, notaba cómo en muchas ocasiones se callaba o evadía responder a algunas cuestiones, pero no se lo podía recriminar, porque ella también lo hacía. Aun así, sabía que no le mentía. En cada uno de sus encuentros había aprendido a ver más allá de lo que mostraba su rostro y le divertía provocar diferentes reacciones cada vez que podía.

Escuchó que la puerta se abría y se enderezó sin poder ocultar una mueca por el esfuerzo, recolocándose el vestido de punto gris sobre los muslos.

—¿Otra vez así, Bruun? Si tu entrenador personal te tiene de esta manera y no ves pronto los resultados, deberías cambiarte a otro —su compañero frunció el ceño un segundo, antes de volver a abrir la boca—. Aunque, por otra parte, es normal que estés así. Desde que entraste a trabajar aquí siempre te jactabas que no hacías esfuerzos.

—Llevo tres años practicando pilates extremo y hasta ahora me ha ido muy bien. Y con el nuevo entrenador, también —tan pronto como sonó el teléfono lo desbloqueó y tuvo que esforzarse por ocultar una sonrisa—. Mira, lo has invocado. Me hace un hueco ahora al mediodía.

Se incorporó con rapidez para no tener que seguir la conversación de aquel entrometido que no había dejado de acercarse a ella desde que se había enterado de quién era su familia. Se puso la gabardina por encima de los hombros antes de responder al mensaje sin dejar de sonreír.

«Te toca pagarla a ti. Nos vemos en veinte minutos».

Varias horas después siguió a Luca a una de las cafeterías del lujoso Hotel Dorchester con una sonrisa bobalicona en la cara. Nunca había estado antes en el interior del hotel y pudo comprobar por sí misma que era tan lujoso y exclusivo como habían comentado algunos de los compañeros que habían llevado diversos encargos en algún momento. Por un instante pensó en si el italiano contaba con una posición tan acomodada como para permitirse frecuentar aquel tipo de encuentros en lugares tan caros o si solo trataba de impresionarla, porque si se trataba de eso último, en realidad, no hacía falta.

Al ver el interior de lo que creía que era una cafetería, se giró divertida hacia él sin poderse creer lo que estaba viendo. La había traído a un salón de té que parecía salido de una escena de la regencia o de un sueño del sombrerero loco de Alicia en el País de las Maravillas, pero con *cupcakes* rosas. Le costaba encuadrar al empresario en un sitio como ese, en donde se imaginó que la clientela habitual serían señoras más parecidas a su difunta abuela.

—¿Algún secretito raro que yo deba saber? —apretó la mandíbula como si el comentario

hubiese sido muy inoportuno— Te preguntaba por si vienes mucho por aquí, Luca. Porque estoy prácticamente segura de que podríamos ser los nietos de cualquiera que frecuente esto.

—Conti me forzó a aceptar acompañarlo a vuestra galería en la mesa que está bajo el cuadro.

—¿La horterada aquella de allí?

Señaló con un discreto movimiento de barbilla un enorme retrato de una mujer cuyo rostro estaba tapado bajo un ramo de flores de color rosa intenso de un tamaño desproporcionado. Le vio entrecerrar los párpados y los dos se llevaron la mano a la boca para ocultar la risa de un grupo de señoras de avanzada edad que salía del salón de té.

Solo por diversión, Macey insistió en replicar la escena y sentarse a la misma mesa en la que apenas unos días atrás ambos italianos lo habían hecho. Estaba a punto de curiosear por la relación que lo unía a Conti cuando a Luca le sonó el teléfono y, tras silenciarlo y hacerle un gesto, salió al pasillo a atender la llamada.

Se estaba preguntando si le daría una respuesta o sería otra de esas cuestiones que le estaban vedadas cuando notó dos golpecitos sutiles en el hombro

—Perdona, querida. Sabes quién soy, ¿verdad?

Al volverse, se encontró con una mujer mayor que, tras unos instantes, logró identificar como una viuda potentada que frecuentaba la galería, aunque no era su clienta.

—Dígame, Señora Wilkinson.

Vio la sonrisa complacida de la mujer al demostrarle que la había reconocido y se apretó el muslo por debajo de la mesa, convencida de que le iba a tocar escuchar una larga queja relacionado con algún aspecto de su trabajo. No era habitual, pero ya le había sucedido, y el único procedimiento que funcionaba con esas personas era mantener el tipo hasta que se cansaran.

—No te pongas así, que va a ser un momento. Solo quería saber si mi sobrino tenía razón. A veces se inventa cosas para hacerse el interesante, el pobre —perpleja, se limitó a asentir, nada segura de hacia dónde le iba a llevar la conversación. Si es que iba a algún lado—. Verás, es que os he visto cuando salía con mis amigas. Tenemos partida de bridge tras el té de las cinco y ya vamos a llegar tarde por mi culpa, pero...

La señora seguía desbarrando sobre temas que para ella no tenían ningún sentido y aguantó hasta que le pareció que Luca le hacía una seña, que interpretó como que él se tomaría más tiempo para su llamada aprovechando que estaba con una conocida, cuando no era así. Cuadró los hombros y decidió ayudar al grupo de señoras que esperaban pacientemente para asistir a su partida de cartas.

—¿Qué es lo que le ha dicho su sobrino, Señora Wilkinson? Si es sobre alguna de las obras que yo llevo, quizá pueda ayudarle.

—Oh, no, querida. Si fuese algo de eso ya habría llamado a mi marchante de confianza... no te ofendas —se apuró a negar con intención de reconducir el tema en cuanto le permitiese interrumpirla, aunque fuese por un segundo—. Es sobre tu... No sé qué palabra empleáis ahora los jóvenes para referiros a esto. El hombre que te acompañaba antes.

—Es un amigo —vio cómo enarcaba una ceja y se quedó muy quieta, sintiendo cómo un calor abrasador le subía hasta las mejillas, pareciendo volver a ser una adolescente en su primer año de instituto.

—En fin, por el bien del decoro haré que me creo eso. Mi sobrino estaba seguro de que tu... amigo —levantó ambas cejas, dándole énfasis a la palabra— es un deportista que esos que salen por la televisión.

La señora esperó su respuesta y, al darse cuenta de que no llegaba, se impacientó y movió la mano con una celeridad poco esperada, como exigiéndole que apurase. Sin embargo, Macey se quedó sin palabras y si no tuviese ante ella a una mujer tan encopetada, hasta pensaría que se trataba de alguna broma extraña. La viuda comprobó su reloj de pulsera antes de darle dos golpecitos en el dorso de la mano.

—No sé si te ha dado un patatús, querida, pero llegó tarde a la partida y me gustaría que me respondieses algo.

—¿Un deportista que sale por la televisión? —repitió con la voz entrecortada.

—Ya veo que no es algo muy serio, ya. Pues sí, mi sobrino comentó que jugaba muy bien por arriba, que era ágil a pesar de ser tan alto y que agarraba el balón muy bien porque no tenía las manos de mantequilla. Como ves —arrugó el ceño durante un instante— con datos así, una no sabe ni qué pensar.

—¿Baloncesto? —la señora asintió con cara dudosa— ¿Balonmano? ¿Qué deporte?

—¡Cómo voy a saber yo eso! Si solo juego al bridge —la vio apretar los labios con una expresión maliciosa—... Pues vas a tener que apurarte, querida, porque como sea de esos que hacen muchos anuncios, seguro que te lo roba otra más espabilada. Una que se entere de en qué trabaja el amigo, al menos.

Se quedó clavada en el asiento viendo cómo se alejaba aquella señora y costándole procesar la información que le había soltado antes de dejarla allí con un ánimo similar a si le hubiese pasado un camión por encima. Cerró los párpados buscando calmarse e inspiró despacio un par de veces, soltando el aire por la boca hasta que notó las manos más firmes y, tras sacar el teléfono del bolso, le envió un mensaje corto a Daryl.

«Si llevo helado de vainilla y gofres, ¿te puedo esperar en tu casa? Me ha vuelto a pasar»

Vio la silla moverse y para cuando se quiso dar cuenta, Luca estaba sentado muy próximo a ella. Y, por primera vez desde que lo había conocido, no vio como algo positivo que esa cercanía no le permitiese respirar. Al verlo sonreír, tensó los dedos hasta dejarlos blanquecinos, guardando el teléfono de un movimiento brusco que sorprendió a ambos.

—¿Te ha pasado algo? Se te ve un poco...

—¿Es verdad lo que me ha dicho la Señora Wilkinson? —le interrumpió sin miramientos. Vio cómo alzaba una ceja y fue consciente que no sabía de qué habían conversado— Dice que eres un deportista conocido —por el modo en que apretó los labios hasta convertirlos en una línea, supo que sí—, que juegas baloncesto o waterpolo o algo así.

—Fútbol —el tono salió seco y con un acento italiano más marcado de lo habitual, examinándola fijamente.

—Dijo que agarrabas el balón con las manos. No sé mucho de deportes, pero...

—Soy portero.

—Acabáramos —resopló jugueteando con el nudillo entre los dedos de la otra mano para luego levantar la vista y enfrentarlo fijamente—. ¿Eres muy famoso? —la observaba fijamente, con una marcada tensión en la mandíbula— La Señora Wilkison dice que sales en la televisión, así que tienes que ser conocido.

Luca no contestó inmediatamente, sino que pareció sopesar las palabras que iba a pronunciar con mucho cuidado, como si no quisiera equivocarse al elegir las. Y eso la estaba poniendo de los nervios, porque lo que necesitaba en aquel momento era la verdad, fuera la que fuese. Se sostuvieron las miradas un par de segundos, antes de que el italiano se decidiese a contestar.

— Eso no es importante. No soy tan conocido. No salgo mucho en los medios. Y solo por

los partidos.

Por el modo en que torció la comisura de la boca hacia abajo supo que le había mentido. No sabía en qué, pero lo había hecho. No se conocían tanto, pero había aprendido a leer sus expresiones y, pese a su máscara de seriedad, podía ver más allá.

—Para mí sí que es importante —se incorporó lentamente, hasta quedar a un lado de la silla de madera tapizada, apoyándose en la mesa como si lo necesitara—. Así que creo que lo mejor será que lo dejemos aquí. Ya sé que esto ha sido solo una aventura, pero es mejor así.

—¿Me estás diciendo que te valía cuando creías que solo era empresario, pero ahora que sabes que soy futbolista ya no?

—Exacto.

Lo vio levantarse con una expresión dura en la cara, ajustándose la americana al cuerpo y toqueteando los botones centrales de una manera repetitiva. Levantó la cabeza para poder despedirse de él mirándolo a los ojos.

—Descartarme solamente porque sea futbolista suena demasiado clasista para alguien como tú, Macey.

—No es clasismo. Es una norma que tengo e intento no romper. No salgo con famosos —recordó fugazmente su última aventura y añadió con rapidez—. O con personas que lo quieran ser. Ya sé que no estamos saliendo, pero intento no intimar en absoluto. No quiero confusiones.

Dio un pequeño paso hacia él, tiró del bajo de su chaqueta gris hasta que le quedo enfrente para darle un ligero beso en la mejilla.

—Adiós, Luca. Ha sido un placer.

CAPITULO 6

Puso los ojos en blanco y se giró hasta quedar bocarriba, tumbada en la cama, contemplando el techo como si fuese algo interesante y así poder ignorar la expresión incrédula de Daryl.

—Eres la persona más pesada del universo. Te lo he contado tres veces ya.

—Pues entonces ya te lo sabrás de carrerilla. A por la cuarta.

—Ya te lo he dicho. Me lie con uno que conocí en Suecia mientras tú estabas con el tenista buenorro en nuestra habitación. Así que la culpa de todo, técnicamente, es tuya. Y el otro día entró por la galería con otro italiano, compraron unos cuadros y le invité a la copa que le debía.

—Y lo habéis estado haciendo como animales desde entonces.

—¡Deja de reducirlo solo a eso!

Se incorporó molesta porque se refiriera a su relación con Luca de una manera tan despectiva, como si careciera de importancia y se dirigió con paso rápido hacia la puerta para conseguir alejarse de Daryl unos minutos siquiera con la excusa de ir a por una bebida a la cocina. Sin embargo, la más baja la siguió y se sentó en una de los taburetes altos que había junto a la isla central, extendiéndole el vaso con la ceja muy alzada.

—¿En qué me he equivocado? Me lo has repetido un millón de veces desde que mandaste a paseo a Sven por pasarse de listo. No estás interesada en comenzar una relación ahora mismo.

—Es que no es un buen momento —flexionó un par de veces el tobillo hasta hacerlo crujir, queriendo acabar con la conversación cuanto antes—. Y tú misma lo has dicho. Nos enrollamos dos veces, que tampoco me gustaba tanto, y mira cómo salió de rana el tipo.

—¿Eso significa que este te gusta?

—Joder, Daryl, deja de hacerlo todo tan complicado —tamborileó los dedos sobre la isla y se volvió para darle la espalda.

—Lo primero, ignorarme a mí no va a solucionar tu cacao mental. Y mi chico no es tenista. Es futbolista. Y de los buenos.

—Pues este también. Aunque no creo que sea muy bueno —le vio abrir la boca entre sorprendida e indignada—. ¿Qué? Ya te he dicho que no es conocido. O no mucho. Los buenos son famosos, ¿no?

—No todos, pero entiendo a lo que te refieres. Aunque te recuerdo que no tienes los conocimientos suficientes como para decir eso. ¡Por favor! No reconocerías a Phil Foden ni aunque se te presentase y te dijese el nombre completo.

—¿Ese es tu chico? Te recuerdo que lo vi en...

—¡No! Es un futbolista del City que sale cada poco en los programas de cotilleos porque... Da igual. A lo mejor sí que es famoso.

—Y, a lo peor, solo busca serlo. No pienso arriesgarme, Daryl. Ya sabes lo que me ha pasado otras veces y no me apetece que me suceda dos veces seguidas.

—¡Ay, Macey! Estás siendo tonta perdida.

—¿Por evitar los viejos problemas de siempre?

—Es que te estás precipitando. Y creo que es porque te gusta. No tiene por qué ser interesado, sea famoso o no. Y, si no, ya me dirás qué haces aquí, conmigo.

—Eso es distinto —frunció el ceño por esa insinuación que las dos habían escuchado un ciento de veces y que sabían perfectamente que era falsa—. A ti te conozco de siempre, Daryl, desde antes de que mi madre se volviese a casar.

—No todo el mundo es igual, intentando usar a la gente. Ni siquiera se acercó él a ti, fue al revés. A veces hay que dar una oportunidad —soltó un sonoro suspiro, se levantó y la tomó por el codo para llevarla hasta el sofá—... Yo el año pasado también estaba así, odiando a los hombres y al amor. Y ahora, mírame.

—Ya sé que fui yo la que provocó que nos conociéramos, pero eso no quita que él se haya enterado y volviese...

—A darte orgasmos como puñados, por lo que contaste antes en mi habitación. Joder, Macey, es que te estás poniendo muy pesada. Queda con él con las manos quietecitas y dale la oportunidad de que se explique, al menos. Y si es un idiota, le das puerta. Y si merece la pena, te quedas con él. Ya está, que pareces una cría —levantó un dedo con gesto autoritario en el momento en que se lo iba a discutir y no lo bajó hasta que cerró la boca y asintió con la cabeza—. Además, dices que nadie lo ha reconocido, pero... ¿os ha visto alguien más que la vieja metiche esa?

—Pues la gente que había en la galería, los de recepción de los hoteles, ... y otros clientes también.

—Alguien normal, Mace. Ya sabes mi teoría sobre los pijos millonarios que frecuentan esos sitios elitistas. Los tres únicos deportes que conocen son el golf, el tenis y el polo.

—Pues Elton John tuvo un equipo de fútbol y es Sir.

—No me toques las narices, Bruun, que ahora es Sir cualquiera. Llámalo y deja de darme guerra que quiero quedar con Lew esta noche —se levantó con energía, tirando de su brazo para llevarla a su cuarto, donde habían pasado más de media noche hablando—. Por cierto, ¿cómo sabes eso de Elton John?

—Me lo contó él cuando sonó *I'm still standing* por el hilo musical —sintió que le subían los calores a las mejillas al recordar lo que había sucedido después y Daryl contuvo la risa a la vez que tiraba de ella con más fuerza.

—Lo que yo decía. Que estás tonta perdida por él. Te quiero fuera de mi piso antes de las tres.

Intentó fingir que estaba enfadada, pero escuchó las carcajadas a su espalda al adelantarse entrando en la habitación y, sin querer, se unió a sus risas.

—¿Sabes, Daryl? Eres la peor amiga que tengo.

—Y la única. Por eso nos llevamos tan bien —le contestó tirándole un beso con guasa.

Dejó que el agua templada corriese por su cabeza durante unos minutos, esperando que le ayudase a despejarse y se llevase consigo los pensamientos que volvían de manera recurrente a su mente. El resto de los compañeros del equipo sonaban animados tras una sufrida victoria y algunos de los más fiesteros cantaban y bailaban tanto en las duchas como en la zona de los vestuarios. Escuchó la voz desafinada de Jones pidiendo tres hurras por el gol de Andrade y cómo los demás muchachos lo secundaban, pero no se encontraba con ánimos para unirse y se había demorado bajo el grifo más de lo que solía.

—Estos tienen pinta de querer ir a celebrar.

Rob lo miraba apoyado contra la pared de la primera de las duchas y se volvió, simulando estar a punto de aclararse el cabello, para no tener que fingir una buena cara que no sentía.

—Hemos ganado. ¿Lo sabes? —sacudió la cabeza con energía— Si es por las molestias

del hombro deberías hablar con Tarryn, la nueva. A mí me está ayudando mucho con la rodilla.

—¿Con la mala o con la buena?

—Con la menos buena. En serio, Gianluca, deberías venir y socializar un rato. Últimamente estás un poco —cerró la boca cuando los duros ojos verdes se clavaron con fiereza en él—... ausente. Y eres el capitán.

—Y tú el segundo capitán y los dos sabemos que irás. Yo ejerzo en el campo, sabes que no disfruto de la farándula. Eso para quien le guste.

—Tampoco te haría daño pasar más rato con el resto del equipo —terminó con la ducha, buscando hacer lo mismo con el sermón paternalista de su compañero—. Quieren celebrar por Maty, por su debut, por la victoria y porque parece que las cosas empiezan a salir en el campo.

—Me lo pensaré.

Pasó por su lado con parsimonia y al llegar junto a Maty le pasó la toalla usada. El modo en que la recogió con una sonrisa, como si no le importase llevar varias semanas haciéndose cargo de esa tarea le trajo a la cabeza la imagen de Alana y, acto seguido, la de Macey.

Rodrigo Martínez había dado más contenido a las revistas del corazón en solo un año que el resto de la plantilla en cinco, y eso jamás había impedido que las mujeres hiciesen cola para estar junto a él. Incluso la pequeña Horan, que se veía mucho más frágil en comparación a otras, permanecía a su lado a pesar de los rumores y la insistencia de los medios en criticarlos a cada paso que daban. Y luego estaba Macey, que se había propuesto todo lo contrario.

Desde que se había iniciado en el fútbol profesional, había visto cómo la fama, el dinero o la mezcla de ambos factores conseguida por sus distintos compañeros actuaban como un reclamo poderoso, donde muchas personas se les acercaban para intentar ganarse su confianza y poder beneficiarse. Era algo habitual contra lo que debían prepararse y él lo había aprendido de la manera más cruel hacía ya tantos años.

Sin embargo, era la primera vez que veía que una chica se alejaba por ese preciso motivo. Y eso le había llevado a ocultarle quién era en realidad en el salón de té. No hacía falta ser muy avisado para darse cuenta de que enterarse de que era un deportista conocido que salía en los medios no le había hecho ninguna gracia. Y más tras darse cuenta de que hasta le había temblado el labio.

Aun así, había retrucado un ciento de cosas y se había marchado sin más. Y él la había dejado ir. Lo primero, porque se había sentido molesto porque no le diese ni una oportunidad de explicarse. Y lo segundo, porque su popularidad no iba a desaparecer de un día para otro y ella se veía muy determinada al exponer claramente que no salía con famosos.

Abrochó el pantalón chino de color beis y se dejó caer en el asiento realmente hastiado. Tenía que recordarse a sí mismo con frecuencia que él tampoco estaba interesado en salir con nadie, aunque la insistencia en que recordaba a aquella joven alocada parecía decir lo contrario. Y, además, sabía que Macey le había mentido o que, al menos, algo ocultaba porque había llamado al hotel de Malmö y los suecos le habían asegurado que no había habido otro huésped que se llamase Macey o de ningún Daryl, al recordar que habían ido por un tema de trabajo de aquel hombre.

Y no era solo eso. Más de una vez la había visto dudar a la hora de darle una respuesta que implicase algo personal y eso había encendido varias alarmas en su mente, ya que no sabía si era por falta de confianza o porque se tratase de una mentira. Desde que descubrió la traición de su primer amor, había sido muy suspicaz y desconfiaba y pronto se alejaba de cada mujer a la que descubría en una mentira.

Se estaba colocando los zapatos escuchando de fondo la animada conversación de Lewis

Osgood con dos de los chicos más jóvenes del banquillo cuando sintió vibrar el móvil en el bolsillo, pero terminó de atarse pacientemente los cordones. No se sentía de humor para atender alguna propuesta loca de Conti, que era la única persona que se le ocurría capaz de llamarlo a esas horas, y más sabiendo que era día de partido.

Agarró la cazadora de pana gris y estaba a punto de ponerla cuando el móvil volvió a sonar. Molesto, lo sacó del bolsillo para apagarlo sin más miramientos para no tener que escucharlo más, mínimo hasta que llegase a su casa. No fue así. Tuvo que parpadear dos veces antes de descolgar, para asegurarse de que no se estaba dejando llevar por sus fantasías tras tres días sin saber de ella.

—Hola, ¿quieres quedar? —no respondió y le pareció que la voz al otro lado vacilaba ligeramente al añadir— No te emociones tanto, es para hablar.

Se apresuró a salir del vestuario e ignoró deliberadamente a Osgood cuando le hizo una seña con la mano para que le esperase. Estaba seguro de que para avisarle de la quedada y no estaba dispuesto a perder ni un solo minuto de su tiempo para ver cómo fracasaba al intentar convencerlo de que acudiese. Antes no se sentía con ánimos, y ahora no pensaba perder la ocasión de estar con Macey para ir a una cena de tantas. En cuanto salió al pasillo, se apresuró a contestar.

—Claro, podemos quedar en un hotel que hay...

—Prefiero pasarte una dirección. Mejor que quede en privado. No quiero que nos vea nadie.

CAPÍTULO 7

En cuanto colgó, soltó todo el aire que no sabía que había estado conteniendo en los pulmones y le envió la localización al chat. Jugueteeó con el aparato en la mano para volver a desbloquearlo antes de mandar un nuevo mensaje. «Te he hecho caso y viene para aquí. Como acabe en tragedia te vuelvo a ocupar la casa. Por si acaso, compra donuts o vodka. Deséame suerte.»

Todavía no lo había guardado en el bolsillo cuando la respuesta de Daryl iluminó la pantalla, arrancándole una sonrisa. «¡Qué sí, pesada! Tú céntrate en enterarte quién es realmente, que no puedo con tanto drama».

El tono de llamada la sorprendió poco después y, al abrir la puerta, se encontró con los penetrantes ojos verdes de Luca observándola tan detenidamente que le costó abrir la boca para esbozar una sonrisa. Por fuera se veía como de costumbre, frío y distante, aunque con un atuendo más informal que el empleaba generalmente. Además del pelo húmedo pegado a ambos lados de las sienes y tuvo que agarrarse una mano con la otra para detener el impulso de arreglárselo. Sin embargo, en el momento en que le invitó a pasar, la manera en que le sonrió de medio lado tras rozarle el anverso de la mano, le confirmó que por dentro no se encontraba tan calmado como quería parecer.

—Pensé que tardarías más en llegar. ¿Quieres un té?

—Estaba cerca y tenía el coche conmigo —vio cómo echaba un vistazo en redondo al pequeño almacén con la boca apretada, como inspeccionándolo—. Pensaba que íbamos a quedar en tu casa, no en un trastero.

—Este es uno de los almacenes de la galería. Si prefieres ir a la sala principal, por allí —señaló una de las puertas del fondo— llegamos en un momento. Aunque lo elegí porque tenía salida directa al callejón. Y es más seguro.

—¿Más seguro que tu casa? ¿En qué barrio vives?

La expresión con la que lo preguntó le arrancó una sonrisa. Posó un par de dedos sobre su antebrazo y los retiró casi al instante, como si quemase.

—No es por eso, Luca —echó a andar hasta una silla de plástico de estilo retro que había en una esquina y movió la mano para que se le uniese—. Aquí no hay dormitorios.

—Pensaba que querías hablar.

—Por eso mismo. Intento eliminar todas las tentaciones. Quizá tú seas un santo, pero yo no.

El portero crispó los dedos contra la tela de su pantalón y estuvo a punto de reaccionar mal, hasta que recordó que Macey no tenía por qué saber que la prensa lo llamaba así. Se sentó en la silla contigua a la vez que negaba.

—Yo tampoco lo soy, *bella*, y lo sabes bien.

Le dirigió una mirada ardiente que le hizo subir los calores a las mejillas. Carraspeó un par de veces, buscando cambiar los ánimos antes de lanzarse a lo que les había traído allí sin lograrlo por entero. Se pasó un par de veces las manos por las rodillas, como para infundirse valor y soltó la pregunta de golpe.

—¿Eres famoso de verdad o no? —vio que los ojos le bailaban, como dudando y se apresuró a sonsacarle— Necesito que me digas la verdad, es importante para mí.

—Pensaba que tenías normas al respecto.

—Y las tengo. ¿Eres famoso o solo te conocen cuatro locos del fútbol?

—Yo no diría famoso, pero sí. Soy el portero titular de uno de los equipos de la Premier. También de la selección italiana. Y el capitán de ambas.

Hizo un mohín al escucharle y se apuró a recolocar bien la falda de tweed sobre sus muslos. Luca la miraba serio con los dos puños cerrados sobre su regazo, esperando, hasta que le sonó el teléfono y metió la mano en el bolsillo para quitarle el sonido sin comprobar quién lo llamaba.

—¿Y por qué lo dices de esa manera? Así no me queda claro.

—Si te refieres al otro día, no me esperaba la pregunta y te pusiste un poco nerviosa. Rumié que te agobiaba pensar que era famoso, así que preferí decirte media verdad y esperar unos días —se llevó una mano al pelo y echó parte del cabello hacia atrás—. Si te refieres a ahora, la respuesta breve es que sí. Los aficionados al fútbol de Reino Unido e Italia me conocen, y los de otros países de Europa seguramente también. Pero solo por lo que pasa en el campo.

Macey no pudo evitar que se le escapase una sonrisa, intuyendo lo que eso significaba. Y, en ese momento, vio los ojos del italiano brillar también.

—No llevo una vida pública, no salgo en revistas o programas de cotilleo, ni doy entrevistas. Para los medios, soy uno de los deportistas más aburridos de primera división y, en ocasiones, hasta me esquivan. Todos saben que no doy contenido y suelen ignorarme bastante.

Se puso en pie para aproximarse a ella, pero apenas lo hizo, volvió a sonar el teléfono. Con expresión de hartazgo, comprobó quién llamaba antes de volver a colgar y guardarlo.

—Por si te interesa, hace poco inauguramos un negocio...

—¿El que necesita arte a raudales, según tu amigo?

—Ese —puso los ojos en blanco, arrancándole una sonrisa—. Pues en la cobertura del evento ha salido mucho más un compañero del equipo y su pareja que yo o cualquiera de mis socios. Para que veas lo que les importo.

—¿Juegas con uno que se llama Foden? —lo vio negar con sorpresa— Me han dicho que sale mucho en los medios...

—No, *carina*, yo juego en el Brent y ese juega en el City.

—¿Y te gustaría serlo? ¿Salir en las portadas, en la tele y esas cosas? —en cuanto negó con seriedad, se puso de pie y tironeó por su cazadora de pana— Es que mi norma sobre la fama va en contra de eso, en concreto.

Los ojos del italiano brillaron llenos de deseo, con la vista fija puesta en sus labios y, sin darse cuenta se los humedeció. En el momento en que él posó su mano fuerte sobre la de ella, el teléfono volvió a sonar y le vio dejar caer los párpados con pesadez.

—Descuelga, puede ser importante —apretó los labios hasta reducirlos a una línea y, para aliviar el ambiente, bromeó—. Quizá no pare de llamar hasta que le atiendas.

—Lo mato —descolgó con cara de malas pulgas. Al otro lado se escuchó una voz masculina y el semblante del italiano no mejoró con ello. Le interrumpió con algo parecido a un grito —. ¡Joder, Osgood! Te juro que como me hayas fastidiado la reconciliación con mi chica por la tontería de la cena de las narices, empiezas la semana en la enfermería. ¡A los chupitos tampoco, pesado!

Incrédula, levantó la cabeza para cruzar la mirada con la suya y sin voz formó dos palabras con la boca con las cejas fruncidas, «¿tu chica?», en clara alusión a lo que él acababa de contestarle a alguien. El italiano movió la mano libre con despreocupación para después colocarla sobre su hombro y pegarla a su costado con ganas.

—Que sí, el lunes lo hablamos. Y no llames más.

Todavía no había colgado y ya la había puesto frente a sí para besarle la boca con ansia. Macey sintió una descarga en los labios que enseguida se propagó por todo su ser, alborotándola, como cada vez que aquel hombre la había besado. Y supo que no le quedaba otra que claudicar.

—¿Y eso que has dicho por el teléfono? —él se inclinó para volverla a besar, pero se echó hacia atrás con una sonrisa en la cara— Ni se te ocurra distraerme.

—No pienso decir nada más, *bella* —tomándola por la barbilla, le dio un beso rápido para luego estrecharla contra sí—, si no hay una cama cerca.

Macey se dejó apretujar durante unos instantes contra su torso, recorriendo la pana fina de la cazadora con la punta de los dedos. No se podía negar a sí misma que se sentía muy complacida con las palabras del futbolista. Sobre todo, con esas que le había dicho a la persona que lo había llamado y que le había dado la impresión de que no habían sido premeditadas, sino que se le había escapado. Otra vez más, el italiano distante y contenido había sacado su pasión, y en parte había sido por ella. Inspiró hondo para oler su colonia y su esencia antes de soltarse y darle en el antebrazo de manera graciosa.

—En Malmö dejé que me interrogases sin saber si habría cama o no, Luca. Ahora es tu turno —dudó un instante y se acomodó un mechón tras la oreja—. Además, no quería quedar para eso. Quería que conversásemos para ver si podíamos...

El italiano se agachó lo suficiente como para alcanzar los labios y se los rozó, dejándola con ganas de más para luego separarse con una sonrisa provocativa en la cara.

—Ya hemos hablado lo suficiente, Macey, y por mí está perfecto. No quieres que tu vida privada se exponga públicamente en los medios, y yo tampoco, así que eso no supone ningún tipo de problemas. Ya te lo he dicho, a la prensa no le interesa —la agarró por la cintura y tiró hacia él, hasta casi rozarse—, así que no te van a molestar.

—¿Estarías de acuerdo en seguir como hasta ahora? ¿Siendo algo privado entre nosotros dos?

—Por el momento —bajó la cabeza y le besó la coronilla—, pero no para siempre. Si nos va bien, tampoco tenemos por qué escondernos del resto del mundo. El pesado de antes me ha dicho que no me cree y que quiere conocerte. Por ejemplo.

Macey asintió, pero con expresión más seria antes de separarse e ir a por su abrigo y su bolso a una salita contigua, indicándole por dónde iban a salir. Tras unos momentos de silencio, el portero volvió a la carga.

—No tiene que ser ya, pero estaría bien hacer algo distinto que ir de habitación en habitación de hotel.

—No pensaba que eso fuese un problema —respondió con voz provocativa agarrándolo de la mano antes de pasar por el arco de seguridad—, porque parecía que te lo pasabas tan bien como yo.

Soltó un gruñido y la agarró por los hombros, pegándola contra sí, justo tras cruzar la salida, haciéndole saber la respuesta a su provocación y se mostró ufano ante el jadeo sorprendido de ella. La tomó de la barbilla con delicadeza antes de hablar, para asegurarse de que le prestaba atención.

—No intentes distraerme tú a mí ahora, Macey. Llevamos con esta aventura el tiempo suficiente como para poder dar algún paso más. Me parece perfecto seguir como estábamos en algunos aspectos, pero en otros creo que podemos dar algún pasito más. No hablo de ir a grandes eventos, de esos a los que solo acudo cuando estoy obligado —se detuvo un instante para recolocarle el cabello mientras asentía—. Me refiero a algo más íntimo. La mayoría de mis

compañeros agradecen la privacidad. Uno de ellos lleva varios meses en el ojo del huracán y a su nueva novia la están acribillando desde la tele. Entiendo que no quieras formar parte de ese contenido malsano, porque yo tampoco.

—¿Me estás soltando todo esto intentando convencerme para llevarme a esos chupitos que te ofrecían por teléfono?

Al hombre se le escapó una sonora carcajada mientras la llevaba por el codo hasta un vehículo que reflejaba fielmente la personalidad de su dueño. Alargado, clásico y sobrio, pero con pequeños toques que destilaban la fuerza que se escondía en el interior. Le abrió la puerta del acompañante y se dirigió a la suya antes de contestarle.

—No te llevaría ni loco a esa cena, preciosa. Lo primero, porque no se trata de un evento estrictamente privado —arrancó y de reojo vio su expresión curiosa—. Hoy hemos ganado. Además, ha jugado un compañero que llevaba tiempo en el banquillo, así que han organizado una cena en uno de nuestros restaurantes preferidos.

—«Hay que hacer equipo. No hay compañeros como los del fútbol —respondió ella con una voz engolada que parecía imitar a alguien a quien no reconoció—. Eso dice mi padre siempre, cada vez que se reúnen los del equipo de cuando eran adolescentes para contar batallitas.

—Algo así. Todos los compañeros han ido para celebrarlo y mostrarle su apoyo. Pero varios de ellos no lo hacen solo por el equipo, sino porque va a haber prensa. Unos quieren mostrar unidad de cara al público y otros quieren notoriedad.

—Tú no has ido. Y eso que me has dicho que eres el capitán.

—Seguro que la prensa no me ha echado en falta. Además, a última hora me surgió algo mucho más importante.

Satisfecha con la respuesta, intentó ocultar una sonrisa volviéndose hacia la ventanilla. El italiano conducía un vehículo de estilo continental y le chocaba que el volante estuviese a la izquierda y poder cruzar la vista con los conductores que venían de frente. Estaba a punto de preguntarle a dónde iban cuando le sonó un mensaje en el móvil y se acordó del que le había recibido una hora antes.

—Por cierto, mi amiga me ha dicho que lo mínimo es que debería saberme tu nombre entero, por si eres un rarito o algo así —ahogó una risita al recordar la expresión sorprendida de Daryl al descubrir que, en todo ese tiempo, no se había esforzado lo más mínimo en averiguar la identidad que aquel hombre que la volvía loca—. Ella es muy cotilla y siempre tiene que saberlo todo de los chicos con los que está.

La miró de soslayo y se apuró a detener el vehículo ante la salida de un garaje para mirarla con una expresión indescifrable.

—¿A qué te refieres ahora?

—A nuestra ficha, como en las citas rápidas, aunque aquí no tengamos formulario —extendió la mano con firmeza ante él—. Macey Ava Bruun, soltera, veintiséis. Marchante de arte desde hace dos años. Odio correr, pero me encanta bailar y el color rojo.

—Gianluca Galli, ya sabes de qué trabajo y todo lo demás, locuela. Y me gustas tú, pero odio tu manía por las citas rápidas.

—¡Bah! Pero si nos han sido muy útiles —exclamó arrancándole una sonrisa—. Y ahora deberías decirme a dónde me llevas, Luca.

—A tu hotel favorito, *bella*.

Un estremecimiento le recorrió la espina dorsal en señal de anticipación. La voz del portero había sonado ronca y cargada de deseo y ella se sentía de la misma manera. Apoyó una

mano en su rodilla y metió la otra en el bolso, dispuesta a fastidiar a su amiga. «Todo arreglado. Te debo una.» La respuesta curiosa de Daryl no tardó en llegar. «Quién es». Acarició el muslo del italiano arrastrando un dedo a lo largo de la pernera, percibiendo claramente cómo se tensaba a su paso. «No te lo digo ni muerta». Cuando había ascendido lo suficiente, Galli le agarró la mano y se la llevó de nuevo a la rodilla.

—Estate quietecita, que aún vamos a tener un accidente.

Entrecruzó los dedos con los suyos al ver a lo lejos la fachada del hotel y la pantalla del móvil se volvió a iluminar. «Oye, que sé cerrar la boca, guapa». Negó con un movimiento sutil de la cabeza, menos segura de las capacidades de contención de su amiga que aquella, y respondió con brevedad antes de abandonar el teléfono al fondo de su bolsito.

«Ya, pero así te será más fácil»

CAPÍTULO 8

Tras ese día, todo había vuelto a transcurrir como antes de esa breve separación, con numerosos y apasionados encuentros en solitario, aunque cada vez las conversaciones eran mayores, más frecuentes. Y a pesar de que no charlaban de temas excesivamente personales, algunos detalles se les iban escapando a ambos, ayudándoles a conocerse cada vez mejor. Y por eso Macey se había mantenido alerta durante las últimas semanas. Había visto al portero observándola fijamente en más de una ocasión, sin causa aparente, y le había dado la impresión de que estaba tramando algo.

Sin embargo, esa semana había estado demasiado ocupada con varios encargos de la galería y de algunos clientes privados que había conseguido gracias a los contactos de su familia, por lo que apenas había podido encontrarse con Luca más que en un par de ocasiones en las que casi ni habían hablado. En una, incluso, se quedó dormida en cuanto se tumbó en la cama y no fue consciente de ello hasta la mañana siguiente en que, al sonar su despertador, se dio cuenta de que todavía llevaba el abrigo puesto, mientras el futbolista dormía plácidamente a su lado, con la mano en su abdomen.

Quizá por eso mismo, por haber tenido tanto trabajo acumulado, no lo había visto venir. En medio de todas las encomiendas, había recibido una de un hotel de lujo en el centro de la ciudad de reciente apertura, en que requerían sus servicios para una posible redecoración de algunas de las zonas por las quejas de los clientes. Sabía que era un trabajo que había realizado una gran firma del Soho y le había sorprendido mucho que la hubiesen elegido a ella en específico de entre todo el personal de la galería.

Apenas preguntó en el mostrador de recepción, notó cómo la examinaban los dos empleados y algo le escamó, pero lo dejó pasar porque le entró una llamada. Se limitó a seguir a la mujer que la acompañó al ascensor para después guiarla hasta una sala en donde uno de los socios la atendería y le expondría los requerimientos del encargo.

No necesitó entrar para saber que dentro estaba el italiano que se había apoderado de su ser. Percibió su olor claramente nada más que la mujer abrió la puerta y echó una mano al cuello de su camisa, procurando parecer profesional. Era imposible que aquella recepcionista supiese lo que había pasado entre ellos dos, pero la reacción tras el mostrador le hacía sospechar en contrario.

Luca bajó el teléfono lentamente, hasta posarlo sobre la mesa de metal negra, con una ceja enarcada y sintió ganas de pegarle cuatro gritos y, a la vez, correr hasta sus brazos. Sin embargo, alzó los hombros y se dirigió a él de la manera más solemne que pudo hasta que la empleada los dejó a solas.

—¿Qué haces aquí? ¿Le has pedido a algún amigo tuyo que fingiese un encargo solo para verme fuera de hora?

—Hago lo mismo que tú, *carina*. Trabajar. Y pensé que podíamos aprovechar para estar juntos al mismo tiempo —se llevó el índice a la sien, señalándola con guasa varias veces—. ¡Qué idea, eh!

—¿Trabajar? ¿En un hotel? Vamos a ver —dio varios pasos rápidos hasta quedar a su lado—... ¿me estás diciendo que el negocio a medias al que se refería tu amigo el coleccionista

era el The Emerald?

—Conti fue muy agudo, ya le he agradecido la idea.

Se puso en pie, la agarró por la nuca y le besó los labios con apuro, hasta que ella le correspondió tironeándole de la solapa de la chaqueta. En un ejercicio de contención, Galli la empujó ligeramente por los hombros hasta separarla lo suficiente de él.

—Mejor dejamos eso para más tarde o no nos dará tiempo a hacer nada. En poco más de dos horas tengo entrenamiento.

Desconcertada, Macey apretó con las dos manos el asa de su maletín y lo siguió hasta el amplio pasillo, que estaba perfectamente decorado, al igual que los demás espacios que había visto hasta ese momento. Regresaron a la recepción, en donde Galli dejó las carpetillas y la Tablet que cargaba, dándole unas instrucciones en voz baja y serena a la misma mujer que le había llevado hasta él.

Recorrieron varios pasillos, cruzándose tanto con clientes como otros empleados, y se dio cuenta que varios de ellos los observaban con atención a lo lejos para, al llegar a su altura, disimular con escaso éxito.

—¿Me estás exhibiendo, Luca? —preguntó con recochineo, con una sonrisa impostada en la boca— Porque, por momentos, me lo está pareciendo.

—Puede —respondió observándola de soslayo—, aunque no se te ve muy afectada.

—La gente ya se está fijando en nosotros lo suficiente —se acomodó la gabardina con más ahínco del que le gustaría—. Montar un espectáculo no lo solucionaría.

—Mido dos metros, *bella* —hizo un mohín con los labios, apurando el paso—. La gente me ve, aunque no sepa quién soy. Es algo que me ocurre desde adolescente y no puedo evitar.

De repente, se paró en medio de un amplio pasillo y con un gesto exagerado de su mano derecha, señaló el gran tríptico que colgaba de una de las paredes y, tras poner cara de circunstancias, se giró para señalar la pared opuesta, que estaba desnuda, con una puerta casi invisible justo frente a ellos. Macey levantó la cabeza hacia el italiano con expresión incrédula, sin saber qué era lo que pretendía de ella.

Desde que lo había visto dentro de aquel salón, estaba más que convencida de que había hecho creer al director de la galería de que era un posible cliente. Y lograr que así los vieses juntos en público, como había insistido en más de una ocasión. Soltó el aire lentamente entre los dientes antes con la mirada perdida de nuevo en la pared de color gris claro, intentando ordenar sus pensamientos, ya que no quería volver a precipitarse al extraer conclusiones.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Lo miró y señaló el tríptico con la barbilla, a lo que él asintió. Le costaba creer que le hubiese hecho acudir allí para eso, pero se concentró en su tarea y examinó la obra de manera profesional antes de emitir una opinión.

—No es de mi tipo, pero encaja perfectamente con el resto del estilo del hotel. Y cumple con la intención del diseñador y para qué lo eligió.

—¿Y la pared vacía?

—Es a propósito, Luca. ¿Qué hay tras la puerta? Estoy segura que una aburrida sala de reuniones o algo semejante —el italiano asintió con una sonrisa—. Pues para eso han puesto esa gran obra ahí. Para que le impacte a la gente cuando salga de la reunión y se olviden de lo que ha pasado dentro, que se evadan de la tensión, aunque sea por unos segundos. Como si fuese una puerta de escape que te permite tomar aire. ¿Está ocupada?

—¿Qué?

—La sala, ¿está ocupada o podemos entrar?

Gianluca se apuró a acercarse para girar el pomo con resolución y ella lo empujó adentro con prisas, cerrando antes de darle las instrucciones precisas. Buscaba que lo observase como si fuese su primera vez frente a esa obra, para intentar emular el efecto que podía causar en quienes usasen la sala. Resultó obvia la señal de escepticismo del más alto, pero no protestó y al abrir se fijó en su rostro.

Galli cumplió lo que ella le había indicado y miró al frente con aire ausente, como si no supiese que delante iban a aparecer tres cuadros enormes que no le gustaban, pero se sorprendió. Lo que en ese momento apareció delante de él le recordó al mar en el que se bañaba de niño en el pueblo de sus abuelos, antes de tener que mudarse a Bolonia para progresar en el fútbol. La imagen que evocó solo duró unos segundos, pero le trajo recuerdos muy potentes en los que casi no había pensado en esos años. Parpadeó perplejo ante el cuadro para luego mirar de reojo a Macey, que se mantenía seria a su lado.

—La has visto de otra manera, ¿verdad? Pues si lo volvieses a hacer, las emociones que te evocaría la obra serían diferentes.

—¿Podemos repetir?

—¿Lo dices en serio? Pensaba que tenías poco tiempo...

—El que se ha quejado de este espacio es Conti. Si le tengo que decir que se queda como está, algo le debería poder contar a cambio.

—Muy bien —se giró hacia la puerta abierta con resignación—. Pues en esta ocasión intenta fijarte en la esquina inferior izquierda. Tiene unas...

No pudo acabar la frase, ya que Galli la besó y se adueñó de su boca entrando en ella como si quisiera devorarla, a la vez que la pegaba contra la pared de la sala. Sus manos se apretaron con fiereza en torno a su cintura y Macey no pudo hacer más que dejarse llevar a la vez que clavaba sus uñas en su cuello, sin aliento. Apenas fue consciente de cuándo se separaron hasta que sintió la mano de Galli agarrando la suya en medio del pasillo.

—Tenías razón, *carina*, el tríptico se queda en donde está.

A partir de ahí, se limitó a caminar a su vera por los pasillos y soltó la mano en el momento en que fue consciente de que todavía permanecían unidos. No prestó mucha atención de lo que pasaba a su alrededor, intentando comprender la marea de emociones que la dominaba por dentro. Lo vio conversar por el teléfono, pero no intentó atender a lo que decía, ya que le estaba costando acallar las voces de su cabeza. Para cuando se quiso dar cuenta estaba sentada en una preciosa terraza con un camarero preguntándole de manera circunspecta qué le ponía. En cuanto les trajo la consumición, la pregunta se escapó de sus labios a bocajarro.

—¿Te has hecho pasar por un cliente ante el director de la galería solo para asegurarte de que nos vean juntos en tu hotel?

—¿Qué quieres decir, Macey?

Atrapó el mechón de cabello castaño claro que había caído ante su rostro y lo echó tras la espalda con ganas, con la tensión creciendo en ella ante la sospecha de volver a ser utilizada por alguien que había comenzado a importarle más de lo que pretendía.

—No sé qué sabes del arte, pero es un mundo muy competido y no solo para los artistas. Soy la más joven de los marchantes que trabajan para esa galería y no tengo demasiados clientes privados. Recibir un encargo y volver con las manos vacías no es una buena señal. Habéis reinaugurado hace... ¿Cuánto? —preguntó con la barbilla alzada y la voz ligeramente estrangulada— ¿Dos o tres meses? Todo lo que he visto, luce perfectamente y tanto tú como tus socios sois plenamente conscientes.

—¿A dónde quieres ir a parar, *bella*? —el acento sonó más marcado que de costumbre.

—Tu amigo mencionó que el hotel no había arrancado tan bien como os esperabais. Aunque te dije que quería que fuésemos discretos, hoy me has paseado arriba y abajo ante quien nos quisiera ver. Y me pregunto si no será para eso.

—Tú tampoco eres Rishi Sunak, Macey —le dio un trago a su agua con gas, mirándola por encima del vaso con la ceja enarcada, arrugando su nariz aguileña—. Te dedicas al arte y te han visto examinando varias piezas. No creo que eso atraiga la atención de los medios. Ni de los clientes.

Abrió la boca un par de veces, queriendo discutirse, pero apretó los labios sin pronunciar una palabra. Pese a que seguían quedando a solas, él había bromeado en más de una ocasión que le gustaría tomar algo con ella en una cafetería con tranquilidad sin necesidad de tener que volar a Suecia de nuevo para tomar algo fuera de los muros de un hotel. Le sostuvo la mirada y asintió sin mucho convencimiento, ya que sabía que se estaba mostrando paranoica. Tenía razón, no era el presidente del país y, hasta el momento, él no había hecho nada que la alertara, así que se merecía esa confianza. Estaba a punto de darle la razón cuando se dio cuenta de que veía tras ella con una sonrisa ladeada en la cara.

—No llegas en el mejor momento. Y no le caen bien los famosos.

Giró la cabeza con premura y se encontró tras ella a un hombre alto, aunque no tanto como el portero, con cuerpo atlético luciendo un atuendo deportivo. Pasó rápido la vista por su cabello rubio oscuro, los ojos verdes y la piel blanca, para dirigir una mirada inquisitiva al italiano cuando algo le llamó la atención y le clavó la vista de nuevo con descaro mientras él se sentaba entre los dos con cierta sorpresa por su comportamiento. Pudo leer perfectamente en su rostro el momento exacto en que la reconoció por la manera en que se le abrieron los ojos.

—Después de asegurarme más de mil veces que conoces a ningún jugador de fútbol —la voz sonó entre bromista y molesta—, no irás a decirme que a este sí.

Por el rabillo del ojo pudo ver que el rubio le pedía de manera muy discreta que no respondiese a la pregunta, así que regresó la vista al portero sin mover ni un músculo. No hacía falta ni que se lo pidiese, rosmó para sus adentros, ya que aquel no era el mejor sitio para comentar en voz alta que lo conocía porque lo había visto en pelota picada.

—¿Sois compañeros de equipo o algo así?

—Más que algo así —soltó la manaza y le dio dos palmadas sonoras en el omóplato—. Jugamos juntos desde que nos lo mandaron a la Fiorentina. En aquel momento era un desastre y vestía muy mal —llamó a un camarero para que lo atendiese—. Es Lewis Osgood, todo un personaje y uno de los pocos amigos que tengo en el fútbol. Y estaba empeñado en conocerte.

Por debajo de la mesa se retorció los dedos con fuerza manteniendo una sonrisa impostada en la cara. Asintió casi en automático a las anécdotas que el mayor contaba de sus experiencias juntos en Italia, sin poder evitar mirar de reojo al hombre que tenía al lado. Cuando habían pasado varios minutos, el otro futbolista pareció sentirse más cómodo y también se unió al intercambio de recuerdos. En cuanto pudo, agarró el móvil con disimulo y le envió un mensajito a su amiga. «Mayday, mayday. Mi buenorro acaba de presentarme al tuyo. Juegan juntos Trae vodka o nos vamos a un spa, pero que sea hoy. Y una estampita de la suerte tampoco iría mal.»

CAPÍTULO 9

Tirada sobre la cama, sintiendo que el mundo le daba vueltas, sacó decidida un pie de debajo de la sábana para enclavarlo en el suelo, como si así la habitación fuese a dejar de girar y se dijo a sí misma que aquel mensaje a su amiga no había sido buena idea. Especialmente cuando Daryl se había tomado como un reto personal que no quisiese decirle el nombre del futbolista que la tenía en ese estado. Aunque tenía lagunas de los últimos momentos, recordaba perfectamente cómo había comenzado todo.

La había recogido en un taxi en la puerta de su apartamento poco después de que se despidiese de los dos jugadores. La había llevado a un hotel que ya había frecuentado un par de veces con el italiano, así que enseguida se le escapó una risita tonta al ver la fachada que su amiga interpretó correctamente.

—¿Aquí también? Otras, Macey —le golpeó en la rodilla sin muchos miramientos y bajó la voz para añadir—... Me gustaría saber cuántos hoteles de más de tres estrellas os quedan por mancillar en todo Londres.

—Y mí también... Anda, paga —soltó una risotada al ver su protesta callada—. No te quejes tanto, que las dos sabemos que se te lo va a pagar la empresa.

Las dos salieron entre risas del vehículo y se detuvieron a unos pasos del mostrador de entrada. Un hombre con aspecto aburrido no les quitaba el ojo de encima y Daryl le dio la espalda antes de preguntarle en bajito.

—¿Empezamos por el spa o por el vodka?

—La última vez que empezamos por el vodka casi nos echan de un Hilton —respondió intentando imponerse, pero la otra se tapó la boca para contener otra carcajada—. Ríete, sí, que buena la armaste. Así que, esta vez, te toca comportarte.

—Deja de fingir que eres una snob aburrida, guapa, que lo vamos a pagar a medias. Como siempre.

Daryl se adelantó, dispuesta a conseguir la primera sesión disponible de spa para las dos amigas en ese lujoso hotel y no dudó en llamarla para que corroborase ante aquel empleado tan serio que sí tenían intenciones de hospedarse allí, siempre que el tratamiento fuese el adecuado. Así que ella se limitó a asentir con seriedad, simulando creer cada una de las palabras de su amiga.

La idea de «spa y vodka» había surgido cuando todavía estaban en la universidad y Daryl descubrió al que por entonces era su novio con otra chica. No llevaban mucho juntos pero su amiga estaba muy enamorada y encajó fatal el golpe. Desesperada, a Macey no se le ocurrió otra cosa que probar un tratamiento de relajación para intentar calmar a la otra, que estaba borracha como una cuba después de tres días de lamentaciones. Fue la primera vez que las echaron de un centro de masajes, pero no la única. Y en todas y cada una de las ocasiones, la protagonista había sido la más deslenguada de las dos.

Lo que resultaba mucho menos frecuente, era que la más alta fuese quien propusiese una de esas quedadas. Sentadas frente a la barra del bar, Macey jugueteaba nerviosa con la base de su bebida, intentando ignorar las constantes preguntas de la otra.

—Si no me vas a querer contar nada —exclamó en un tono más elevado de lo indicado para un lugar refinado como aquel—, ya me dirás para qué has convocado un «spa y vodka».

—Sabes perfectamente cuál es el protocolo —le chistó, procurando que llamase menos la atención, ya que varias señoras las observaban con la nariz arrugada desde sus mesas—. Todavía no hemos tenido sesión relajante y esto es un té con hielo. No creo que haya que explicarlo más.

—Bueno, pues piensa en lo relajadita que saldrás de las manos de un buen masajista si ya te has desahogado previamente conmigo —al ver que apretaba ligeramente los labios, siguió—. Si no me haces caso y luego no te funciona, no te quejes. La que tiene experiencia en esto soy yo, que soy quien las pide siempre.

—Quizá me he precipitado al invocarte. En realidad, no ha sucedido nada. No hemos roto ni nada por el estilo —pensativa, dio un largo sorbo a la vez que enredaba un dedo en un mechón de su cabello—... aunque tampoco estamos saliendo, claro. Es solo que estaba allí, en aquella cafetería, medio cabreada pensando que me estaba intentando usar para atraer más clientes y el chasco tan gordo que me iba a llevar si era así —vio cómo Daryl elevaba ambas cejas y supo que había hablado de más—... en fin, que de repente ha aparecido el tuyo tan campante y me he agobiado. Nada más.

—A mí lo que me sorprende es que lo hayas reconocido, porque la última vez no estaba muy presentable —le hizo una seña al camarero para que se aproximase y le pidió tres chupitos —... Te propongo una cosa. ¿Y si hacemos una previa, como en el fútbol? Tres preguntas. Si acierto, bebas. Y si fallo, soplo yo.

Echó un vistazo rápido a su reloj de pulsera para comprobar que todavía quedaba media hora para el servicio que habían contratado y supo que la otra no se iba a rendir. Así que hinchó los carrillos, se terminó de un trago su té frío y asintió sin ganas, sabiendo que llevaba las de perder.

—Hay otra cosa que quiero que sepas antes de empezar. Si no me dices el nombre, se lo preguntaré a Lew y estoy seguro de que él no se va a resistir tanto. Tú decides.

—Primero esto, luego ya veremos.

—Te gustan altos, así que no voy a usar eso para obligarte a beber un chupito, porque eso es casi de dominio público. También que sean educados y elegantes, aunque eso se te olvidó cuando hiciste el tonto con ese músico de pacotilla —levantó un dedo para dar énfasis a lo que iba a añadir—. Y que sean discretos y no busquen fama a toda costa, que siempre estás paranoica con eso.

—No es paranoia cuando es verdad.

Hizo un movimiento amplio con la mano, como espantando esa última frase para después pasar de ella. La vio pasear la vista por las paredes beige de la cafetería y detenerse durante menos de un segundo en la amplia cristalera frontal por la que se veía el London Eye desde el otro lado del río, golpeándose el labio inferior de manera rítmica hasta que clavó de nuevo la vista en ella, con sus ojos azules brillando como cada vez que anunciaban problemas.

Daryl levantó la mano y extendió tres dedos, como si fuese a enumerar cada una de las tres preguntas pactadas. Con la mano contraria se iba apretando la punta de cada uno de los dedos al tiempo que hablaba.

—Gianluca Galli Di Livio.

Incrédula, levantó la vista hacia su rostro, de nuevo a su mano y por último a los tres chupitos que había empujado ante ella sin que se diera cuenta.

—Sabes que soy toda una profesional y te conozco bien —encendió la pantalla del smartphone para comprobar la hora—. Date prisa bebiendo que perdemos la vez.

Todavía sorprendida por la acertada conclusión de su amiga, echó la mano al primero de los chupitos, se tapó la nariz con la otra mano para beberlo de trago, al igual que hizo con los

demás vasitos que le fue pasando. En cuanto se levantó de golpe tuvo que echar mano a la barra para mantener el equilibrio mientras se le escapaba una risilla tonta, pero Daryl ya se dirigía al pasillo y tuvo que apurarse.

Entraron juntas en un vestidor de color gris oscuro y comenzaron a desvestirse a la vez, mientras que Macey no podía dejar de reír, tapándose la boca con la mano.

—Se me había olvidado lo graciosa que eres cuando bebes. Venga, ya te ayudo yo que no nos van a dar ni la mitad del tratamiento.

Junto a las camillas les esperaban una mujer muy menuda y un hombre de aspecto atlético, que las observaba con un brillo de diversión en la mirada. Al recibir un codazo de su amiga, se apresuró a aproximarse a la camilla para tumbarse boca abajo. Daryl había contratado una experiencia polinesia, que incluía masaje corporal y tratamiento facial, pero a Macey le estaba costando disfrutarlo porque estaba convencida de que el motivo por el que el joven estaba siendo excesivamente amable era que había reconocido a su amiga.

En el momento en que las manos de la mujer comenzaron a hacer presión en los lugares adecuados de su espalda, se preguntó si Daryl no tendría razón al señalarla como paranoica y se limitó a disfrutar. Poco después pasaron a una sala cercana vestidas con un albornoz del hotel y se sentaron en una mesita cercana a una piscina interior. Antes de que pudiera decir una sola palabra, el camarero ya había dejado frente a ellas un combinado y Daryl alzó una ceja de manera admonitoria.

—Nada de quejas. Se llama «spa y vodka» por algo. ¿Me vas a decir de una vez para qué querías quedar hoy?

—Creo que ya lo he hecho. Pensaba que era yo la que estaba bebiendo.

—Te lo he dicho como un millón de veces. Piensas demasiado —echó la mano a una de las copas y señaló la otra con la barbilla—. Te conozco mejor que tu madre. Me has llamado porque te has asustado y no sabes qué hacer.

—No digas tonterías. Me agobié un poquito y ya está —molesta, dio un par de sorbitos y descubrió que sabía dulce y afrutado—. Ahora parece que para llamar a una amiga hay que pasar un examen.

—Muy bien —levanto los hombros con indiferencia y se ajustó el cinturón del albornoz—, pero así no vas a sacar nada en limpio. Y como sí soy tu amiga, te lo voy a decir muy claro antes de que acabes como una cuba. Deberías hablar con él y sincerarte por completo. Contarle todo y sin secretos. Seguro que no es tan terrible como crees.

—¿Eso es lo que has hecho tú? ¿Cuántos de tu trabajo saben que estás con Lew?

—Los dos sabíamos quiénes éramos perfectamente cuando nos liamos por primera vez, Macey —bajó la voz y se inclinó sobre la mesa hasta estar lo suficientemente próxima a ella—. Y no estás siendo justa con lo segundo, porque sabes de sobra que nunca comparto mi vida privada con nadie del trabajo porque son todos unos crápulas sin moral que no dudarían en usarlo en cuanto tuvieran ocasión.

Abrió la boca, pero la otra la acalló con un movimiento rápido de su índice. Se había adelantado incluso a lo que le iba a responder porque las dos se sabían parte de esa conversación de memoria.

—No es lo mismo. No tiene nada que ver. Si de verdad te gusta, sé sincera con él y explícale tus miedos, porque estoy segura de que el italiano debe tener unos parecidos.

La miró con desconfianza por encima del vaso, limitándose a beber para no tener que darle la razón a Daryl. La otra parpadeó un par de veces seguidas, sorprendida, antes de extender el brazo y tomarle la otra mano sobre la mesa.

—Cariño, sé que sois muy activos, pero ¿no habéis tenido ni un momento para hablar de vuestro pasado? ¿O para hacer una búsqueda rápida en Google?

—Me he enterado de su segundo apellido por ti. Y sí que hablamos, pero de otras cosas.

—Pues sería importante que supieras algo sobre tu chico. Tiene fama de desconfiado y alerta con la mayoría de la gente, sobre todo de fuera de su profesión, y no da entrevistas ni practica vida social pública fuera de los actos obligatorios por contrato.

—Eso ya lo sé, lista.

—Lo que no sabes es por qué. Antes de jugar en Inglaterra, hace ocho o diez años, estuvo prometido con una joven de su ciudad a la que conocía desde el instituto y a la prensa italiana le encantaba. Era una pareja de ensueño. Pero como dos o tres semanas antes de la boda se descubrió que no era todo tan perfecto. La chica lo engañaba con otro del equipo.

—¡Pobre! —dejó caer la copa sobre la mesita sin importarle que se derramase parte del contenido y sintiendo cómo el alcohol le iba embotando los sentidos.

—Dicen que tenía una historia con un suplente desde hacía meses. Al menos, eso es lo que me llegó, porque Lew no quiere soltar prenda —hizo una mueca de desaprobación—. Y eso que estaba allí. Total, que desde entonces no se fía de nadie y desconfía por sistema de cada mujer que se le acerca. No tiene líos, ni novias ni aventuras y toda la prensa se refiere a él como «Il Santo» a modo de burla.

Notó que se le nublaba ligeramente la vista, pero terminó la bebida y se agarró como pudo a los bordes de la silla para decir en un tono poco adecuado, provocando que la otra se tapase la boca para no ofenderla con su risa.

—Tú dirás lo que quieras, Daryl, pero yo aquí te dejo una exclusiva. El tío con el que me lie en Malmö no llevaba diez años guardando luto y viviendo como un monje cisterciense. Te lo digo yo porque me hizo de todo y es que me pongo medio tonta de solo pensar en eso.

Daryl se tragó una carcajada a la vez que se levantaba y la agarraba de la mano, para ayudarla a incorporarse.

—Anda, vamos a vestarnos antes de salir a la terraza, que te vendrá bien el aire.

—Te vendrá bien a ti, guapa.

—Nos vendrá bien a las dos, pero a ti más que ya arrastras las eses.

A partir de ahí, todo se reproducía de una manera mucho más borrosa e incoherente. Recordaba las risas, abrazada a su amiga en una mesa lateral de la terraza, de espaldas al resto de los presentes, así como dos o tres discusiones con Daryl por querer convertir la exclusiva terraza de un hotel de lujo en la de un garito cualquiera, intentado invitar al resto de la gente a una ronda y que no logró porque su amiga no la dejó, y una que otra llorera sin importancia.

No bebía casi nunca, ni siquiera en esas grandes exposiciones en las que tanto vendedores como compradores de las obras de arte les ofrecían champañas y vinos carísimos, en donde se limitaba a aceptar la copa y humedecer los labios con una sonrisa. Pese a las bromas que hacía constantemente y su actitud desenfadada ante los demás, lo cierto era que odiaba perder el control de lo que la rodeaba, y el alcohol provocaba exactamente eso. Sin embargo, un par de horas con su amiga y se había olvidado de todo.

Movió la sábana, bajó los párpados y se pasó las yemas de los dedos por encima, aplicando presión en el puente cuando una nueva imagen apareció clara ante sus ojos. Había estado con un hombre. Recordaba la excitación, la pasión y unos besos a oscuras abrazada a él. Apretó los párpados con fuerza como para hacer desaparecer ese recuerdo y contuvo la respiración durante unos segundos, así como las ganas de gritar o de matar a alguien. Por eso no bebía. Porque hacía estupideces, se lamentó para sus adentros, y en ese momento acababa de

hacer una gordísima.

Soltó el puño contra el colchón, golpeándolo con toda la rabia que sentía dentro de sí misma por haber hecho algo que ni siquiera podía recordar bien, pero que iba a pagar caro.

—Te juro que de esta te mato y esparzo los pedacitos por el Támesis, guapa.

—Las amenazas después del desayuno, *bella* —una mano firme la agarró por el abdomen y la pegó contra él—, que es muy tarde y entrenamos temprano. Y desde ya te digo que mañana no me vale lo de «no me acuerdo de nada» porque te tengo grabada.

Pocas horas después la sobresaltó el ruido de la alarma de Gianluca y se levantó de la cama con apuro, intentando obviar que la observaba sin perderse un detalle con un brillo descarado en la mirada que la puso de los nervios. Aun así, intentó actuar con toda la normalidad posible y sin dejarse en evidencia.

—Voy a pedir que nos suban el desayuno a la habitación, que ya voy justo de tiempo.

—Creí que no íbamos a pasar otra noche en un hotel hasta que durmiese en tu piso. Dijiste que te habías cansado de pagar a tus rivales...

—No lo he pagado yo, Macey. Quizá debas echar un vistazo a tu cuenta corriente... O a la de tu amiga.

Apoyando el codo sobre la almohada, bajó el teléfono y se giró hacia ella para responder con una ceja enarcada. Vio en su cara que le estaba costando contener la risa y sintió que le subían los calores a las mejillas debido a la vergüenza. Recogió un par de prendas del suelo que dejó sobre una silla cercana y entró corriendo en el baño. Necesitaba darse una ducha que la refrescase por dentro y por fuera antes de enfrentarse a ese hombre.

Se desnudó a toda prisa todavía un poco atontada, con los sentidos embotados, aunque poco a poco los recuerdos se iban aclarando. Apenas entró en la ducha cuando la cabeza de Galli asomó por la puerta entreabierta.

—¿Estás bien? Puedo pedir que te suban una sopa —la vio negar y darle la espalda— o nada.

—Me da corte.

—¿En serio? No es la primera vez que te veo en la ducha.

—No hablaba de —levantó la cabeza, dejando que el agua le cayese directamente por la frente y cerró los ojos antes de hablar—... Me refiero a lo de ayer. No me acuerdo bien de todo. Ni si quiera sé cómo o cuándo viniste aquí...

—Tu amiga me llamó por tu teléfono, por si podía venir —entró hasta el centro del baño con la vista clavada en ella a través de la mampara de cristal—. Me dijo que se tenía que ir y que no estabas en condiciones para llegar a casa. Eres muy divertida cuando bebes.

—Ya —bufó molesta, dándole la espalda para agarrar el gel—. Por eso no lo hago nunca.

Antes de girarse, la puerta se abrió y el portero invadió por completo su espacio tras ella. Se quedó inmóvil, con una mano sobre el dispensador, y él se apuró a tomarla y besársela por el interior de la muñeca para luego pegar su espalda contra su pecho.

—Igual me he expresado mal. Anoche no pasó nada entre nosotros, *carina* —carraspeó un par de veces y la volvió, deteniéndose muy cerca de su boca—. Bueno, unos cuantos besos, pero nada más.

Macey levantó la vista, observándolo con los ojos entrecerrados y pasó con detenimiento el índice por un araño que bajaba desde su cuello hasta la base del pecho.

—¿Seguro? Porque la última vez que te vi desnudo, esto no estaba aquí.

—He dicho que no pasó nada, no que no lo intentarás.

Mortificada, se tapó los ojos con ambas manos antes de dejarse caer sobre su torso y a

cambio él soltó una carcajada para luego pasar ambos brazos por su espalda.

—Anda, ven aquí, que en cinco minutos nos suben el desayuno. ¿O hay algo más que quieras confesar?

—Creo que ayer pillé al masajista con una clienta. Él tenía mucha pinta de salido ya cuando nos dieron el masaje —se separó ligeramente, hablando con la boca pequeña—. Lo digo por si mencionan algo cuando nos vayamos.

—Esto es un hotel de cinco estrellas, Macey, no creo que saquen a relucir ese tipo de indiscreciones... Y menos en público.

—No, claro. Eso si acaso se lo dirán a él, porque a la rubia estirada no creo que le vayan a decir nada —se echó gel en la mano y empezó a enjabonarse—. Pero puede que mencionen que vomité en un cambiador del Spa. Fue un fallito, le puede pasar a cualquiera. Me equivoqué de puerta buscando el baño y... Eso puede que lo mencionen, igual quieren cobrar un extra por gastos de limpieza.

—Seguro que sí, que nos dicen algo —salió de la ducha, tomó un albornoz, le tendió la mano y en cuanto estuvo fuera se lo puso sobre los hombros—. Menos mal que pedí un desayuno fuerte, porque estos desvaríos tienen que ser por la debilidad.

Los golpes en la puerta de la habitación parecieron sincronizarse con la salida del baño y dispusieron la comida en una pequeña mesa de madera que había junto a la ventana. Galli fue más rápido comiendo. Ella todavía estaba untando la mermelada cuando él, a medio vestir, se volvió con una sonrisa felina en la cara.

—Te he mandado el vídeo para que no digas que me lo invento, pero el resumen es que ayer me prometiste que vendrías conmigo al próximo evento privado que surja con los del Brent.

—Seguro —le dio un mordisco a la tostada con descaro—. Soy buena negociadora, así que no me creo que haya aceptado tan a la ligera ni estando un poquito bebida.

—A cambio me has sacado tres días en un yate por las islas griegas. Tan mal no se te ha dado.

—¡Pero si no he subido en un barco en mi vida! Es imposible que haya aceptado algo así.

—Termina el desayuno, que nos vamos a mi piso. Allí si quieres te pones el vídeo con calma.

CAPÍTULO 10

Sentado frente a la televisión Gianluca volvía a revisar en la pantalla de la Tablet el vídeo que su preparador le había pasado hacía menos de una semana, cuando escuchó el ruido en la puerta y levantó la cabeza. A pesar de que en las últimas dos semanas Macey había pasado prácticamente todo el tiempo libre en su piso, todavía no se acostumbraba al efecto que le provocaba. Entró y se detuvo en el recibidor con una sonrisa, girando en redondo invitándolo a que contemplara su aspecto. Iba vestida con un mono azul marino con pequeños lunares blancos de tela de media manga, cuñas de color castaño y un cinturón a juego que lucía con su elegancia natural.

—¿Lo ves bien para un cumpleaños infantil o se nota que acabo de salir del trabajo?

—Vas perfecta, *bella*.

—Eso espero, porque no tengo ni idea de cómo hay que ir a ese tipo de eventos —pronunció la última palabra con excesivo énfasis mientras iba a su encuentro y se dejaba caer a su lado con pesadez—. ¿Seguro que tenemos que ir? Porque a mí se me ocurren planes mejores sin salir de este sofá, como repetir lo de anoche...

—Macey —se inclinó ligeramente para darle un beso en los labios antes de ponerse de pie para evitar la tentación de su lado—... Yo he cumplido mi parte enseñándote a las islas del Egeo.

La marchante arrugó la nariz de manera graciosa mostrando escepticismo. La expresión dura del portero en respuesta hizo que se detuviese un instante, pero aun así levantó el brazo para negar con contundencia.

—¿Enseñar? No pisé ni una isla en tres días, Luca.

El futbolista enarcó una ceja de manera acusatoria y ella tuvo la decencia de sonrojarse. Aunque su afirmación era cierta, puesto que se habían pasado toda la escapada dentro del yate incapaces de sacarse las manos de encima, ambos sabían que había sido ella la primera en descartar la idea de atracar en alguna de las islas para hacer un poco de turismo. Y, aun así, Macey no había dudado en afirmar más de una vez que habían sido las mejores vacaciones de su vida. Carraspeó cuando un recuerdo muy vívido de los dos en la cubierta vino a su mente y extendió el brazo para ayudarla a levantarse del sofá.

—Según tú, el trato no incluía que las pisases —le besó ligeramente los labios y la tomó de la cintura, llevándola consigo para agarrar su chaqueta y salir del apartamento— Y a estas alturas, eso ya da igual. Hay alguien que te quiere conocer y como vaya y no estés...

—¿Quién?

—Una amiga.

Macey le dirigió un par de miradas inquisitivas con la frente arrugada y tras unos minutos en silencio, su voz sonó hueca.

—Pensaba que no le íbamos a dar importancia a — hizo un gesto ampuloso con la mano, la notó tensarse a su lado y le acarició el antebrazo desnudo antes de abrirle la puerta del taxi— ... esto. ¿Es la madre del crío? ¿Tuviste que decírselo por si era alérgica o algo así? —le vio negar con una sonrisa e impaciente le dio un manotazo en su firme muslo y resopló de manera audible— ¿Entonces para qué dices nada?

Galli apretó los labios, intentando no soltar una risotada ante la expresión compungida de

su acompañante, que durante un momento pareció que se iba a deshinchar y dudó sobre qué responder, porque no lo había pensado tanto. Hasta el día anterior, no había tenido intención de comentar con nadie que iba a acudir acompañado al cumpleaños del pequeño de Burton. Especialmente porque no las tenía todas consigo, ya que se temía cualquier artimaña por parte de la castaña para no tener que asistir. Y también porque a su compañero y anfitrión no se le había ocurrido preguntar si iría acompañado, ya que nunca lo hacía. Sin embargo, le había parecido que era necesario decirlo para ayudar a una amiga.

La mañana anterior, tras aparcar el vehículo en su plaza habitual en el campo, se entretuvo un momento con el teléfono. Desde hacía unos días no podía evitar echar un vistazo a una de las fotografías que le había tomado a Macey en su escapada de las vacaciones de Pascua. Su chica salía con los ojos cerrados, el pelo alborotado cayendo desordenado por el lado izquierdo del rostro, la boca abierta y una mano cerrada en torno a la sábana, completamente dormida. La expresión que tenía era adorable, y le había costado resistirse a usarla como fondo de pantalla. Bloqueó el iPhone y al salir del vehículo vio a Maty conversando por el teléfono con un gesto crispado que le llamó la atención y se detuvo a esperarlo de camino al entrenamiento.

—¿Va todo bien? —el otro torció la boca y levantó los hombros ligeramente, metiendo las manos en los bolsillos, dudando si responder o no— Hablabas con Alana, ¿no?

—Se siente agobiada con la prensa, le cuesta salir de casa y justo esta mañana ha tenido un encontronazo —levantó la mano para saludar a otro de los compañeros y se detuvo en seco, para que no los escuchasen—... Estaba decidida a venir al cumple del crío de Burton y ahora ya no está tan segura.

—¿Tu chica sigue siendo tan cotilla como siempre?

—¡Oye! —le soltó un manotazo que desestabilizó al más alto, sin borrarle la sonrisa— No te pases ni un pelo.

—Anda, saca el móvil, que te voy a hacer un favor. Y no me paso nada, tú mismo nos contaste que veía esos programas casposos de la tele.

Desde su teléfono envió un mensaje al del centrocampista, que este después reenvió a la actriz con la vista puesta en el portero. Gali se limitó a hacer un movimiento con la cabeza para encaminarse a la entrada. Todavía era temprano, pero odiaba ser el último en entrar en los vestuarios. Caminaron juntos en silencio hasta que, al alcanzar la puerta, el más bajo abrió la boca para añadir algo cuando una imagen de Alana apareció en la pantalla y se apresuró a contestar.

—¿Cómo que quién es? No tengo ni idea de lo que me hablas —miró de reojo para su capitán y chistó en voz más baja, sin sacarle al otro la vista de encima—. Me lo acaba de pasar él, preciosa.

Maty le dio la espalda un momento y a Galli se le escapó una risotada mientras se acercaba a abrir la puerta.

—Pues porque lo tengo al lado, preciosa... ¡Claro que me está escuchando, Alana! Y se está partiendo de risa a mi costa —se volvió y le tendió el teléfono con suspicacia—. Dice que quiere hablar contigo.

Sabiendo lo que la mujer le iba a preguntar, no le dejó pronunciar palabra. En cuanto activó el altavoz para que Martínez estuviese al tanto de todo, le soltó su frase directamente, procurando aguantándose la risa.

—Si quieres descubrirlo, ven mañana a la fiesta.

—¿Fiesta? —la voz sonó crispada al otro lado de la línea— Maty me dijo que era un cumpleaños infantil...

—Porque lo es —respondió su novio.

—Me ha costado mucho convencerla de que venga a la fiesta —el más bajo volteó la cabeza hacia él con rapidez, como activado por un resorte—. Si no vienes, no sé cuándo podréis coincidir.

—¿En el palco...?

Se le escapó una risotada al imaginarse a Macey junto al resto de las mujeres de sus compañeros viendo un partido de fútbol.

—De eso ya, si quieres, te encargas de convencerla tú. A ver si puedes, porque no le gustan los famosos ni los deportistas, ni los cotilleos ni arriesgarse a aparecer en actos que pueda cubrir la prensa.

—Y entonces, ¿qué hace contigo?

—Soy alto. Y si quieres saber más, ven mañana.

Colgó el teléfono sin esperar por su respuesta antes de regresárselo a su compañero de equipo, que lo observaba incrédulo, con un brillo de curiosidad en la mirada. Maty era una de las personas más despreocupadas que había conocido hasta entonces, pero supo que tenía preguntas a las que no pensaba responder.

—Si te interesa saber más, puedes ver el vídeo —le dio una palmada en el hombro, deseando entrar en el vestuario de una vez—. Pero preferiría que lo hicieses aquí fuera y no delante del resto. Ya sabes que no me gusta ese tipo de atención.

Le sorprendió la velocidad a la que le dio a reproducir, puesto que todavía no se había dado la vuelta para marcharse cuando ya escuchó la voz y el otro lo agarró por el codo, obligándole a quedarse.

«Y para cerrar los cotilleos fresquitos del día, en salseos que nadie se espera, hoy os traigo estas fotografías que me ha pasado una de nuestras chismositas a través de mi Instagram. Son un par de capturas de no muy buena calidad, como veis, pero según me ha asegurado nuestra seguidora, no pudo hacer mucho más. Si sabéis algo de fútbol, no necesitaréis mucha explicación, pero para las que no ya os hago yo la ficha completa.

El morenazo tan alto y tan tremendo es Gianluca Galli, portero titular del Brent y un partidazo que llevaba incomprensiblemente años soltero. La de tiempo que llevo yo diciendo que es un desperdicio que este chico estuviese solo y que, si hacía falta, le pasasen mi número, aunque fuera... Lo que no os puedo resolver es quién es ella.

Entre que las imágenes están un poco borrosas y que sale prácticamente de espaldas, por ahora no es nada sencillo saber de quién se trata. Pero por la manera en que le echa los brazos a los hombros y él la agarra... está claro que solo amigos no son. Y vosotras, ¿qué decís? ¿Quién creéis que puede ser? ¿Os gustaría que este pedazo de portero os agarrase a vosotras así? Porque a mí sí. Dejadme cualquier cosa en los comentarios, que sabéis que los leo todos. Y si tenéis más fotos, me las pasáis por mensaje privado de Instagram. Nos vemos el martes con más información, si es que la tengo.»

Era el primero de los vídeos que les había dedicado aquella creadora de contenido especializada en cotilleos amorosos, amparada por el anonimato que le daba la plataforma. Su nombre en las redes era La Chismosita, y estaba haciéndose un hueco con fuerza en el mundo rosa a base de compartir todo tipo de historias que le pasaban sus seguidoras a través de las redes. Según se sucedían las palabras y las imágenes, el otro lo apretaba con más fuerza, hasta que terminó y se lo quedó mirando fijamente.

—¿Y esto?

—Estoy seguro de que antes de que salgamos del entreno tienes un mensaje de tu chica

confirmando asistencia, así que de nada.

Se había zafado de su mano y entrado por fin en el vestuario, disimulando la gracia que le había causado la expresión de Maty, lo que significaba que Osgood no había compartido la noticia con el resto de los compañeros, y se alegró por ello. También le gustó saber que el contenido de esos vídeos todavía no se había difundido tanto, ya que en los últimos días La Chismosita había sacado imágenes de ambos con más frecuencia de la que le hubiese gustado, aunque era algo cada vez más habitual en las redes sociales.

La mano nerviosa de Macey le apretó lo suficiente la rodilla hasta sacarlo de su ensimismamiento y pasó la suya por encima para liberar el agarre y entrecruzar sus dedos. Por el mohín que decoraba su cara supo que esperaba una respuesta y se limitó a elevar los hombros y contestar brevemente.

—La novia de uno del equipo está pasando por un mal momento con la prensa y sabía que si veía el primer vídeo que nos dedicó la youtuber no podría resistirse a salir de casa. Es un poco cotilla. Te caerá bien.

—Con esa descripción, ya lo dudo —la voz le tembló ligeramente al añadir—. Por cierto, no sé cómo lo ha hecho, pero La Chismosita esa ha conseguido más fotos nuestras, incluyendo un par de cuando nos conocimos. En Suecia.

CAPÍTULO 11

Agarrada al codo de Galli con más intensidad de la que le gustaría, Macey Bruun apoyó la mano libre contra su abdomen y lo apretó a la vez que soltaba el aire entre los dientes maldiciendo la borrachera que había terminado por llevarla a esa situación. En el momento en el que el futbolista le habló de una fiesta de cumpleaños infantil, se había imaginado una escena con varios niños jugando en una terraza de una lujosa mansión en Chelsea bajo los ojos observadores y aburridos de sus padres o cuidadores.

En su mente, esa tarde conocería a algunos de los compañeros de equipo, sociabilizando lo justo con ellos y sus familias mientras se tomaban un refresco para, en menos de una hora, retirarse de nuevo al piso de Luca con cualquier excusa.

Pero ya desde el taxi fue consciente de cuánto se había equivocado. Al final, estaba en un lujoso salón con terraza de un hotel de cinco estrellas de Mayfair que conocía bien tanto por fuera, por pasar por delante a diario, como por dentro, tras varios escarceos con Galli. De hecho, una de las fotografías que había mostrado la cuenta cotilla que hablaba de ellos se había tomado allí. Y también se había equivocado en cuanto a la propia fiesta infantil.

El hijo menor del futbolista tenía ya nueve años y ni él ni los demás niños parecían interesados en jugar en la terraza con globos o hinchables, sino que estaban sentados en una esquina del salón en la que había un enchufe con alargador, con sus teléfonos y sus tablets en las manos. Y eran los adultos los que ocupaban por entero la terraza, salvo un pequeño escenario que había al fondo. Levantó los ojos hacia Luca con sorpresa, porque no esperaba que hubiese muchos más adultos que niños, pero él se limitó a acariciarle la palma de la mano antes de soltarla y apoyar su mano grande y dura en la parte baja de su cintura para asegurarse de que entrase delante.

—No voy a salir corriendo.

—Pues desde aquí arriba parece la de «Novia a la fuga».

Sin poder evitarlo, puso los ojos en blanco a la vez que le golpeaba con su bolsito de mano por la referencia. Estaba a punto de responderle de manera ácida cuando sintió el peso de todas las miradas sobre los dos y se limitó a impostar una sonrisa lo más natural posible mientras se dirigía a él entre dientes.

—¿Por qué no nos sacan la vista de encima? Dijiste que con esto iba bien para una fiesta infantil.

—Deberíamos salir a la terraza para averiguarlo, *carina*.

Le acarició con dos dedos en la baja espalda sin dejar de caminar hacia el resto de sus compañeros teniendo muy presente el motivo. Probablemente era la primera vez que la mayoría de ellos lo veían junto a una mujer en público desde que había llegado al equipo hacía ya ocho años y, por un instante sintió una sensación parecida al vértigo en la boca del estómago.

Al atravesar la puerta hacia la terraza, Macey se apresuró a tomar una copa de un camarero cercano y tras darle un par de tragos generosos, él se apuró a quitársela de las manos y terminársela antes de que llegasen a una pequeña mesa de pie que estaba vacía.

—Tengo edad legal para beber, Luca.

—Y yo preferiría que la primera vez que muestren tu cara junto a la mía en la sección de cotilleos no sea por escándalo público.

La joven abrió y cerró la boca un par de veces, pero verle de espaldas al resto de los asistentes levantando las cejas de una manera muy expresiva, provocó que a los dos se les escapase un carcajeo que les ayudó a sentirse más aliviados y, sin ser consciente de lo que hacía, deslizó un dedo por la quijada del deportista. Había aprendido a leerle lo suficiente como para saber que, pese al aspecto serio y frío de siempre, se sentía nervioso. Y por el modo en que le brillaban los ojos cuando lo tocaba, también un poco excitado.

—Me he agobiado un poco con tanta gente... No tenía pensado emborracharme.

—Pensaba que estabas acostumbrada a confraternizar con muchos desconocidos en sitios lujosos por tu trabajo.

—Sí, pero no como parte mi vida pública. Ya sabes que...

—Sí, me sé lo de tus normas —la interrumpió con el acento italiano sonando más marcado de lo habitual—. Pero pensaba que la única que seguía en vigor era la de mantenerme alejado de tu piso.

—Si me traes otra copa me lo pienso.

Le vio entornar los ojos, pero no pudo contestarle ya que dos hombres se aproximaron a su mesa, agarrándolo uno de ellos por un hombro, obligándolo a que se girase.

—Ya pensaba que nos habías dado plantón, grandullón —un hombre de una edad similar al italiano, pero con un marcado acento del norte del país le palmeó con ganas antes de apurarse a sentarse en una banqueta contigua—. Te tengo que sentar porque no puedo con la pierna. Tenía razón mi mujer con que no podíamos montar esto en casa.

El otro hombre le imitó y se sentó junto al anfitrión de la fiesta sin sacar la vista de Macey, hasta que recibió un codazo del que hablaba.

—¿Verdad, Jones? Al pobre lo convencí de que viniese antes para ayudarme y se ha tragado el ensayo de la banda. La cantante mete unos gallos espantosos, pero al crío se le ha metido entre ceja y ceja que quiere que toque ese grupo porque está de moda y es la favorita de una que le gusta del colegio...

—Déjate de rollos —le cortó el otro con tono seco—. Como te vea Tarryn de un lado para otro sin la muleta, sí que te vas a acordar de la fiesta.

Macey inclinó la cabeza levemente hacia el italiano, pero él se le adelantó a la pregunta que no había llegado a hacer.

—La nueva fisioterapeuta del equipo.

—¿Tarryn va a venir? —sonó una voz desde atrás— Está buena, pero tiene una mala leche...

Dos hombres más que no conocían se acercaron a la mesa junto con Lewis Osgood, que la saludó brevemente antes de unirse al jaleo que montaba el grupo de futbolistas. Tras los nervios en los primeros minutos, en donde ninguno se dirigía expresamente a ella, pero la observaban de reojo en cuanto podían, la conversación derivó a las próximas competiciones deportivas de Los Leones. Los hombres se enzarzaron en sucesivas discusiones, olvidándose de ella, y Macey dejó de prestar atención a lo que conversaban con la mente puesta en un par de gestiones pendientes del trabajo.

—¿Te la puedo robar? En las mesas del fondo se está mucho mejor.

Una mano pequeña se apoyó en su brazo y tiró de ella hasta que se volvió, para encontrarse con una chica de cabello castaño con un vestido de color rosa pálido que la observaba sin reparo con una enorme sonrisa. Por el modo en que a Galli le brillaron los ojos, supo que esa era la mujer que la quería conocer, así que asintió y se dispuso a seguirla. Era pequeña, le debía llevar unos veinte centímetros, menuda, cojeaba ligeramente, y no se

correspondía con la idea que se había hecho de ella por lo poco que le había contado Luca. Todavía no habían dado dos pasos cuando la voz alegre de Osgood les llegó con claridad.

—¿Enya no se ha animado a venir? —le estaba dando codazos a los dos que tenía a su lado— ¿O viene más tarde?

—¡Está en Irlanda! —agarró a la más alta, caminando con paso decidido, pero con la cabeza vuelta hacia ellos—. ¡Y no te va a ayudar con la porra!

En el momento en que volvió a mirar hacia adelante, chocó contra una mujer rubia cuya bebida las manchó a ambas. Pudo ver la tensión en los dos rostros, evitando dirigirse la mirada y sin disculparse siquiera.

—Deberíamos ir al baño, para que lo puedas limpiar bien —se susurró para aliviar el ambiente

La más baja se apresuró a asentir y entraron en silencio en el salón en busca de los servicios más próximos. Las dos se apuraron a echar agua en el lamparón. Macey la empujó hasta dejar la zona mojada bajo el secamanos y soltó las preguntas que le rondaban la cabeza sin miramientos.

—¿Quién era esa rubia? Porque no tenía pinta de que fueseis muy amigas.

—Era Dita Savidge, la esposa de Rob. El segundo capitán —se dio cuenta de que lo que le decía no significaba nada para su interlocutora y se le escapó una risilla—. El de la camisa roja que estaba a la izquierda de todo. ¿Sabes quién soy?

Macey inclinó la cabeza con una expresión entre dubitativa y burlona, y respondió despacio, para asegurarse su atención.

—Claro. Eres Alana, me lo dijiste antes. Si no te acuerdas, deberíamos ir al médico, aunque el choque no ha sido como para que te haya afectado tanto.

—¡No me lo puedo creer! —pegó dos saltitos y le palmeó la mano— ¡Lo que contaba de ti iba en serio!

—Pues espero que lo tuyo no —al elevar la mirada se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta y se apresuró en aclarar antes de pasar a otro tema—. Dice que eres una cotilla. ¿Y quién es...?

—¡No es verdad! Es solo que me cuesta dejar de ver esos estúpidos programas donde hablan de nosotros. Ya sé que no me hace bien, pero —bajó los párpados y compuso una expresión culpable—... También me he visto todos los vídeos que hablan sobre vosotros. Parece que esa *influencer* tiene montada una red de espionaje por los hoteles de Londres.

El tono jocosos en que lo dijo desvió su atención y las dos bromearon un rato. Alana le cayó bien de inmediato y se alegró de haber asistido. Parecían dos chicas cualesquiera charlando sobre trivialidades sin más, y no las dos acompañantes de dos famosos deportistas millonarios, preocupadas por las publicaciones de los medios. Estaba a punto de reiterar su pregunta, cuando sonó el iPhone de Alana que, al ver la pantalla, se apresuró a indicarle.

—Es mi hermana. Si quieres, nos vemos allí afuera. Conociéndola, nos echaremos un buen rato hablando.

Regresó con paso calmado a la terraza, escuchando a lo lejos el sonido de la banda de música y no pudo menos que dar la razón a Burton sobre que la cantante parecía que gritaba sin importarle lo más mínimo el afinar alguna nota, cuando un golpecito en la espalda la hizo tensionarse y volverse con rapidez.

—Así que los rumores son verdad —la comisura de la boca de Sven se curvaba hacia arriba con desdén.

—¿Y tú qué pintas aquí? ¿Otra vez mendigando fama? —con los brazos en jarras, alzó la

barbilla y le respondió de manera parecida— Te juro que como te hayas colado en un cumpleaños de un crío solo para molestarme...

—Claro que no, Macey. He venido con el grupo, para ayudarles con el equipo de música.

—Ya —se cruzó de brazos sin creerle una palabra.

—Pues sí. Salgo con la baterista —extendió la mano y la agarró por el codo—. ¿Qué te parece?

Echando un vistazo a la mano que la tocaba, asqueada le dio un golpe con su bolsito para que la soltase.

—Que preferiría que no volvieses a tocarme.

—¿Te está molestando? —la voz grave del italiano le llegó a la vez que su mano grande y morena se posaba en su hombro.

—¡Qué va! —lo buscó para calmarlo con una sonrisa y vio que unos metros más atrás se acercaban otros dos futbolistas— Ya le gustaría.

Intentó volverse y tirar del brazo del portero para poder regresar a la terraza lo antes posible y evitar cualquier tipo de espectáculo, pero supo que era tarde. No había sido capaz de contener su lengua y con ese comentario no había hecho otra cosa que espolearlo.

—¿Sabes lo que me hubiera gustado, Bruun? —su voz sonaba afilada y por el rabillo del ojo pudo ver cómo el roquero se echaba la melena hacia atrás antes de soltar su siguiente frase con rabia— Que no hubieses estado con los dos a la vez cuando decías que venías a Malmö para que arreglásemos lo nuestro. Menos mal que no volví contigo por mucho que insististe, nena.

CAPÍTULO 12

Estaba a punto de soltarle una bordería cuando los dedos del portero se clavaron con intensidad en su clavícula y de reojo pudo ver cómo apretaba los labios hasta dejarlos casi invisibles y la evidente contracción en su mandíbula. Sven dio un paso hacia ellos y le dedicó una mirada de suficiencia al italiano, estirando el cuerpo hasta ser casi de su altura y se hizo hueco con rudeza entre los cuerpos de los futbolistas de camino a la terraza.

—¿Quién era ese tipo?

Negando ligeramente con la cabeza, Macey soltó un bufido para tragarse las ganas de informarles de que era un imbécil. Subió el brazo para rozar los dedos del portero, pero él apartó la mano bruscamente. Se movió para tenerlo de frente y se dio cuenta de que los otros dos deportistas estaban prácticamente pegados al portero.

—Preferiría hablar en privado —hizo un amago de dirigirse hacia la puerta, pero Galli se quedó plantado en el sitio y con el tono más calmado que pudo añadió—. Lo que ha dicho no es cierto, solo es un idiota.

—Dijiste que no tenías novio.

Le vio inspirar despacio, cuadrando los hombros, como si cargase con un gran peso a la espalda y recordó una parte de la conversación con su amiga informándole del pasado de Gianluca en donde su ex novia le había traicionado. No le gustaba dar explicaciones de su vida privada, y menos ante otras personas, pero tuvo claro que no iba a conseguir que la acompañase si no le daba algo. Molesta por tener que hacerlo, arrugó el ceño, intentando ignorar la expresión tensa de Osgood y el que estaba a su lado.

—Solo estuve con él cinco minutos a solas en el estudio de grabación para dejarle las cosas claras —soltó rotunda—. El resto de mi tiempo en Suecia estuve contigo. O con Daryl. Y no lo he vuelto a ver más hasta hoy.

—Pensaba que no sabía mucho sobre mantener relaciones —soltó el otro hombre con voz burlona—. ... ¿Crees que Galli se va a quedar más tranquilo metiendo a un tercer hombre en la ecuación?

—Pues no deberías meterte donde no te llaman. Por si tanto te interesa, no es un hombre —le vio levantar la ceja con ironía, con el pelo cayendo sobre el otro ojo—. Es mi amiga, Daryl West y, si no te lo crees, la llamamos y le preguntas.

El futbolista que no conocía dio un paso para atrás y miró a sus compañeros con perplejidad para después regresar a ella con los puños apretados contra las piernas.

—¿La periodista de los programas del corazón? —asintió con decisión— Para mí, casi era mejor que estuvieses con otro. No puedo imaginarme a nadie que quiera pasar tiempo con una persona tan retorcida, descarnada y cínica por su propio gusto.

—No la conoces, así que no te pases —siseó para luego dirigirse a Osgood, al que le había cambiado el color—. Y tú deberías decir algo.

—¿Qué más va a decir? —contraatacó el más bajo— ¡Cualquiera con dos dedos de frente se alejaría de esa tipa!

—¿No te importa que hable así de tu novia? ¿En serio?

En el momento en que vio el cambio de expresión en el rostro de los tres futbolistas fue

consciente de haber revelado más de la cuenta, pero ya no podía echarse atrás. El más bajo de los tres parecía un volcán a punto de estallar, mientras que el rubio había palidecido un poco más.

—¡Joder, Lewis! ¿Lo que dice es verdad? ¡Precisamente esa es la periodista que con más inquina ha rajado de Alana en el último medio año! ¡Y de mí!

—Relájate, Maty, que no es para tanto.

—¿Que me relaje? Sabes perfectamente que la prensa no nos ha dejado tranquilos en meses. Y esa mujer no ha parado de largar cosas, diciendo que tenía una fuente muy fiable. Espero que no hayas sido tú el que...

—Tenías razón, será mejor que lo hablemos a solas —chistó contra su oreja el italiano.

Notó la mano dura de Galli sobre la suya tirando para sacarla de allí, escuchando los gritos del futbolista mientras se alejaban y lamentó haber metido la pata de esa manera. Estaba segura de que acababa de complicarle las cosas a su mejor amiga al intentar defenderla. Sabía por Daryl que su relación era un secreto para sus compañeros del programa de cotilleos en el que colaboraba porque estaba segura de que, si lo averiguaran, la usarían como carnaza. Sin embargo, no tenía ni idea de que también lo fuese entre los jugadores del Brent. La reacción del otro hombre no dejaba lugar a dudas. Apresuró el paso para adecuarse al de él, que la soltó en cuanto salieron del salón reservado.

El semblante del portero tampoco parecía haberse suavizado, pero al menos parecía dispuesto a aclarar las cosas. En el momento en que alcanzaron entrada, él se movió hacia la recepción, pero ella se detuvo y aunque dudó, se fue hacia la salida con Luca pegado a su espalda. No las tenía todas consigo, pero agarró el bolsito con fuerzas, como si eso pudiese infundirle los ánimos que le hacían falta en aquel momento, despidiéndose con un movimiento de cabeza del trabajador que les sujetaba la puerta.

—¿A dónde vas ahora? Pensaba que querías que hablásemos a solas...

—Precisamente. Vamos.

Metiendo las manos en los bolsillos de los chinos, se limitó a caminar a su vez hasta que, al llegar a una bocacalle, Macey se detuvo rebuscando en el bolso y le enseñaba un manojo de llaves con una sonrisa apretada.

—Vivo aquí. Sé que hace tiempo que querías conocer mi casa y —la voz le tembló ligeramente, costándole encontrar las palabras adecuadas—... Así podremos hablar con calma sabiendo que no saldrán más fotos comprometidas de los dos.

Vio cómo observaba la fachada blanca y castaña del edificio con el entrecejo arrugado y, en ese momento, ya no le pareció tan buena idea. Aun así, metió la llave en la cerradura y se limitó a empujarla y subir las escaleras hasta el primer piso para luego dejarlo pasar a su pequeño apartamento.

—No pensaba que vivirías en un sitio así. Estás en la misma calle de ese hotel, en el que hemos dormido dos veces.

—Desde que me mudé a este piso, llevo dos años pasando por delante a diario y queriendo entrar.

Le guió hasta el sofá de color mostaza que reinaba en el salón y que apenas usaba porque no estaba mucho en casa, y mucho menos acompañada. Al ver que seguía de pie, se sentó ella primero en un extremo, dando unos golpecitos sobre el asiento contiguo, invitándola a imitarla, pero no lo hizo. Se limitó a contemplarla desde lo alto, sin mover ni un músculo.

Antes de darse cuenta, estaba jugueteando con las costuras del mono y se obligó a sí misma a agarrarse una mano con la otra para mostrarse tan templada como él, aunque solo fuese en apariencia. Tras varios minutos así, en silencio, el italiano enarcó una ceja de una manera que

la puso muy nerviosa, ya que parecía estar juzgando toda su vida por esa primera visual a su hogar. Se puso de pie de un salto, con los brazos cruzados, adoptando la misma actitud que él.

—No me creo que estés así nada más entrar porque no te gusta el sofá. Pensaba que íbamos a aclarar las cuatro tonterías de Sven, así que lo que tengas que decir, suéltalo.

—Me sorprende que vivas en Mayfair.

—Pues es muy cómodo. Es un barrio tranquilo, aunque un poco aburrido, claro, como tu barrio. Y, además, normalmente voy todos los días andando al trabajo. Es bueno para hacer cardio.

—Es un barrio muy caro. Los marchantes que he conocido coinciden en que se tarda en contar con una buena clientela con la que empezar a ganar dinero. Y tú apenas tienes veintiséis —le vio volver a pasear la vista por el pequeño salón, observando los cuadros que colgaban de las paredes, la mesita de diseño a la izquierda del sofá y la escultura que decoraba encima con suspicacia—. El año pasado estuve pensando en invertir en unos pisos por esta zona. Algo como esto costaba más de cinco mil libras al mes.

—¡Ah! Si es por eso, no te preocupes —dio un par de pasos hacia él, lo tomó del codo y lo llevó hasta el sofá, sorprendiéndole su preocupación—. No pago alquiler, es mío. Tienes razón con que el arte es un negocio difícil. Muchísimo. Yo no podría pagarlo, por eso ha sido una suerte poder contar con él.

—¿Y cómo te has hecho con el piso?

—¿Y qué más da? —le vio tensar los músculos de la quijada al instante — Se lo saque en el divorcio a mi segundo marido. ¿Nos centramos en lo del Sven?

—¿Segundo? —se incorporó lentamente del sofá con la frente arrugada— ¿Sven? Yo... Quizá no te lo haya parecido por cómo surgió esto entre nosotros, pero soy una persona bastante tradicional. Y no me gusta que la gente use el matrimonio como un contrato con el que hacer negocios.

—Era una broma, Luca —tiró ligeramente de la manga de su camiseta, pero no se volvió—. El piso es mío desde que, a los trece años, se murió la madre de mi padre. No tenía ningún otro familiar más cercano, así que lo heredé yo.

El ceño del italiano se frunció más todavía, entrecerrando los ojos para escudriñarla con detenimiento.

—¿Nadie más? El martes me dijiste que ibas a comer con tu familia incluyendo a tu padre, Macey, y que por eso no podías quedar.

Boqueó intentando tomar oxígeno, al imaginarse lo que podía estar pensando y respondió con absoluta sinceridad.

—Le llamo así porque lo hace todo más sencillo —apretó los párpados ligeramente para después perder la vista en sus dedos—. Mi madre se casó porque pensaba que había dinero, pero pronto descubrió que quien lo tenía era mi abuela. Mi padre se murió cuando tenía ocho años y antes de cumplir nueve ya se había casado con mi padrastro, que es un empresario muy acomodado. Yo no estoy con nadie por el interés, como mi madre o tu ex. Y también intento evitar que se acerquen a mí con ese objetivo.

Por un momento, Gianluca estuvo tentado a preguntar algo, pero Macey no le dio opción al continuar sus explicaciones con rapidez, como si no quisiese que nada la interrumpiera hasta que hubiera acabado con lo que tenía que contar.

—Lo que ha dicho Sven es mentira. Lo conocí un mes antes que a ti, aquí en Londres. Fue una tontería en una fiesta: bebí un par de copas y nos dimos cuatro besos. Cuando quedé con él de nuevo me pareció un idiota, pero él no lo dejó estar.

—Si fuiste a propósito hasta Suecia, sería algo más que una tontería.

Como si ese comentario la hubiese espabilado, Macey se levantó de golpe y echó su larga melena tras la espalda de un manotazo antes de encararlo. Lo vio fijamente con los ojos muy brillantes y una pizca de desafío en su voz.

—A Daryl le surgió un trabajo allí y nos pareció divertido ir juntas. Dos días antes me enteré de que Sven iba a estar grabando unas canciones en un estudio cercano. Quiere ser un cantante famoso, pero no es capaz de triunfar por sí solo. Por eso se acercó a mí, por mis contactos, pero le salió mal. Y fui en persona a dejárselo muy claro, porque no quería darse por enterado.

Dio un paso a un lado y avanzó con decisión hasta la cocina para servirse un agua fría de la nevera con la que lograr calmar la furia que volvía a bullir en su interior. Apuró medio vaso de agua de un solo trago y se apoyó con las dos manos en la encimera oscura. Sintió un movimiento detrás, pero dio un nuevo sorbo, evitando mirarle porque no estaba segura de si le había creído o no. Y, además, estaba molesta por tener que excusarse cuando no había hecho nada malo.

—Hubiera preferido que no me ocultases estas cosas, Macey.

—¿Tenía que habértelo soltado en Malmö, nada más conocerte? La verdad, no lo creo —se estiró hasta poder posar una mano sobre las suyas—. Y cuando volvimos a encontrarnos, ya había quedado atrás. No tenía ninguna importancia. Y tampoco he sido la única en ocultar cosas.

La mirada torva que le dirigió le causó tanta gracia que le templó los ánimos. Entrecruzó los dedos con los suyos para después pegarse a su costado y regresar al sofá.

—Anda que no—susurró contra su cuello, acariciándolo con la nariz—, no te hagas el tonto. Tú no me dijiste que eras un deportista millonario y famoso, por ejemplo.

—Es algo que no suelo tener que contar...

—Es más, me dejaste creer que eras un empresario aburrido adicto al trabajo.

—Porque lo soy.

—Creo que eres muchas cosas, *Signore* Luca, pero aburrido no es una de ellas.

Por el rabillo del ojo vio que izaba la comisura de la boca, en una ligera sonrisa, y el nudo que tenía en el estómago se aflojó un poco. Bajó las manos hasta rodear su torso, cobijándose contra él y no pudo evitar un suspiro al sentir el brazo fuerte de él sobre su espalda.

—Ahora que esto está aclarado... Del uno al diez, dime cuánto la he fastidiado entre tus compañeros de equipo.

CAPÍTULO 13

Nada más abrir la puerta, se detuvo en el quicio un instante, apretó los labios fingiendo una expresión agradable y cerró tras ella intentando ocultar su sorpresa. Cuando el encargado de la galería le había indicado que se dirigiese a una de las oficinas porque un posible cliente había solicitado su atención, no había imaginado encontrársela esperando al otro lado.

—Cómo se ha liado la cosa en un momento, ¿eh? —se levantó y dio dos pasos hacia ella para darle un apretón de manos— ¿Va todo bien? Gianluca no suelta prenda y Maty ha estado de un humor...

—¿Qué haces aquí, Alana? Estoy trabajando.

—En realidad, tu jefe me ha asegurado que sales en diez minutos y me gustaría hablar contigo —la actriz se mordisqueó los labios unos instantes, como si le costase seguir—. ¿Tienes tiempo para un café?

Dudó unos segundos, recolocándose la falda plisada en las caderas. Estaba a punto de irse a su casa y no estaba segura del cariz que tendría esa charla, aunque la joven que tenía enfrente le había caído bien cuando la había conocido. Soltó la mano de la suya y cuadró los hombros.

—Si has venido a pedirme explicaciones, ...

—He venido para invitarte a un café y así poder conocernos un poco más. La semana pasada os fuisteis antes de que saliese del baño y pensé que, si no venía, no habría otra oportunidad.

Le dirigió una sonrisa que le pareció sincera y, tras volver a sopesar la situación, asintió levemente, más para sí misma que para la que tenía enfrente. Abrió la puerta y las dos salieron al pasillo, en donde la más baja la esperó mientras regresaba con el bolso y la chaqueta.

—Dos calles más allá hay una cafetería que está muy bien.

—Vale, pues me lo apunto para la siguiente—la pequeña mano hizo cepo en la suya antes de tirar por ella en dirección a la salida—. Esta vez me apetecía un batido del Green Sucos.

Al cruzar la gran puerta principal le pareció que aquella mujer menuda había temblado ligeramente, mirando nerviosa a ambos lados de la calle hasta que entraron en el vehículo que ya les estaba esperando. Le sorprendió, dado que Mayfair era un barrio tranquilo y exclusivo, pero recordó lo que le habían contado. Tenía problemas con la prensa y, según palabras del propio Galli, debido a un incidente sucedido hacía unos meses, le costaba salir a la calle.

—Espera... el sitio que has dicho está lejísimos.

—No tanto, queda justo enfrente del estadio —abrió los ojos con exageración al darse cuenta de lo que pretendía y a Alana se le escapó una carcajada que intentó sofocar con la mano—. ¿Qué? Me lo debes, he tenido que apagar muchos fuegos en los últimos días. Además —bajó el tono, atendiendo con precaución al conductor a través de retrovisor—, ... sales con un futbolista, así que ir a verlo en directo no es tan raro.

—No salimos y no sé nada de fútbol.

—¿Cómo no vais a estar saliendo? —le golpeó con suavidad en la rodilla, mirándola incrédula— Y lo otro, da igual. De todas las que frecuentamos el palco, solo me gusta a mí. Y así no tengo que verlo sola con esas... víboras.

La actriz no le dejó demasiado tiempo para pensar en aquellas palabras, porque la

mantuvo conversando durante el resto del trayecto sobre cuestiones aparentemente triviales, pero que les sirvieron para conocerse, de manera cálida y entretenida, que les permitió pasar un buen rato. Alana la sorprendió con su naturalidad y su alegría, que le resultaron contagiosas y le fue fácil entender por qué se había ganado con tanta rapidez a su portero.

Una vez dentro del estadio, se limitó a pegarse a la más baja, que parecía estar disfrutando de verdad explicándole cien curiosidades del equipo mientras recorrían los pasillos hasta llegar al palco vacío. La otra se apresuró a empujarla hasta la ventana y ocupar uno de los asientos.

—No veo ningún batido —puso una mueca graciosa y la otra negó entre risas—. Me vas a decir para qué me has traído aquí en concreto.

—Quería conocerte mejor y creí que podía ser divertido ver un partido con alguien más. Además —bajó el tono, como si estuviese a punto de hacerle la mayor de las confidencias—, Galli tiene razón. Desde que me enteré, llevo una semana entera buscando información sobre vosotros y me preguntaba cómo lo haces.

—¿Cómo hago qué?

—Para que no se te vea la cara. En ninguna. Si no te hubiera conocido en persona, con esas fotos, jamás te hubiese reconocido —Macey levantó los hombros, sin saber qué responder—. Me da un poco de envidia, ¿sabes? Después de estos meses... odio sentirme tan expuesta y...

—Lo siento por ti —la interrumpió endureciendo la expresión—, pero yo no tengo nada que ver. Daryl es mi amiga, pero no tengo nada que ver con su trabajo. Si me has traído para eso —la vio levantar la barbilla en respuesta—, no puedo ayudarte.

—Claro que no —Alana se echó ligeramente hacia atrás levantando las manos y su desconfianza quedó en suspenso. Le dio la impresión de que su interlocutora estaba más nerviosa de lo que quería hacer ver y se había sobresaltado con su respuesta, así que se esforzó por suavizar su expresión—. Era por hablar de algo, nada más. No te intentaba molestar. Aunque en parte lo provoqué yo, es una situación que me ha alterado más de lo que esperaba. Nada más —jugueteeó de manera repetitiva un par de veces con el borde de la falda entre sus dedos, hasta que se decidió a preguntarlo en voz alta—. Y tu amiga, ¿cómo está? Osgood no parece que esté muy bien.

Una imagen de Daryl con el rímel corrido y ojerosa apareció con nitidez en su cabeza y volvió a sentir una punzada en el estómago porque se sentía muy culpable. Desde que había asistido a ese cumpleaños infantil, todo se había complicado. Había pasado más tiempo en la casa de Daryl que en la suya propia, y en cada una de esas ocasiones la había visto llorar resignada, sin ser capaz de aliviarla.

Y las cosas tampoco iban mejor con Luca. No había sucedido nada concreto, pero desde ese día había comenzado a hacerle muchas más preguntas. Preguntas que no siempre quería contestar y a las que respondía de manera evasiva. Y él, en consecuencia, le había dedicado más de una mirada cargada de desconfianza, aunque no hubiera añadido nada más.

Por eso también le había sorprendido la visita de Alana, porque por un momento pensó que había ido a sonsacarle de su parte o para ganarse el favor de la periodista. Tras tomarse unos instantes, respondió de manera escueta pero sincera.

—Daryl tampoco. Tiene predilección por tíos buenos que le parten el corazón. Aunque es la primera vez que la dejan «porque es lo mejor para el equipo» —repitió con voz impostada y expresión perpleja—. A mí me suena a excusa cutre, pero no le he querido decir que en la fiesta ya te estaba preguntando por otra para que no se ponga peor.

Alana arrugó las cejas, sin comprender a qué se refería. A cambio, Macey no añadió nada

más, contemplándola con seriedad, así que intentó hacer memoria hasta que le vino un chispazo.

—¿Te refieres a cuando preguntó por Enya? Es mi hermana. Los chicos la conocieron hace poco. En general fue bien, pero chocó mucho con Jones. Y Osgood, que a veces en un gracioso, preguntó por ella solo para molestarlo.

La escudriñó con atención y decidió que no le mentía antes de volver la vista al verde, donde no había más que un par de operarios comprobando que todo estuviese correctamente.

—Pues entonces no lo entiendo.

—Enterarse así de sopetón ha enrarecido la relación entre varios de los compañeros, porque algunos no quieren involucrarse más de la cuenta con la prensa. Y este año se juegan mucho. En tres semanas tienen el partido de ida de semifinales contra el Bayern y están en disposición de ganar —extendió la mano para agarrarla, pero al ver su expresión, desistió y dejó caer el brazo—. Podrían llegar hasta la final de la Champions por primera vez en la historia del club. Es difícil, pero se complicaría mucho más si hay problemas personales entre los jugadores, además de los que ya tienen con el inútil de Healy.

Escéptica se volteó y la miró con los ojos entornados, como si fuese incapaz de seguir el pensamiento lógico de la más joven de las dos. Alana contuvo las ganas de poner los ojos en blanco apretándose a la parte baja del asiento hasta dejar los dedos blancos.

—Entonces la deja y todo arreglado, ¿no?

—Sé que no te gusta el fútbol, pero no es tan difícil de comprender. Ganar la Champions es el sueño de todo futbolista y está al alcance de muy pocos. Lograrlo significa entrar en la historia. Y es imposible si no confías en tus compañeros —la tomó de la mano con delicadeza—. ¿Nunca has deseado algo tanto y con tantas ganas que serías capaz de renunciar a todo lo demás a cambio? ¿Nunca has querido algo con todas tus fuerzas? Porque yo sí, y en su momento hubiera dado lo que fuera, si hubiese estado en mis manos.

—Solo hay una cosa que querría tanto, y no hay nada que me lo pueda devolver.

Escuchó la puerta abrirse a sus espaldas y de soslayo vio entrar a la rubia con la que había chocado Alana en el cumpleaños junto con otras dos mujeres. La expresión de la primera de ellas fue completamente elocuente, arrugando la nariz nada más verlas. Alana abrió la boca para preguntar, pero al ver a Dita a escasa distancia, le dio la espalda y se enfocó en el campo, procurando ignorar los cuchicheos que se producían a su espalda hasta que la voz alta y clara de la rubia lo hizo imposible.

—¿Habéis visto lo desesperada que está? Ahora se trae a la amiga de la periodista para ver si con eso se gana a la prensa. Increíble.

—No empieces, Dita —le contestó con una voz aguda y ligeramente temblorosa que arrancó una sonrisa de satisfacción en el rostro de la otra.

—¿Qué te crees, que haciéndole la rosca, la otra hablará bien de ti en la tele? —arrugó los labios con una mueca desagradable— Desde aquí te digo que no te esfuerces mucho porque no tiene pinta.

La respuesta tan brusca y malintencionada de la rubia le hizo girarse entre rabiosa por los comentarios y frustrada por la falta de reacción de Alana, hasta que se dio cuenta de que sus pequeñas manos temblaban levemente. Dirigió una mirada carga de desprecio a las tres mujeres que sofocaban sus risitas tras ella, pero Dita le sostuvo la mirada.

—¿Qué? ¿Para qué te pensabas que te ha traído aquí?

—A lo mejor no me ha traído para que le hable a mi amiga bien de ella, sino mal de ti. ¿O vas a decir que no tienes nada que prefieres que la prensa no sepa? Pues eso —la rubia boqueó un par de veces con los ojos muy abiertos, pero Macey no le dio tiempo a más,

enganchándose al codo de la más baja mientras se giraba hacia el cristal—. A ver si nos dejas disfrutar del partido con tranquilidad —y bajando el tono añadió—. Y tú vete explicándome lo que vaya pasando en el campo, que sino no me voy a enterar de nada.

CAPÍTULO 14

Intentando ocultar su hastío, y con la vista clavada enfrente, Galli removió los restos del solomillo que le quedaban sobre el plato limitándose a escuchar la conversación con una expresión seria y contenida.

En la última reunión que habían mantenido los socios del The Emerald, Conti había puesto nuevamente hincapié tanto en que los ingresos obtenidos eran inferiores a lo que habían estimado en su estudio previo, como a la posibilidad de usar otros elementos a su favor para atraer la atención sobre el hotel.

No fue sutil en sus artimañas, ni parecía querer serlo, por el modo en que se refería al futbolista y a sus contactos con otras personalidades famosas que podían impulsar su negocio sin demasiado esfuerzo. Como en cada ocasión, Gianluca se negó a ello. Desde el escándalo por el engaño y su consecuente ruptura con su prometida, no había vuelto a acaparar portadas que no se debiesen a noticias exclusivamente deportivas, y todos ellos lo sabían. Sin embargo, por primera vez, otro de los socios expuso una opción intermedia a la que se había visto obligado a aceptar, aunque fuese farfullando entre dientes.

Y por eso en aquel momento se encontraba en un restaurante pretencioso pegado a las orillas del Támesis en el que la comida no resultaba tan exquisita como su precio podía presagiar. Prentice y Conti se encontraban conversando animadamente con los otros tres comensales que trabajaban para una popular cadena de televisión cuyo estudio estaba cerca de allí, cerrando los términos del posible acuerdo que les ayudaría a conseguir publicidad para el The Emerald.

El hotel sería el escenario en que se grabaría un concurso con formato reality de cocina que contaba con gran seguimiento en audiencia y redes sociales, con la condición de que el portero participase en el mismo de manera activa.

Tras los primeros gruñidos, el realizador le dejó claro que únicamente tendría que conversar de manera distendida con los presentadores y algunos de los concursantes sobre temas relacionados con el hotel o el cocinado, nunca sobre su vida privada. Y a partir de ahí, Galli dejó de tener interés por las conversaciones insustanciales sobre televisión, popularidad y datos de audiencia que le siguieron. Si antes no estaba interesado en esas cuestiones, ahora todavía menos.

Había sufrido el efecto de las mismas en su juventud y, tras su llegada a Inglaterra, había comprobado en numerosas ocasiones cómo afectaban a otros compañeros. Además de que no lo necesitaba. Otras personas buscaban la atención e idolatría de los seguidores, pero a él le bastaba con el reconocimiento en los estadios. Su ego no necesitaba de más.

Uno de los productores del programa les mostró una serie de gráficos en una Tablet, que supuso que se referirían a las audiencias, y asintió fingiendo interesarse por los mismos y preguntándose cuánto beneficio les traería aquella promoción o si se trataría de una buena decisión. Al echar un vistazo de reojo por la ventana y ver el London Eye, recordó lo cerca que estaba un hotel en el que había pasado más de un buen momento con Macey y también se preguntó sobre cómo se tomaría ella esa acción comercial, aunque no le afectaría de ninguna manera.

En los últimos tiempos, más de una vez le habían resurgido las desconfianzas, las dudas y los miedos respecto a aquella mujer. En más de una ocasión la había sorprendido titubeando al darle algunas respuestas, pero jamás había dudado de su petición de mantenerse alejada de los focos. Su mente dejó de divagar de repente al recibir una fuerte patada de Prentice bajo la mesa.

—¿Verdad, Gianluca, que si tras grabar ganáis la Champions estarías encantado de participar en cada temporada? ¡Saldría hasta de cocinillas! El programa sería como un talismán...

Estaba a punto de contestar de una manera abrupta respecto a ese burdo intento de chantaje descarado y que quizá con otros de su equipo sí hubiera funcionado cuando un movimiento por detrás del productor llamó su atención. Por el pasillo central del restaurante una Macey vestida de una manera tan formal como solía para su trabajo, conversaba relajadamente con dos hombres de camino a una de las mesas del reservado.

El vestido de crepé castaño claro le llegaba hasta las rodillas y se movía con elegancia a cada paso, enfatizando la longitud de sus piernas y se quedó absorto viéndola sonreír. Al notar nuevamente el pie contra su espinilla, respondió mecánicamente sin dejar de ver para ella.

—No soy supersticioso, Prentice, así que el resultado no va a cambiar nada.

Apenas abrió la boca para hablar cuando se encontró con los ojos color miel de Macey, que lo observó con sorpresa para hacerle un discreto gesto de saludo, sin que los otros dos hombres que la acompañaban notasen nada. Su voz sonó más ronca, más pesada de lo usual al ver la sonrisa que le dedicaba. Apoyó la mano sobre la mesa para acercarse a ella, pero con un leve movimiento de la mano le indicó que se encontrarían después.

—Vaya. ¿Os conocéis?

Preguntó uno de los productores siguiendo su mirada y Galli se apresuró a responder algo genérico y que no implicase nada. Sabía que los que trabajaban para los medios siempre estaban atentos ante cualquier posible noticia. Y aunque su programa versase sobre la cocina, podrían pasarle cualquier sospecha a otro compañero que tratase ese tipo de contenido.

—No mucho. Coincidimos hace poco en una galería de Mayfair.

—¡Ah, claro! Un mundo complicado el de las inversiones en arte.

El señor trajeado se limpió con la servilleta a la vez que hacía una seña a uno de los camareros para que les trajese una copa de brandy a cada uno. Galli estaba a punto de rechazarlo cuando vio la familiaridad con la que el mayor de los dos acompañantes de Macey la agarraba por el hombro sin que ella borrara su dulce sonrisa y ahogó un gruñido. Necesitaría mucho más que una copa para bajar ese mal trago.

A partir de ese momento, el tiempo transcurrió todavía más lento y se tuvo que obligar a separar la vista de la pared del reservado en más de una ocasión hasta que se levantaron de allí y, a instancias de Conti, se dirigieron a la zona de bar. Con su vaso de en alto, enarcó una ceja sin poder evitarlo cuando vio que los dos hombres abandonaban el reservado conversando en dirección a la salida del restaurante seguidos por ella que, absorta en el teléfono, que no le dirigió ni una mirada.

Se tragó el mal humor con un trago de agua insípida y sacó el iPhone vibrando del bolsillo. El mensaje era breve. «En quince minutos soy tuya». Echó un vistazo a través de la cristalera para ver cómo entraban en un edificio cercano antes de levantarse de su banqueta como un resorte ante la mirada de reprobación de sus socios.

—Es una cita urgente. Tengo que irme.

La esperó en el interior de su vehículo con impaciencia y lo arrancó antes de que se llegase a subir, incapaz de controlarse más. Desde la primera vez que había estado con aquella

mujer la había deseado y esa atracción no había hecho otra cosa que crecer de una manera exagerada hasta ese punto. Respondió a su saludo como pudo con un gruñido y Macey torció la boca con descaro, serpenteando un dedo por su muslo hasta llegar demasiado cerca del problema. Cuando el cosquilleo en la pierna se extendió hacia el abdomen de manera inaguantable la besó con ansias, sujetándola por el cabello para izarle la cabeza con una mano mientras que con la mano libre imitaba el recorrido de la otra por debajo de su fino vestido, arrancándole un suave suspiro antes de separarse.

—¿Crees que en este parking tienen cámaras?

—Lo que creo es que nos vamos a mi casa, *bella*.

Cuando estacionó el vehículo media hora más tarde en el garaje de la urbanización privada en la que vivía, casi no habían intercambiado palabra debido a la tensión. Macey se tiró sobre él sin esperar a bajarse del coche y se fundieron en un largo beso que a punto estuvo de descontrolarse y que únicamente se interrumpió por el sonido de un automóvil cercano que les recordó en dónde se encontraban.

Entre risas y caricias salieron y se dirigieron de manera apresurada al apartamento del italiano, en donde nada más cruzar el umbral Macey se dejó caer contra la puerta con coquetería. Le hizo un gesto seductor con un dedo, para pedirle que se acercara, que no era necesario. Galli ya la estaba tomando por la mandíbula para recorrer sus labios con la punta de la lengua antes de descender por su cuello para luego perderse en su clavícula mientras la mujer lo agarraba con fiereza por las pecheras, tironeando como si quisiera a romperle la camisa.

Incapaz de separar las manos de su cuerpo, Galli apartó ligeramente la cabeza y le dirigió una mirada penetrante, con sus ojos verdes oscurecidos por el deseo para verla asentir. Al hacerlo, su cabello castaño claro cayó completamente desordenado sobre los hombros dándole el aspecto de una fierecilla sensual. Estaba a punto de volver a su boca cuando una pequeña mancha en el vestido le recordó de manea inoportuna la escena del restaurante y la pregunta le ardió en los labios.

—Todavía no me has dicho qué hacías tan lejos de la galería.

—Trabajo, Luca —respondió en voz queda frotando la nariz contra la barbilla rasposa antes de lamerle con intención el labio inferior—. A veces me toca salir de mi cueva para convencer a gente rica de que se gaste su dinero en nuestras obras.

—Pero la manera en que te agarraba aquel hombre...

—Como me hayas traído a tu piso para hablar en vez de hacerme el amor, te juro que no te lo perdonaré en la vida.

Impostó un tono dramático en la voz que contrastaba con la sonrisa traviesa que asomó en su rostro justo antes de ponerse de puntillas y colgarse de su cuello para volver al ataque. El italiano no pudo pensar más. La tomó por los glúteos, la levantó en peso y la apoyó contra la puerta de la entrada, incapaz de otra cosa. Las piernas de ella se apretaron a su alrededor y la escuchó gemir al rozarse contra su dureza. El aire se volvió más denso alrededor y su piel reaccionaba a cada estímulo que ella le ofrecía, como en aquel instante sus uñas contra su cuero cabelludo, erizándole la espalda. Separó la cabeza y adoró sus pechos por encima de la tela de crepé, despertándolos al instante. Macey bajó la cabeza y el aliento de su susurro contra su lóbulo le provocó un nuevo estremecimiento.

—No me tortures más, Luca.

Levantó la vista y vio la desesperación en sus ojos dorados. Tenía los labios hinchados por los besos, las mejillas sonrojadas por la excitación y la frente brillante por el sudor. Sin poder evitarlo, le tomó la barbilla y apoyó la frente en la suya antes de entrar en ella de una sola vez y

se mordió los labios mientras se movía en su interior para evitar pronunciar ni una sola palabra hasta que los dos alcanzaron el clímax.

CAPÍTULO 15

Escuchando la pesada respiración de Macey todavía dormida en la cama, Gianluca se dirigió a la ducha con una idea firme en la cabeza. El día anterior, tras dejar a su chica en la puerta de la galería, había asistido a una intensa sesión de recuperación en las instalaciones donde habitualmente entrenaban.

Esa semana iba a ser más complicada, ya que tenían dos partidos de liga para anticiparse al parón de la semana siguiente por la competición de la FA Cup. El hombro le había molestado en varias ocasiones, pero no le había dado el descanso adecuado fuera del campo y una enfadada Tarryn White enseguida se lo hizo saber sin miramientos.

Mientras la mujer lo inspeccionaba con cuidado, al portero se le escapó una risita que le valió una amonestación por parte de la fisioterapeuta y una mirada interrogante de Rob Savidge, que se encontraba tumbado en la camilla contigua esperando a ser atendido. La expresión de su segundo capitán era seria y parecía todavía más tenso que en otras ocasiones, y no pudo más que preguntarse si su semblante obedecía a las molestias de sus rodillas o a una cuestión de cariz más personal, ya que apenas le había dirigido la palabra desde que había llegado, luciendo casi molesto.

En un momento en que le sonó el teléfono y la fisioterapeuta se lo quitó de las manos, para que no interfiriese con la sesión, estiró el cuello lo suficiente como para comprobar que se trataba de un mensaje de Macey y sonrió encantado para, medio segundo después, soltar un pequeño alarido. Aquella mujer clavó los dedos con fuerza en su músculo dañado a modo de castigo.

El gruñido de Rob lo sorprendió y cuando levantó la cabeza para responderle, vio que la pantalla de su teléfono se iluminaba con una llamada de su mujer que él se apuró a colgar. Abrió la boca para preguntar, pero el otro negó con los labios fruncidos. En el momento en que Tarryn dejó un momento la sala, Galli elevó el cuello a la vez que preguntaba.

—¿Va todo bien?

Con la vista perdida en algún punto de la pared opuesta, Rob levantó los hombros con indiferencia, como si no hubiese mucho más que decir. El móvil volvió a vibrar y él colgó de nuevo, con celeridad.

—Ya sabes. Cuando se pierde la confianza...

La puerta se abrió y el segundo capitán calló antes de que la fisioterapeuta entrase con un par de botes en la mano. Galli no necesitó que terminase la frase, porque entendió perfectamente lo que quería decir. Él había perdido la confianza una vez, tanto en sí mismo como en las relaciones y en la que fue su pareja, aunque dudaba que Rob se refiriese a eso mismo. Compuso una cara de comprensión con la boca apretada y apenas dijeron otra palabra hasta que se marchó.

Al desbloquear el teléfono comprobó que el mensaje de Macey era completamente revelador. Le pedía que acudiese directamente a su apartamento, ya que en la galería tenían un evento exclusivo para algunos de sus clientes más selectos a puertas cerradas e ignoraba a qué hora terminaría. Deseando retomar lo que había pasado horas antes en su propio apartamento, Gianluca disfrutó preparando una cena ligera con el desastre de nevera que tenía su chica con un partido de la Serie A reproduciéndose de fondo en el ordenador mientras la esperaba.

En cambio, poco después de cenar, en un momento en que regresó al saloncito, vio a Macey trasteando con el teléfono, enviando un audio y escuchando otro, con una sonrisa pícaro que se extendía por todo su rostro como si estuviese cometiendo una travesura. Fue una tontería. Sin embargo, al escuchar sus pasos tras ella, bloqueó el teléfono y se volvió hacia él con los ojos muy abiertos y a Galli se le aceleraron las pulsaciones. Sin saber bien por qué, una parte de su mente recordó la escena en la enfermería con Rob, sus palabras acerca de la confianza y cómo en ese momento, el comportamiento de aquella mujer, en ese instante, había encendido todas sus alarmas.

—¿Te interrumpo? —al ver que intentaba ocultar el móvil a su espalda lo señaló con la barbilla antes de añadir— ¿Era algo del trabajo?

—No era nada, una bobada. ¿Quieres poner algo en el ordenador o pasamos directamente a mi habitación?

Levantaba las cejas de modo bromista y seductor a la vez, como en otras tantas ocasiones, pero tenía una opresión en el pecho y la sangre laténdole con fuerza en las sienes y no pudo dejarlo estar. Dio dos pasos más hacia Macey, con las manos hundidas en los bolsillos para evitar evidenciar su estado de ánimo y la vista clavada en sus ojos color miel.

—¿Qué es lo que intentas esconder? Por la tarde no me quisiste hablar de aquellos hombres y ahora...

—No escondo nada. Y tú tampoco me dijiste qué hacías en ese restaurante con gente que está claro que no era futbolista, pero yo no te interrogo.

Tras sostenerse las miradas con dureza durante unos instantes, Macey acabó por dejar caer la mano contra su muslo, con los dedos blancos por la intensidad con la que sujetaba el teléfono y no le costó darse cuenta de que estaba molesta. Aun así, ya no podía echarse atrás, por lo que se mantuvo hasta que soltó un bufido antes de proferir con desgana.

—Charlaba con Daryl, ¿vale? No te lo quería decir porque sé que le tenéis ojeriza por su trabajo, pero sigue siendo mi mejor amiga.

—Y me cuesta entender cómo puede serlo. Cómo tienes una relación tan estrecha, si te molesta tanto la fama. Ella es mucho más conocida que muchos deportistas.

—Porque lo es desde que éramos niñas. Y no tendría que estar hablando tanto con ella si el idiota de tu equipo no la hubiera dejado como la dejó.

Salió del salón a grandes pasos, apartándose de él todo lo que pudo al pasar por su lado. Ya en ese momento se sintió mal, pero no supo cómo actuar para arreglar la situación. La disculpa no fue suficiente y esa noche, no hicieron el amor antes de dormirse.

Por eso, esa mañana se había despertado pronto y decidido a enmendarlo, salió en busca de unos bocaditos que vendían en una repostería de estilo francés que se encontraba a dos calles de distancia. Quería disculparse con Macey y sabía que tenían un surtido de pastelitos que a su chica le encantaban. Sería un buen modo de volver a disculparse antes de tener que marchar al entrenamiento sabiendo que todo estaba correctamente entre ellos.

La ojeada que le dirigió la dependienta de aquella pequeña y coqueta pastelería le hizo detenerse nada más cruzó el margen de entrada. Ya le había atendido en otras ocasiones, pero jamás le había dirigido una mirada como aquella, que acompañó con una mueca de la boca que le hizo fruncir el ceño. Echó un vistazo rápido por el local, comprobando que las tres mesitas redondas de madera estaban todavía libres, mientras aprovechaba para rehuir su contacto, colocándose en la fila repitiéndose para sus adentros que quizá lo hubiera reconocido.

Esperó pacientemente el turno mientras atendían a un par de señoras que estaban por delante cuando una recogió su bolsa de papel serigrafiada y al volverse, le lanzó un repaso y

chasqueó la lengua con un ademán casi grosero, parapetándose tras la bolsa a escasa distancia.

—¿La puedo ayudar, señora? ¿Se encuentra bien?

—Estoy casada, joven, por la iglesia y desde hace más de treinta años. Y yo también me lo he pasado bien en mi juventud, no sé si me entiende, pero hacer exposición de eso —bajó la vista hasta su abdomen con elocuencia—... no me parece bien. Y esa chica... Pero en estos tiempos es normal que haya perdido un poco la cabeza, y más con un italiano. Claro —le golpeó ligeramente con la bolsa a la vez que elevaba el tono—. Tendrán el Vaticano, pero son ustedes como demonios. ¡Más le vale que se comporte decentemente!

Perplejo se apartó lo suficiente como para despejarle el camino y avanzó dos pasos hacia el mostrador sin entender lo que había pasado. Estaba a punto de bromear sobre ello con la dependienta cuando ella vio de reojo a un lado del mostrador. Siguió su mirada para sentir que la tierra cedía bajo sus pies sin previo aviso. Sin más cuidado, apartó a la señora que tenía al otro lado y extendió la manaza sin poder creerlo.

Allí mismo, entre sus manos estaba él sentado en una elevación de la popa de un yate con las aguas griegas de fondo y llevando nada más que un bañador de color blanco que contrastaba con su tono de piel. Macey se encontraba de pie entre sus piernas vistiendo únicamente la parte de debajo de su bikini naranja, con las dos delicadas manos apuntaladas sobre sus rodillas morenas y la cabeza en una comprometedor posición, demasiado cerca de su entrepierna.

La imagen que aparecía en la portada de la revista de cotilleos más vendida de Reino Unido estaba acompañada de un titular en grandes letras rojas que rezaba «Il Santo é todo un diavolo» a la vez que anunciaban que contaban con más fotos en su interior.

Sin poder pensar en nada más, tomó la revista y salió corriendo del local para regresar a la casa de su chica lo antes posible. Era cierto que la foto se veía ligeramente borrosa, probablemente debido a lo ampliada que estaba, y que sus caras no se distinguían perfectamente. Pero no era menos cierto que cualquiera que los conociera lo suficiente se daría cuenta de que eran ellos.

Durante el resto del camino no pudo pensar en otra cosa que no fuese Macey y el duro mazazo que esa publicación le iba a suponer. Después de la insistencia y empeño por llevar la relación en un segundo plano y lograr llevarla de la manera más discreta posible, estaba claro que aquella portada daría al traste con sus deseos. Se trataba de una imagen completamente escandalosa que las secciones del corazón de los distintos canales usarían todo el tiempo que pudiesen.

La risa fresca de Macey le sorprendió a su espalda pocos segundos después de entrar y, aunque quiso, no pudo evadirla.

—¿De dónde vienes así, que parece que estás escapando de algo? ¿Te espera un grupillo de fans en la puerta?

Meneando la cabeza a ambos lados, todavía vestida con una camiseta vieja y el pelo hecho un desastre, se aproximó a él a paso rápido con la curiosidad reflejada por completo en el rostro. No le costó demasiado distraer a Gianluca para quitarle lo que ocultaba en la mano tras su espalda.

En cuanto la desenroscó le cambió la cara y subió la vista hacia él, que por un momento se había quedado mudo también. Galli abrió la boca, sin saber bien qué decir que pudiese ayudar en aquel momento, pero ella se adelantó apretando los labios en una mueca grotesca antes de darse en la frente con la revista para esconderse tras ella.

—Mierda.

Su voz sonó estrangulada, impotente y él, cargado de rabia e incapacidad, le acarició la

parte superior de los brazos de arriba abajo hasta que apartó la revista de su cara. Por un momento, le pareció que tenía los ojos brillantes y la tez más pálida que de costumbre, pero se zafó, se dio la vuelta, posó la revista sobre la mesilla del salón y con la vista perdida en la portada, repuso en tono ácido.

—Anda que no podían haber elegido otra. Una en la que saliera un poco más favorecida.

—Seguro que en un par de días se les olvida —al ver cómo ponía los ojos en blanco se apuró a añadir—. Lo siento, *bella*, no se me ocurrió que podían capturarnos así en alta mar...

Dando dos grandes zancadas regresó frente a ella sin dejar de mirarla y la apretó contra su cuerpo con fuerza, intentando aliviarla de algún modo. Se quedaron así, callados, pegados el uno al otro. Sus dedos delgados se apretaron en torno a su cintura durante unos segundos, hasta que se separó para comprobar quién la llamaba al iPhone.

—Tengo que responder —indicó mientras se dirigía a su habitación—. Serán unos minutos.

CAPÍTULO 16

La observó alejándose por el pasillo conversando en voz queda y se le encogió el estómago al verla en ese estado. No rezumaba la energía a la que esa chica descarada y divertida le tenía acostumbrado. Por el rabillo del ojo se fijó en la portada y la golpeó con el puño, maldiciéndose internamente por haberse dejado descubrir así, con ella en las manos.

En un primer momento, se molestó por habérsela llevado de la confitería y, una vez hecho, por no haberla tirado de regreso. Pero no había sido demasiado consciente de su comportamiento y, lejos de lo que acostumbraba a mostrar, había actuado por impulsos. Y el único pensamiento que había ocupado su cabeza fue regresar junto a ella, suavizar el modo en que se enterase de la noticia y cerciorarse de que estaba bien.

Agarró la revista con las dos manos y se dirigió a la cocina para tirarla, aunque en un impulso la hojeó. Había todo un reportaje de los dos en el yate, aunque la imagen más comprometida de todas era la que se mostraba en la portada. Abrió el contenedor con la vista puesta en una fotografía interior en la que se les veía a los dos sonriendo, tomados de la mano, tumbados sobre la cubierta y apretó las hojas hasta arrugarlas. La vibración del móvil lo sacó de sus casillas, convencido de que sería algo relacionado con esa exclusiva y no se equivocó demasiado.

Era un mensaje de uno de sus socios, Prentice, que le hizo parpadear un par de veces, releerlo y regresar a las páginas de la revista a la vez que se tornaba a la habitación de Macey. Todavía tenía el teléfono pegado a la oreja y con la otra mano se sujetaba la cintura, medio doblada. Al escucharlo tras de sí, entornó los párpados y se dirigió con una voz neutra a su interlocutor.

—Te tengo que dejar, que ahora estoy con él —se giró con una mueca en los labios—. Sí, luego me cuentas.

Macey tiró el teléfono sobre la cama todavía desecha y se pasó la mano por delante de la cara un par de veces con cansancio, para luego dirigirse al armario. Tomó la ropa interior que se pondría tras la ducha que sintió que necesitaba para despejar la mente durante unos minutos.

—Espero que el director de la galería no haya visto las fotos todavía, porque de lo contrario me voy a meter en un buen lío. Aunque seguro que alguien...

Al darse la vuelta se encontró delante con una pantalla iluminada y el rostro de Galli. Y, aunque mostraba su habitual expresión hierática, los ojos le brillaban de una manera extraña.

—¿Ha pasado algo más? ¿Otra portada? Espero que no se hayan atrevida a sacarnos sin nada de ropa porque a mí madre le da algo.

—De tu madre no han dicho nada, pero es curioso que sí nombren a tu padrastro —Macey estrujó las braguitas al escuchar la crispación en su voz—. Esto es una captura de una web de noticias que me acaba de enviar uno de mis socios. Espera, que te lo leo.

—No hace falta. Sé exactamente quién es —señaló hacia el teléfono sin ganas—. Acabo de hablar con él y...

—Sí que hace, sí. *«Uno de los Leones más codiciado del Brent y gran soltero de oro, Gianluca Galli, ha sido sorprendido con la hijastra de David Wrigth-Statton, máximo accionista de la productora Bizcnuary, Inc, responsable de programas del corazón como Cazafamosos o*

The Evening. Las fotografías hablan por sí solas de lo ardiente que ha sido el encuentro. Ahora solo falta por saber si se trata del robado más explosivo del año o si se trataba de una exclusiva pactada que el paparazzi de este medio amigo les ha fastidiado» —bajó el teléfono con los labios apretados y la escrutó con dureza—. Para eso te llamaba tu padre, ¿no? Porque os han jodido la exclusiva.

—¿Qué? —dio dos pasos hacia él, que se apartó como un resorte, dejándola perpleja— ¿Me lo estás diciendo en serio, Luca? —la voz comenzó a sonar más agudo de lo que le gustaría mientras sentía las mejillas arder por la impotencia— ¿Traes esa revista a mi casa y ahora me preguntas que si esas fotos donde parece que estoy en *topless* y a punto de hacerte una cochinada es algo que he tramado con mi padre?

—¿Sí o no?

—No pienso contestarte... Y espero que reflexiones bien en lo que me estás diciendo antes de volver a abrir la boca, porque te estás comportando como un...

—No tengo nada que reflexionar, Macey. Hacía más de ocho años que no protagonizaba una portada del corazón. La última vez me escoció tanto que he sido muy cuidadoso con mi vida pública y privada para que eso no volviese a pasar.

—Eres famoso. Tú mismo me dijiste que no podías garantizar que no sucediese algo así, porque ya les había pasado a otros. Cuando nos conocimos no sabía quién eras. Fuiste tú el que insistió en seguir y yo la que te pedí que lo llevásemos en privado. Por si no te acuerdas.

—De lo que no me acuerdo es de que me comentaras que tu mejor amiga era una periodista que colaboraba en los programas de máxima audiencia del corazón y que tu padre era el director ejecutivo de uno de ellos.

Alargó el móvil, echó un breve vistazo a la pantalla antes de subir la cabeza y mirarlo con la barbilla levantada. Se cruzó de brazos y respiró hondo un par de veces para tener cuidado con lo que decía y no avivar más el fuego.

—Creo que te lo estás tomando por donde no es. Ellos tienen su trabajo y yo el mío —le vio torcer la boca y se le adelantó—. Yo tampoco sé de qué trabaja tu padre, por ejemplo. Si querías saber por qué no me relaciono con famosos, ya tienes la respuesta. El marido de mi madre es un jefazo de la industria y la mayoría de la gente, en cuanto lo sabe, se acerca a mí intentando sacar tajada. Y por eso hace mucho que no comento con nadie la profesión de mi padre hasta que estoy muy segura de que eso no va a afectar a nuestra relación.

—¿Tu amiga lo sabe?

—¿Daryl? —asintió con determinación, con los ojos verdes a punto de horadarla y quiso gritar de la frustración— ¡Qué tendrá que ver!

—¿Quieres hacerme creer que es una casualidad que tú te colases en mi vehículo en Suecia con tu amiga la periodista esperándote dos coches más adelante y que después me sedujeses? ¿Que es una coincidencia que esa misma amiga después iniciase una relación con Lewis Osgood? Ya me manipularon una vez y no pienso volver a caer. No soy tan tonto, Macey.

—Y si no es una casualidad, ¿qué crees que es?

—Habéis orquestado esto para tener contenido para los programas de tu padre.

Abrió la boca para contestar, pero, cambiando de idea, rodó los ojos y se dirigió al baño mascullando para sus adentros, sin esforzarse en esquivarlo. Todavía no había agarrado el pomo de la puerta cuando lo sintió tras de sí y lo encaró.

—No pienso responderte a esas locuras porque no has dado ni una a derechas.

La mueca de suficiencia con la que se curvó la boca de Gianluca le molestó mucho más que todas las palabras tan hirientes que acababa de soltarle y no pudo contenerse más.

—Lo primero, Lewis y Daryl llevaban meses liados cuando te conocí, así que tu teoría se cae a pedazos. Si ya lo tenía a él, ni tú y ni yo no hacíamos falta. Lo segundo —dio un paso hasta quedar lo suficientemente cerca como para rozarlo con el bajo de su camiseta, pero le dio igual—, fuiste tú el que me persiguió por el hotel en Malmö, así que habría que ver quién sedujo a quién. Y lo tercero —le dio tres golpecitos en el pectoral, como llevando la cuenta—, es que sé perfectamente por qué haces esto y no me lo esperaba.

Al ver su cara inexpresiva observándola como si nada, bajó los brazos esperando una reacción que no llegó. Cansada de tener que justificarse sin que él diese nada a cambio, se volvió para entrar en el baño, colocando la toalla y la ropa interior a mano. Iba a cerrar, pero el italiano se interpuso en el quicio de la puerta.

—Macey...

—Quiero ducharme, Luca. Y no tengo mucho más que decir. Si prefieres fingir que he pactado unas fotografías así, que van a poner en riesgo mi trabajo, para poder dejarme y no sentirte mal, hazlo.

—¿A qué te refieres? No tengo nada que fingir, es lo que ha...

—Los dos somos iguales, Luca, por eso lo sé. Los dos desconfiamos de las personas que se nos acercan y de sus posibles intenciones. A ti te pasa con las mujeres y a mí con todo el que es o quiere ser famoso. Los dos preferimos estar solos a arriesgarnos a que solo quieran usarnos. Y no damos segundas oportunidades.

Con una sensación incómoda en la base del estómago, Galli la contempló pasmado mientras ella se quitaba la camiseta y la tiraba en una esquina, porque las aceradas palabras de la marchante habían dado en el blanco, definiéndolo a la perfección.

—¿Recuerdas el día que Daryl te llamó y viniste a buscarme al hotel? ¿Y que me desperté muy sobresaltada? —esperó hasta que asintió a través del espejo— Tenía la mente confusa y me vino una imagen de mí con un hombre sin rostro. No sabía qué había pasado y me agobié muchísimo porque tenía claro que, si me había equivocado, aunque fuese por el alcohol, no me perdonarías y lo nuestro se acabaría por una tontería.

Se desenredó un par de nudos del cabello frente al espejo antes de entrar en el plato de ducha. La expresión de Luca no había cambiado ni un ápice y decidió soltar todo lo que llevaba dentro, porque en ese punto supo que él no iba a desdecirse.

—Me estás haciendo pagar a mí por lo que te hizo otra persona hace ocho años —a través del cristal recibió su mirada torva, pero elevó los hombros sin amilanarse. Tragó saliva y agarró la manija de la ducha sin llegar a abrirla—. Y yo no soy ella. Entiendo que te hayas agobiado, pero no imaginaba que ibas a comportarte como un cobarde, eligiendo creer que soy otra aprovechada como tu ex en vez de arriesgarte a sentir. Y solo por miedo a vivirlo de nuevo.

El rostro del italiano se mantuvo impasible, incapaz de reaccionar de ninguna manera, con una sensación asfixiante en su interior que hasta le costaba respirar. Con toda la calma que fue capaz, Macey abrió el grifo antes de dirigirse a él por última vez.

—Deberías irte o llegarás tarde al entreno.

Y le dio la espalda metiéndose bajo chorro de agua caliente esperando sentirse un poco más reconfortada. Tras unos segundos contemplándola en silencio, Galli arrimó la puerta y tomó la llave del coche con desgana, apretándola hasta clavársela en la palma sin sentir apenas nada.

CAPÍTULO 17

Agitó la copa con desgana y le dio un traguito para ahogar el suspiro que estaba a punto de salirse. Por el rabillo del ojo miró a su derecha mientras posaba la bebida para ajustarse el albornoz adoptando una mueca de aburrimiento.

—Te dije que esto no valía para nada.

—Si no funciona es porque no lo estamos haciendo bien, guapa —Daryl chasqueó la lengua incorporándose lo suficiente en la tumbona como para quedar sentada—. Esto debería ser un «spa y vodka», y eso no se logra con zumitos de melocotón.

—Sinceramente, no creo que la bebida sea lo mejor en estos momentos. Para ninguna de las dos. Te recuerdo que últimamente te has pasado más tiempo borracha que serena.

—Tampoco me ha ido tan mal. En el trabajo me han dado dos semanas de vacaciones para que me recupere —frunció los labios unos instantes antes de observar largamente a su amiga por enésima vez—. Y no lo decía por mí.

Macey apretó los dientes tironeando del cinturón del albornoz de su amiga, que le quedaba demasiado corto. Después de varios días de aislamiento en su piso sola, se había dejado convencer por Daryl para pasar un par de días juntas llorando por sus respectivos corazones rotos, pero la más baja parecía estar sanada.

—Dado el interés de los medios en mí, esto es lo mejor que te puedo ofrecer, amiga.

—Pues ponerme dos pepinos en los ojos con los pies en mi bañera no ha sido nada reconfortante.

—Sabes de sobra que no puedo ir a un hotel en estos momentos.

Tras soltar un bufido, Daryl se puso de pie ante ella con los brazos en jarras.

—Si aún estuviésemos en tu casa, que tienes un balconcito muy cuco, podríamos fingir que...

—Paparazzi

—¡Estás siendo igual de aburrida que en aquellas épocas de exámenes de la universidad! No tienes que recluirte entre cuatro paredes esperando la muerte. No has hecho nada malo, ¿sabes?

Estaba a punto de contestar en un tono similar cuando la otra se echó el pelo tras la espalda en un movimiento seco y se contuvo sorprendida.

—¿Qué es eso que tienes ahí en el cuello?

—Nada.

—Pues desde aquí parece un chupetón.

—¿Entonces para qué preguntas, chica? Que ya no tenemos quince años.

La periodista se apuró a salir al pasillo, pero Macey ya estaba pegada a ella sin podersele creer.

—¡Oye! ¿Quién ha sido? ¿Y por qué no me lo has contado?

—Ha sido un desliz de esos que tiene cualquiera —lo cubrió apresuradamente con el cabello antes de abrir la nevera y sacar dos cervezas—. Un fallito. Ya sabes.

—No, no sé.

—Anda, toma una, aburrida —extendió el brazo con insistencia, hasta que la agarró—.

Quedé con Lewis para... Bueno, quedamos y nos liamos un poquito. Tampoco vamos a volver ni nada de eso. Al menos no mientras no los eliminan de la Champions. Y todo apunta que se van a colar en la final.

—No quiero hablar de fútbol.

—Estupendo, porque yo en realidad te quería hablar de Galli —le dirigió una mirada asesina que no logró acallarla—. Sigo pensando que deberías llamarle. Ya ha pasado un tiempo más que prudencial y está visto que necesitáis aclarar más de una cosa.

Contuvo la respiración un instante y se bajó la mitad de la cerveza sin saborearla siquiera. No tenía ganas de discutir con su amiga, que no cejaba en insistir de una manera u otra con el tema. Arrastró los pies descalzos hasta el sofá y se dejó caer en un extremo dándole vueltas la cabeza. Aunque al principio había dudado, al final se había decantado por contarle todo lo ocurrido a su mejor amiga. Tanto el enfrentamiento cuando llegó con la revista como lo que había sucedido horas después, esa misma tarde, cuando Galli había regresado a su vivienda.

Como en ese mismo instante, en aquel momento ella estaba tirada sobre su sofá de color mostaza, prácticamente a oscuras, con el antebrazo sobre los ojos cuando escuchó la llave en la cerradura. Después del modo en que se habían despedido, no contaba con que apareciese tan pronto, pero tampoco hizo un esfuerzo por levantarse.

Apenas entró, Galli encendió la luz y siguió el pasillo en dirección a su habitación, para bastantes minutos después entrar al salón. Al encender la luz descubrió que le colgaba una bolsa en la mano. Tras verla allí tirada, se detuvo en seco con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí?

—Eso debería preguntarlo yo, Luca.

—Me habías dicho que trabajabas por la tarde toda la semana.

—Sí, pero mi jefe ha preferido mandarme de vuelta por unos días —soltó con la garganta seca, con gran esfuerzo—. Parece ser que durante la mañana ha recibido numerosas llamadas sobre mí. Me he hecho popular. Un montón de perversos han pedido que les atienda yo, para ver si se ligan a la chica de la portada. Y otras tantas señoras han dicho que como eso suceda, cierran la cuenta con la empresa.

—Lo siento, *carina*.

—¿Por qué? Ahora que soy un problema, está haciendo lo mismo que tú: librarse de mí —levantó el índice acusatoriamente señalando la bolsa—. ¿O me vas a decir que no has aprovechado a venir cuando creías que trabajaba para llevarte tus cosas?

—Tampoco es así.

—¿No? ¿Entonces te llevas tus cosas de mi apartamento porque quieres seguir conmigo? —le sostuvo la mirada hasta que él cerró la boca y, enarcando una ceja, siseó— Eso me parecía.

—Todo esto me ha caído muy de sopetón.

—Pues entonces es toda una suerte para mí que me lo esperase al haberlo tramado todo. Lástima que no me diera cuenta de que iba a perder las dos grandes pasiones de mi vida —puso los ojos en blanco, pronunciando las siguientes palabras con sorna—. Menos mal que me he forrado vendiendo la exclusiva a los medios y que no me haréis falta ni el trabajo ni tú, así que lárgate de una vez.

Aunque había pensado en el portero durante casi todo el día, verlo entrar a hurtadillas en su piso para llevarse sus pertenencias sin despedirse siquiera había sido más de lo que podía aguantar en un solo día. Y estaba a punto de estallar. Nunca había sido una persona paciente. Solía disfrazar sus emociones con una pátina de humor y descaro para que los demás no fuesen conscientes de lo que latía debajo. Pero, en ese momento, solo buscaba algún tipo de reacción en

Galli que le mostrase que había cambiado de opinión, pero parecía esperar en vano.

—Es verdad, me he acordado de otro fallo en tu teoría. Si lo único que buscábamos era una exclusiva bomba para la tele... Quizá debí contarles que la mujer de vuestro segundo capitán se tira a los masajistas salidos de los hoteles. ¿Por qué no lo habré hecho, si solo estaba contigo por eso?

—No te pongas así, Macey, que te estás pasando. Siento lo que te ha pasado en el trabajo, pero necesito tiempo.

—Ya lo tienes. Todo el del mundo, porque no pienso moverme de este sofá mientras pueda.

Lo vio titubear y echar la vista hacia la puerta de entrada y tensó los labios hasta formar una mueca. Tenía más que claro lo que iba a pasar, así que rodó por el sofá hasta darle la espalda para no tener que verle marcharse por última vez. Tras el portazo, notó las lágrimas picándole a punto de salir, sabiendo con seguridad que le iba a costar acostumbrarse a no tenerlo.

Pronto constató que no se había equivocado. El paso de los días no le había ayudado tanto como las canciones prometía y, aunque intentaba controlar sus emociones, no podía apartarlo de su mente. El italiano se le había colado por dentro de los huesos, como una enfermedad que amenazaba con no abandonarla.

Y después de cómo se había dirigido a él, cargada de amargura y reproches, no estaba segura de que pudiesen quedar con normalidad, como Daryl le había sugerido en diversas conversaciones.

El peso de su amiga en el sofá le hizo regresar a la realidad y sacudió la cabeza para espantar sus pensamientos a la vez que se oponía a su sugerencia.

—No ha confiado en mí en ningún momento, Daryl. Ya sucedió lo mismo cuando nos encontró el idiota de Sven...

—Y te dije en ese mismo momento que se lo contases todo. Que con alguien que es tan desconfiado como él iba a ser lo mejor.

—¿Qué le iba a decir, que fui tan tonta que me lie con un intento de roquero que solo se fijó en mí para conseguir que mi padre colase sus canciones en la tele? ¿O que fui a Malmö para intentar que nos dejase en paz y que antes le abría la cabeza a dejar que mi padre le hiciese el favor? ¿O que perdí el bate y tuviste que dejarme tu spray anti violadores para tener algo con lo que amenazarlo?

—Quizá no hacía falta entrar en tanto detalle, cielo, pero ahora ya está. Deberíamos pensar en el futuro, en qué tienes pensado hacer. No puedes quedarte en casa para siempre.

—No pienso hacer nada, Daryl. No creo que me quiera volver a ver y si me rechaza en persona me muero.

Pasando un brazo sobre su hombro, su amiga le palmeó la espalda un par de veces hasta que su respiración sonó más controlada. Entonces se despegó de ella y le pasó el botellín mediado, que todavía estaba frío, antes de clavar sus helados ojos azules en ella.

—Antes de que te dé por la tragedia... Lewis me ha preguntado por ti y le he sacado que a él tampoco se le ve muy allá. Parece ser que anda de un humor de mil diablos. Muy lejos de su acostumbrado semblante de piedra.

—¿Y?

—Y que ha preguntado por ti. A Lewis, a Alana —levantó la vista incrédula—... y a mí.

CAPÍTULO 18

Sin esperar por el resto de los compañeros, Galli recorrió el pasillo a grandes pasos hacia los vestuarios con la mandíbula contraída apretando los dientes lo suficiente como para que le doliesen. Se estaban jugando el partido de ida de semifinales de la FA Cup contra el Bolton Wanderers, un equipo de tercera división del área del Gran Manchester, pero su mente estaba en otro lado.

Llevaba dieciocho días sin apenas concentración en lo que tenía delante. Exactamente los mismos que hacía que no veía a Macey Bruun tras dos discusiones seguidas. Al principio había preferido fingir que las dos cosas no estaban relacionadas. O que se debía únicamente a la expectación y atención indeseada de la prensa sobre él, pero hacía tiempo que había abandonado ese pensamiento. Y también había admitido, al menos para sí mismo, que Macey tenía razón en lo que le había dicho. O al menos en gran parte, y eso lo alteraba más todavía.

Se dirigió a una taquilla cerrada que les habían asignado para guardar sus objetos personales, pero tras intentarlo un par de veces no se abrió y soltó el puño contra el metal, cargado de frustración. Intentó sacarse uno de los guantes con los dientes para intentarlo nuevamente y se topó con la mirada sorprendida de varios de sus compañeros de equipo. Arrugó la frente y les dio de nuevo la espalda.

Sabía que se estaba dejando llevar por aquella pasión de una manera casi descontrolada cuando llevaba años jactándose de tener sus impulsos bajo raya, pero últimamente le suponía un gran esfuerzo mantenerse sereno y el partido estaba siendo tan bronco que había sacado lo peor de él.

El segundo entrenador se aproximó y posó una mano sobre su omóplato con cuidado, como temiendo alterarlo más todavía, lo que le hizo poner un mohín. Algunos de los compañeros se comportaban con él de ese modo, como si hubiese que manipularlo con cuidado o de lo contrario pudiese estallar. Exactamente lo que le había parecido el estado de Macey la última vez que la había visto.

—¿Va todo bien, Gianluca? —le preguntó Walter tras abrirle la taquilla con facilidad, apresurándose a asentir— Bueno, tómate unos minutos y únete al resto, que Healy está a punto de dar la charla...

—... y el capitán nunca puede faltar. Sí, ya me lo sé.

Se libró de Walter y de su guante derecho casi a la vez, y tomó su teléfono con desesperación. Llevaba sin tener contacto con ella desde que le había sorprendido en su apartamento cuando había regresado a por sus guantes de la suerte. Siempre los llevaba consigo a los partidos complicados desde que se los había regalado su abuelo en su estreno en la segunda división italiana. Le gustaba tenerlos cerca y tocarlos antes de dirigirse al campo, a pesar de que negaba en público ser supersticioso.

Había decidido pasarse por la casa de su chica con la excusa de recogerlos y así poder conversar con ella con más calma, tras haber tenido un tiempo de reflexión. Sin embargo, le había sorprendido encontrársela ya allí y tan enfadada. Esa segunda discusión fue como un mazazo inesperado. No supo reaccionar para justificarse, ni supo disculparse a tiempo y lo había empeorado todo.

Sacó el teléfono del interior de uno de sus guantes de la suerte y desbloqueó la pantalla para poder ver la foto favorita que le había sacado. Esa misma que Macey había amenazado con borrarle un centenar de veces porque salía durmiendo con la boca abierta y los pelos enredados.

Deslizó el dedo con detenimiento por la pantalla con amargura. Le había pedido tiempo, y tan solo dos días después había tenido la certeza de que no lo necesitaba. Ahogó una mueca a la vez que bloqueaba de nuevo la pantalla. La necesitaba a ella, pero ya no estaba tan seguro de poder recuperarla, de volver a tenerla. Casi en un calco de una conversación que había mantenido con Alana Horan hacía unos meses, en cuanto se le pasó la ofuscación fue consciente de que él también había sabido que Macey era la adecuada. Y, sin embargo, al ver la portada, había preferido ignorar lo que sentía por el miedo a volver a ser traicionado y llevaba dos semanas largas pagando esa cobardía.

—¿Te molesta el hombro? —preguntó Burton al pasar ante él. Le dio de hombros— Yo espero poder terminar el partido, después de la entrada que me ha hecho ese bruto.

Iba a darle la razón cuando recibió varios mensajes en el teléfono que todavía sostenía entre sus dedos. Sonó varias veces seguidas y se apuró a desbloquear la pantalla. Se trataba de Conti, el único de sus socios que se había mostrado casi complacido con aquella atención no deseada de los medios. En el grupo que tenían todos los socios del hotel, acababa de trasladar los últimos datos económicos del The Emerald, que habían subido significativamente en ese periodo, además de rozar el completo en las reservas. En el último de los mensajes empleaba un tono jocoso, indicando que ahora ya sabían cómo mejorar los resultados del hotel si más adelante lo volvían a necesitar.

La rabia lo cegó y lanzó el móvil contra el fondo de la taquilla antes de cerrarla con mucha más fuerza de la precisa. Dejó caer la espalda contra ella y apretó los párpados buscando un control de sí mismo que parecía alejarse más cada vez. Una mano se posó en su hombro. Se trataba de Maty, que lo llevó sin palabras hasta el centro del cuarto en donde Healy estaba a punto de comenzar su diatriba tras una mirada crítica.

Sabía que Conti estaba de broma, pero el comentario le había dolido. Sobre todo, porque tras la sorpresa inicial, había sido muy consciente de que quien había llevado la peor parte en todo aquello había sido ella. La periodista metomentodo de su amiga le había asegurado que esa portada no era por él ni por ella en sí, sino que se habían aprovechado de ambos como un medio para lograr un fin. Un competidor del padrastro de Macey la había reconocido en esas imágenes y las había comprado y comercializado para hacerle daño al gran hombre a través de su hijastra, al no encontrar otro punto débil.

Y tras ver la luz, los medios se habían cebado con ella, con gran crueldad en muchos casos, por el mismo motivo. Además, se regodeaban destacando exageradamente su desnudez o lo liberal que la veían en las imágenes publicadas en lo que calificaban de una aventura sin importancia para el portero, al que consideraban que únicamente se había dejado arrastrar.

Y eso era lo que más le molestaba. La desfachatez con la que etiquetaban su relación, como si para él no hubiese significado nada. Una aventurilla en Pascua. Soltó un gruñido y un compañero le apretó el hombro. El entrenador se detuvo en medio de la charla, encaminándose hacia él con su habitual arruga en la frente.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho, Galli, o crees que hacer equipo está de más? Puede que estemos jugando contra un equipo de tercera división, pero ellos han venido a por todas. Marcar un gol sería un gran hito en su temporada. Ganar el partido de ida, el sueño de toda su afición. Quizá para alguien como tú, que ya lo has conseguido casi todo, una FA Cup más no signifique nada. Pero si me van a echar al final de esta temporada, prefiero que sea por todo lo

alto. Los aficionados y el equipo lo merecen, ¿lo has entendido?

—Claro, Míster. He tenido unas semanas... difíciles.

—Como todos, pero nadie está golpeando el mobiliario. Deja los problemas fuera del campo y concéntrate en lo que estamos, porque en ese estado no nos sirves.

Se limitó a asentir con gesto serio mientras el hombre seguía motivando al resto de sus compañeros y dando instrucciones de algunos aspectos a mejorar de cara al segundo tiempo. No había transcurrido ni medio minuto y volvía a estar sumido en sus pensamientos.

En cuanto ese mismo día, a las puertas del estadio, la prensa había colocado el micrófono ante su boca soltando una pregunta capciosa, había estado a punto de cometer una locura. Por eso, se había convencido a sí mismo que lo mejor era mantenerse apartado de ella esperando que los medios aparcasen su historia ante la falta de noticias y fuesen a por otras más recientes. Cuando eso pasase y se olvidasen lo suficiente de ellos, podrían tener una nueva oportunidad. Sin embargo, nada estaba yendo como había planeado. La prensa no había desistido lo más mínimo, y ya no estaba tan seguro de poder tener esa oportunidad, porque la chica había desaparecido.

Mientras esperaban para saltar al campo de nuevo, intentó alejar de su mente esos pensamientos, pero al ver a Lewis Osgood aproximándose conversando cordialmente con un futbolista del equipo rival, no pudo evitar hacerle una seña discreta para que se hacer acercase.

—¿Has sabido algo más?

—Galli —negó ligeramente con la cabeza bajando el tono con especial cuidado en las últimas palabras—... Como sabes, ya no estoy con su amiga.

—Eso díselo a otro. Me he fijado en la ducha. Traes otro arañazo que te cruza la espalda.

La expresión de su colega cambió, mostrándose dubitativo. Los árbitros se aproximaron y todos los deportistas formaron la fila antes de salir al verde. Lewis se coló ágilmente a su espalda para pronunciar poco más alto que un susurro.

—Daryl no quiere contarme nada porque sabe que, si me lo preguntas, te lo diría. Sé que estuvo una semana en una casita que tienen en Devon, pero no creo que siga allí —le apretó el brazo con intensidad durante un instante, para infundirle ánimos—. Lo siento, compañero, pero no puedo ayudarte más.

Sin expresión en la cara, Galli hizo un gesto seco de asentimiento antes de comenzar a subir los escalones. Fingió apretarse los guantes para eludir la pregunta muda que había en el rostro de algunos de sus compañeros y se limitó a dirigirse a su lugar ante la red, solo delante de la afición local. Cuadró los hombros y estiró el cuello con decisión tomada.

En cuanto regresasen a Londres esa noche, no pararía hasta averiguar dónde se encontraba Macey.

CAPÍTULO 19

Ni siquiera se había llegado a sentar y ya había sospechado más de una vez que se había equivocado con su decisión. Y pensó amargamente que no era el peor error que había cometido en ese mes. Se llevó la mano a la sien, apretó y la deslizó hacia atrás, intentando evadirse del jaleo que lo envolvía todo y amenazaba con marearla. Tras una semana apartada del mundo en la pequeña casa de campo que su familia tenía a una hora escasa de Londres, sus padres habían decidido que el tiempo de reclusión debía llegar a su fin y se habían plantado allí sin previo aviso, para intentar espolearla en otra dirección.

Macey había podido evitar sin mucho esfuerzo cada comentario o gesto de su madre al respecto, que se había limitado a frases genéricas de ánimo y motivación. Sin embargo, no había podido lidiar del mismo modo con su padrastro. Se notaba que era un gran tiburón que sabía cómo llevar a cabo una negociación con independencia de a quién tuviese enfrente. Y un desayuno casero con una marchante veinteañera a la que conocía desde niña no le debía suponer un gran reto. Casi podía escuchar su acento galés al recordar sus palabras, mientras tomaba la taza con una sola mano frente a ella.

—Si es cierto que ya lo has superado, entonces podrías venir de vuelta a la ciudad con nosotros —Macey levantó la cabeza con sorpresa. No se esperaba que la fuesen a echar tan rápidamente de una casa que poco usaban—. Podrías quedarte en nuestro apartamento hasta que los paparazzi se aburran de esperar en tu puerta...

Por el tono de voz, supo que había algo más. Era evidente. Pero no se pudo resistir a caer en la trampa, como le había sucedido en más de una ocasión desde que se conocían. Fingió lo mejor que pudo un aspecto indiferente a la vez que le daba el pie.

—O...

La observó largamente, como sopesando lo que vendría a continuación para meter la mano en el bolsillo y dejar sobre la mesa con actitud flemática un papel, sin quitar la vista de encima de ella. Por un instante, tuvo la impresión de ver al David Wright-Statton de los negocios, hasta que un brillo ligeramente burlón acompañó a su mirada.

—¿Has estado en Bolton?

—¿A dónde quieres ir a parar, David?

—Le he sacado una entrada para el partido de esta tarde a un conocido. Es un campo pequeño y jugará el italiano.

Su padrastro arrastró la entrada por la superficie de la mesa hasta dejarla a mitad de camino entre los dos. La mano le tembló y posó su tazón en el plato con la vista clavada en ese papel. La tarde anterior habían practicado senderismo en las afueras del pueblo y parecía haberle revelado más de lo pretendido. Mordió el labio superior un par de veces sin saber qué hacer.

—Piensa en lo que de verdad te apetece hacer, Macey. Sé que no te gusta mi mundo, pero por experiencia te puedo decir que, en muchas ocasiones, lo mejor para que se olviden de ti es darles más de lo que buscan. Con eso se mata la curiosidad por la noticia.

Parpadeó un par de veces por toda respuesta. No estaba segura de lo que debía hacer. Sabía que quería verlo. Más aún, necesitaba ver a Galli en persona, aunque fuese una vez más y estaba cansada de fingir que no era así. Desde que había llegado a la casita, se había sorprendido

a sí misma varias veces sintonizando los canales deportivos cuando era prácticamente alérgica al deporte. Él era el motivo.

Contó hasta tres mentalmente y extendió la mano, pero solo rozó la entrada con la punta de las yemas, como si tuviese miedo de que le pudiese quemar. David se limpió los labios con una servilleta de tela antes de incorporarse con vigor del asiento.

—Saldremos para Londres en cuanto tu madre se levante, para llegar a Bolton con antelación suficiente.

A partir de ese momento, todo pareció transcurrir demasiado despacio y deprisa a la vez. Se moría de ganas por poder tenerlo delante, pero no estaba segura de querer hablar con él, aunque ignoraba si él querría. Se vistió con un discreto vestido de punto de color rosa palo, una cazadora negra y metió con prisa lo que se le ocurrió en un bolso pequeño que se colgó de bandolera y, tras varios vaivenes, decidió esperar a que su madre bajase sentada en junto a la entrada.

Antes de subirse al avión había comprobado tres veces que Luca jugaría esa tarde. Su padre le había asegurado que lo haría, ya que era el portero titular, pero ella no pensaba arriesgarse a que fuese de otro modo.

Y tras una primera parte espantosa, sentada en uno de los laterales, no muy lejos del campo y rodeada de aficionados locales que no habían dejado de increpar a los Brent en todo el partido, se armó de paciencia al comprobar que el italiano estaba de pie en la otra punta del campo y que apenas podía distinguirlo bien.

En cuanto lo vio pasar por delante suyo, de camino a la portería, se palpó la parte superior de la cabeza de manera nerviosa hasta que encontró las gafas de sol y se las llevó a los ojos hasta que pasó de largo y se cercioró de que no la hubiese visto. Lo encontraba serio y concentrado, como siempre desde que lo había conocido, aunque ligeramente más tenso. El cabello, un poco más largo, caía desordenado a ambos lados tapándole parte de las orejas.

Lo devoró con la mirada. No era el más guapo del campo, pero jamás había conocido un hombre que encendiese ese fuego en su interior, y mucho menos con unas prendas deportivas tan poco favorecedoras. Y sintió un nuevo pinchazo en el estómago al pensar que quizá ya diese igual.

No le importó lo que sucedía en el campo. No entendía nada de fútbol ni lo pretendía y, quitando la vez que Alana Horan la había arrastrado al Lyon Arena, era la primera vez que iba por iniciativa propia a un campo y probablemente sería la última. La mayor parte del tiempo, Luca estaba solo bajo los palos con el gesto contrariado y el resto de los jugadores en el campo contrario.

Recordó una conversación en que le había explicado la exigencia de su puesto, especialmente en partidos como aquel en donde apenas se producían un par de tiros a su portería y tenía que saber permanecer concentrado, evitando las distracciones, para poder atajar cualquier posible balón. Y supuso que era necesario porque los Leones solo habían marcado un gol y podía no ser suficiente para asegurar la victoria.

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando se dio cuenta de que el jugador local, que portaba el número treinta y tres a su espalda, había aprovechado cada ocasión en que el balón estaba en esa zona para dirigirse a él de una manera muy poco amigable y las expresiones que le devolvía el más alto se lo corroboraron. Parecía que estaban a la gresca. Se subió las gafas de sol a la frente y los observó con intensidad. Una sonrisa cínica se había instalado en el jugador del Bolton Wanderers, que aprovechaba cada mínima ocasión para dirigirse a Galli en un momento en el que el balón no paraba de ir y venir de uno a otro campo.

En un momento en el que el balón salió por su banda, prácticamente frente a donde estaba sentada, le pareció que uno de los locales le dirigía una mirada curiosa, pero le preocupó más ver la crispación en el rostro del italiano despejando el balón pocos segundos después, con el treinta y tres nuevamente a la zaga, entrando en una tensa discusión que obligó al árbitro a intervenir, deteniendo el juego unos segundos.

Estaba tan centrada observando el baile que se traían entre los dos que no vio cómo el jugador de antes se detenía otra vez en la banda, muy próximo a ella, contemplándola al detalle, hasta que recibió un codazo del asistente que estaba a su derecha.

—Parece que has ligado con nuestro extremo, chica. Guíñale un ojo o algo.

Desvió la vista hasta que se encontró con la del deportista que hizo una mueca, dio un paso hacia el verde con la cabeza vuelta hacia la portería y, tras repasarla con la mirada, se dirigió al parroquiano que la había interpelado.

—No hace falta que se esfuerce. Me juego un brazo a que es la chica de la portada —un frío le recorrió la espalda y se apretó las rodillas, intentando mostrarse indiferente—. Ya sabéis, la que le olisqueaba el paquete al portero rival.

Estiró los labios hasta mostrar una sonrisa apretada y en su interior maldijo una vez más la absurda inconsciencia que la había llevado hasta allí. David había dicho que lo mejor era exponerse tanto ante todos que llegasen a ignorarte por aburrimiento, pero tras una vida de completo anonimato, no estaba segura de ser capaz de pasar por eso en esas circunstancias. Se volvió a colocar las gafas sobre el puente de la nariz y procuró levantarse lo más dignamente posible para abandonar el estadio antes de que las cosas se complicasen.

Todavía no había podido ponerse en pie cuando se dio cuenta de que los ojos de varios jugadores estaban clavados en ella, incluidos los de Galli. Inconscientemente se dejó caer sobre el asiento para evitar llamar la atención, pero ya era demasiado tarde.

Las gradas habían comenzado a corear frases de canciones populares de mal gusto mencionando el nombre de Galli, varias personas cercanas a ella la enfocaban con sus teléfonos y uno de los jugadores se había aproximado al portero tapándose la boca con la mano, señalando hacia donde se encontraba y supo con certeza que aquella había sido la idea más nefasta que había tenido en lo que iba de año.

CAPÍTULO 20

Descubrir a Macey Bruun entre el gentío de las gradas le agarrotó los músculos de la espalda, pero intentó conservar la mente fría y actuar conforme lo requería la situación. El árbitro había concedido el córner al equipo rival y si se dejaba llevar por lo que sentía, se saldría del partido cuando no quedaban más que cinco minutos más el añadido. Desvió el balón lo suficiente y Osgood lo despejó por la banda en la que se encontraba ella, pero evitó mirarla. Solo tenía que aguantar cinco minutos más, se dijo para sus adentros.

Sin embargo, ver al extremo que la había reconocido correr por la banda para situarse frente a Macey con chulería y hacer un gesto obsceno con la lengua contra la mejilla a la vez que agitaba la mano, dejándola en evidencia con lo que parecía que hacían en la foto de la revista ante las risas de los asistentes le dejó la mente en blanco.

Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, se dirigió hacia allí corriendo ignorando los gritos de sus compañeros detrás, acelerando cada vez más, con el jugador contrario retándole burlón, hasta que estuvo demasiado cerca. Le vio repetir el gesto y extendió el puño para golpearlo con toda la fuerza que pudo reunir, odiando de manera visceral el modo en que ese adversario se había comportado con su chica.

El golpe que recibió en un costado lo dejó tumbado en el suelo, apenas a unos centímetros de la pierna del rival que ya no sonreía, sino que se veía medio amarillento mientras uno del equipo técnico del Bolton Wanderers se lo llevaba casi a rastro. Varias manos presionaron su espalda, sin apenas permitirle moverse y, ya consciente que lo que intentaban, respiró hondo un par de veces por no salir corriendo tras él para terminar lo que había comenzado.

Sonó un pitido a su espalda y se incorporó lo antes posible rodeado de varios jugadores. Esperó la decisión del árbitro sin arrepentirse ni una pizca de lo que había estado a punto de hacer. Una furia ardiente bullía en su interior exigiéndole que siguiera a aquel jugador para darle su merecido, así que hizo acopio de todo el autocontrol que le quedaba para no mover los pies del suelo. Maty estaba a su derecha con una expresión estupefacta, agarrándolo con fuerza por el codo.

—No hace falta que sigas apretando si no quieres lesionarme, Martínez. No ha pasado nada.

Tras él, el árbitro se revolvió incómodo y sacó una tarjeta amarilla con la que lo señaló a él y al jugador que vestía el treinta y tres, para luego indicar a los locales que debían sacar de banda.

—Si no ha pasado nada, es porque ese tipo te ha hecho el favor de tu vida con el placaje —chistó mientras lo empujaba ligeramente en dirección a su portería—. Si le llegas a acertar al extremo, nos quedamos sin portero hasta el año que viene. Mínimo.

Levantó los hombros con total indiferencia, se ajustó los guantes y metió un grito a uno del cuerpo técnico, que obedeció de inmediato. La orden era muy clara. «Sácala de las gradas ya». Se soltó del agarre dejando salir el aire lentamente de sus pulmones, todavía quemándole y trotó hasta llegar bajo los palos sabiendo que le iba a costar lo indecible mantener la concentración necesaria los escasos minutos que restaban de juego.

En cuanto pitaron el final del partido se encaminó al túnel del vestuario, sin importarle lo que pudiese reprocharle más tarde Healy sobre las obligaciones intrínsecas de quedarse en cada ocasión un rato más sobre el césped para saludar y agradecer a los aficionados desplazados. En ese momento solo había una cosa que le importaba. Y era saber que Macey estaba bien y nada más.

—¡Eh, Galli!

El jugador que no había dejado de incordiarle durante todo el partido estaba tras él con la frente arrugada, como si estuviese incómodo. Frenó un poco el ritmo sin ganas, sabiendo que le debía haber terminado el partido y, probablemente, también la temporada.

—Siento lo que ha pasado en la banda —extendió ligeramente la mano hacia él—. Me preguntaba si podías...

—Tengo prisa —le interrumpió, estrechándole la mano con fuerza—. Lo que sea, lo hablamos después.

Terminó la frase ya bajando por las escaleras y corrió por el pasillo hasta llegar al vestuario. Por la puerta entreabierta se escapaba la voz del entrenador de porteros, de un modo casi desconocido para él, con tono tranquilo y controlado, y supo que estaba con ella antes de cruzar el marco de entrada.

Su viejo entrenador se puso de pie lentamente en cuanto percibió un movimiento, con Macey de pie, dándole la espalda a la entrada.

—Casi, casi, chico.

—Tú siempre dices que casi no es gol.

Macey se giró en cuanto escuchó su voz, retorciéndose las puntas de los dedos. Recibió un manotazo cariñoso del hombre según salía sin apenas prestarle atención. Le resultaba imposible quitarle la vista de encima a la mujer que tenía enfrente. Se veía más frágil, más contenida, y con los párpados inferiores ligeramente hinchados.

—No tenía que haber venido —la voz sonó ligeramente estrangulada—. No pensé que me fueran a reconocer en medio de tanta gente...

Con dos grandes zancadas se paró frente a ella y la tomó por la barbilla, escrutándola detenidamente con intensidad en sus ojos verdes.

—¿Estás bien?

Le acarició la cabeza con delicadeza y Macey contuvo el aliento. El acento marcado de Gianluca le había erizado la espalda y el modo en que había recorrido su frente, la coleta despeinada y la base de la nuca la había desarmado hasta dejarla sin palabras. Al darse cuenta de que esperaba una respuesta, asintió sin ímpetu y él la abrazó apretándola contra su torso para sentir como su cuerpo esbelto se enclavaba en él hasta que notó cómo se relajaba entre sus brazos. La separó con delicadeza y rozó sus labios en una caricia.

—¿Seguro, *carina*?

—No aguantaba más sin verte, Luca. Y mira la que he liado.

Llevó la mano hasta su delicada nuca y se obligó a contenerse para no agarrarla con fuerza, deslizando la boca sobre la suya en movimientos lentos y apasionados hasta lograr arrancarle un jadeo que los encendió a los dos. Al escuchar las voces de los compañeros acercándose, se separó con cuidado de ella, colocando el brazo derecho sobre su hombro y se dirigió a su taquilla para recoger su bolsa de deporte y demás efectos personales.

En unos segundos, el vestuario se convertiría en una sala llena de hombres sudorosos y medio desnudos que no dudarían en bromear a su costa si les daba la ocasión. Y, tras lo sucedido en el campo, estaba más que determinado a sacar a su chica de allí.

—¿Sabes que vas vestida casi igual que cuando nos conocimos? —mencionó intentando distraerla.

—Esta vez no me he colado, ni he traído un bate...

—Y menos mal, porque lo hubiese usado con ese capullo. Tenía que haberlo reventado.

—Claro, y que así los dos nos quedásemos sin trabajo...

Por el rabillo del ojo vio el brillo de sus ojos, la determinación en la barbilla y cómo echaba parte de la coleta medio deshecha tras la espalda. Sin poder evitarlo, se quedó así fijo un momento preguntándose a sí mismo cómo hubiera hecho para seguir adelante sin ella si debido a sus miedos la hubiese perdido y creyó que se ahogaba.

Soltó la bolsa contra el banquillo que había a un lado y la levantó en brazos mientras devoraba sus labios. Macey rio contra su boca antes de enredar la lengua con la suya deslizándose las uñas por su cuello en una sensación que discurría entre dolorosa y placentera, provocando que en su mente no hubiese nada más que ella, como cada vez que habían estado juntos. Estaba a punto de perder la cabeza cuando los vítores del resto de los muchachos los rodearon de manera estrepitosa.

Mientras la ponía en el suelo se fijó en el rubor de sus mejillas, que lo derretió por dentro. Tiró de ella hasta pegarla a su costado, enganchó la bolsa lo mejor que pudo y se dirigió a la salida haciendo oídos sordos a las bromas que le tiraban el resto de los Leones.

—Será mejor que nos vayamos a otro lado, antes de que protagonicemos otra exclusiva.

EPÍLOGO

Tumbada sobre la cama de la suite del Hotel Hilton que quedaba tras el Estadio de Wembley, se removió con pereza hasta encontrar el mando a distancia a sus pies. Todavía tendría que esperar allí durante al menos una hora a que su hombre volviese. Señaló a la televisión para activar el sonido nuevamente al ver el rostro emocionado del hombre que acompañaba al periodista.

Tan solo dos noches atrás, tras hacer el amor apasionadamente en su pequeño apartamento de Mayfair, Galli había asegurado que el único motivo por el que estaban en disposición de conseguir dos títulos muy importantes por primera vez en la historia del Club era ella. Habían ganado la final de la FA Cup ante el Manchester City en un partido muy disputado, se habían clasificado terceros en la Premier League, además de haberse clasificado para la su primera final de la Champions, y según sus propias palabras, todo se debía a que ella era su talismán.

Se sonrojó ligeramente al recordar el tono en que lo había dicho, como si no aceptase otra verdad, y cómo le había acariciado entre los senos para observarla con aquella pasión que solo le mostraba a ella. Todavía nerviosa, rotó el anillo de compromiso entre sus finos dedos al recordar el modo en que le había temblado la voz al aceptar su propuesta para luego cobijarse entre sus brazos al borde de las lágrimas.

—*¿Cómo se ven los partidos desde el palco VIP? ¿Era algo que te habías imaginado hacer este año?*

—*¡Qué va! Con lo caras que son las entradas normales, ...*

—*¿Y cuánto te costó convencerlo para que te invitara?*

—*Pues ya lo visteis todos por la tele: un empujón y una tarjeta amarilla. Si ya somos casi colegas.*

La naturalidad del jugador del Wanderers traspasaba la pantalla y cuando soltó una carcajada por su última ocurrencia, tanto el entrevistador como ella se le unieron por un momento. Echó la vista atrás a aquel día con un deje de nostalgia. Le parecía increíble que la que parecía que iba a lograr ser la tarde más humillante de su vida hubiera resultado ser el punto de inflexión para algo con lo que nunca se había atrevido a soñar.

Tras disfrutar de un fin de semana a solas en el Cottage de su familia, regresaron a Londres y, para cuando se quiso dar cuenta, el apartamento estaba lleno de pertenencias del futbolista. La respuesta de Galli a eso fue muy sencilla. Se limitó a abrazarla asegurándole que el campo de entrenamiento quedaba igual de lejos desde allí que desde su apartamento y así ella no tendría que desplazarse en cuando volviese al trabajo.

Abrazada a un cojín, murmuró para sus adentros que esperaba que el cámara enfocase mucho a su italiano, porque la espera allí sola se le iba a hacer eterna. El fútbol seguía sin interesarle, pero deseaba con toda su alma que consiguiese aquello por lo que tanto se había esforzado. Le costó prestar atención al resto de la entrevista, perdida en sus recuerdos, y no volvió a fijar plenamente la atención hasta que los futbolistas de ambos equipos aparecieron en la pantalla, todavía dentro del túnel de vestuarios.

Durante un instante la cámara se detuvo en el capitán del Brent, que guiñó un ojo de forma casi imperceptible y Macey sintió que se derretía sabiendo que ese gesto era solo para ella.

AGRADECIMIENTOS



Gracias por leer esta novela. Si te ha gustado puedes ayudarme mucho a seguir adelante dejando una valoración o reseña escrita en Amazon a través de [este enlace](#). Puedes hacerlo de una manera más fácil a través de este QR.

Si quieres ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo a través de mi correo electrónico o Instagram con el nombre de usuario @dulcemartinezwri o en mi página de Facebook en el enlace <https://www.facebook.com/dulcemartinezwri>

ADELANTO CAP. PREVIO UN TRATO INCÓMODO

Entre molesto y aliviado, Landon Staley levantó las cejas como saludo mudo hacia su último ligue, que acababa de colarse en el reservado donde se estaba desarrollando una de las reuniones más soporífera que había sufrido en años. La mayoría de los delegados ejecutivos de Moledos Holding habían acudido a Nueva York esa semana para la rendición de las cuentas anuales de la que no había podido librarse.

—Estaba cansada de esperar, cielo. ¿Os falta mucho? —se limitó a soltar un gruñido.

Apenas llevaba un mes con aquella mujer y ya estaba deseando librarse de ella y sus constantes llamadas de atención, pero en aquel momento su aparición le pareció casi providencial para poder escaparse. No se sentía capaz de soportar un minuto más de conversaciones insulsas acerca de las previsiones financieras. Echó un vistazo rápido a la pantalla de televisión que tenía enfrente a la vez que se acomodaba la americana azul cobalto y asentía por inercia a lo que decía el hombre que tenía a su derecha antes de parpadear dos veces y volver todo su cuerpo hacia el televisor de nuevo.

Interrumpiendo la programación habitual, un periodista con aspecto serio comentaba la noticia. No podía escucharlo, pero tampoco lo necesitaba. En el faldón inferior, en letras negras sobre un fondo azul, se informaba del traslado a la ciudad de Nueva York de una mujer que habían localizado hacía algún tiempo en el Estado de Durango, México, y a la que finalmente se había podido identificar.

A la derecha de la pantalla, se veía a un agente acompañando a una mujer joven, con el cabello castaño oscuro despeinado, cayendo enredado sobre su rostro pálido y sin expresión, que apretaba contra sí una cazadora enorme que algún policía le había prestado.

Notó una mano sobre la suya y, al bajar la vista, fue consciente de que había roto la copa de vino que tenía entre los dedos. Arrastró la silla, poniéndose en pie con premura ante la expresión desconcertada del resto de los presentes.

—¿Eso significa que nos vamos ya? —le imitó levantándose, con un gesto coqueto con los hombros.

—Tú puedes hacer lo que quieras. Yo tengo que ir a la comisaría más cercana.



Si quieres, puedes continuar leyendo la novela Un trato incómodo [desde este enlace](#) o a través del QR que tienes a la izquierda. Está incluida en el catálogo de Kindle Unlimited.